
CIRCULO DEL CRIMEN
AMOR EN AMSTERDAM
NICOLAS FREELING
Nº 18

Martín es un escritor que no hace números y al que se le dan mal las cuentas, que escribe obligado y gasta sin pensar. Es un escritor poco premeditado. Así, escribe novelas y sobre los temas que su editor le sugiere. Tiene la suerte de que en los Estados Unidos le compran los derechos de un libro y viaja a París, a Londres, buscando un lugar en el mundo, hallando a muchas mujeres que nunca pasan de ser sus amantes. El amor le espera en su país, en Ámsterdam, en los brazos de una mujer a la que conoció años atrás.



Nicolas Freeling

Amor en Amsterdam

Círculo del Crimen - 18

ePub r1.1

Titivillus 07.02.18

Título original: *Love in Amsterdam*
Nicolas Freeling, 1962
Traducción: Clara Janés & José María Martín

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



REPARTO

ELSA DE CHARMONY: Mujer que aparece asesinada
MARTIN: Antiguo Amante de la anterior
SOPHIA TER LAAN: Esposa de Martin
MADAME TER LAAN: Escultora, madre de Sophia
BOWMAN: Radioaficcionado, vecino de Elsa
VAN DER VALK: Oficial de policía, encargado del caso
ERICH VAN KAMPEN: Marido de Elsa
HERMAN KETELBOER: Amigo de Elsa
KENNETH MAC PHERSON: Productor de radio inglés
JOUHANDEAU: Editor parisino
J. F. R. SLOMAKER: Magistrado de justicia
PROFESOR COMENIUS: Psiquiatra
HENK WOUWERMAN: Inspector de policía

1
LA CASA DE JOSEF ISRAELSKADE

EL HOMBRE CAMINABA de un extremo a otro de la celda. Pensó que era grande y buena, limpia y clara. Aunque ya lo había hecho varias veces con anterioridad, miró el mobiliario con mucho cuidado. No sabía por qué le interesaba, pensó: «debe de ser a causa de que no tengo nada que hacer». Y después: «no, tampoco es por eso». Siempre le importaban estas cosas, sin tener en cuenta el sitio donde se hallara.

—No se debe desperdiciar nada —dijo en voz alta, y a continuación lo repitió en voz baja.

No había por qué hablar bajo. No es que a los carceleros les importase. Uno podía pasarse todo el día haciendo el pino y a ellos no les interesaba en absoluto; sin embargo, siempre había la posibilidad de que algún condenado psiquiatra les hubiera dicho que tomasen nota de todo lo que hiciera para luego deducir alguna estupidez. «Menuda tontería», pensó. Todos los hombres hablan consigo mismos en voz alta y muchas más cosas y nadie tiene por ello que llamar a un adivino. Escuchan sus propias voces, dirigen orquestas imaginarias mientras oyen discos, «se miran a la cara en los espejos»: «¡Vaya listo hijo de puta que eres!», se dicen, en voz alta. Eso no quiere decir nada; tensión. Son tics nerviosos, como rascarse, o hurgarse la nariz. Un millonario idea la absorción de una empresa y, en eso entra la secretaria y se encuentra a aquel gran hombre metiéndose los dedos en la nariz. «*Sir* Roderick, perdone la imprudencia».

Las paredes de cemento estaban recubiertas de escayola y pintadas de un crema oscuro hasta la altura de la cintura. Después

había una estrecha franja verde.

—¿Qué tipo de verde es ese? ¿Verde hoja? El que Elsie de Wolfe llamaba verde farola y de banco de parque.

La parte superior de las paredes y el techo eran de un crema más pálido. En un matiz aún más oscuro, pero todavía crema, la pesada puerta de acero. Condenado crema.

—¿Acaso soy un comerciante de quesos? No, más bien, un gusano de queso.

El techo era alto, con una luz fluorescente con pantalla. Contó los remaches de acero de la puerta: nueve filas de cuatro cada uno; en la central faltan los dos remaches del medio debido al pequeño panel. Parece ser que no usan ese panel, pues siempre abren la puerta; llaves, bisagras. Nada que cause problemas de verdad. Sólo puros movimientos automáticos. Las llaves ya no les cansan ni les preocupan. Las descubren por el tacto, y saben el tiempo que perderán en hallarlas. Es probable que en sus casas se sorprendan cuando abran con tanta facilidad las puertas.

La ventana era de cristal emplomado y estaba bastante sucia, pero ¿cómo iba a limpiarse bien con los barrotes por fuera? Dentro había muchas otras cosas color crema. La cama plegable, las tuberías de la calefacción, el aparadorcillo dé la esquina, los tres ganchos del perchero, el biombo de madera hasta la altura de la cintura alrededor de la taza del inodoro.

En una pared había una pequeña repisa para el cuchillo, el tenedor y la cuchara, una lista de reglas escritas a máquina y cubiertas de plástico y una imagen vagamente bíblica En ella se veía a un pastor barbado mirando teatralmente a un montón de estrellas refulgentes y rodeado por un paisaje rocoso de ciencia ficción. «Obsequio del *Christelijke Vereniging*» o algo parecido en letras muy pequeñas; seguro que alguna de esas asociaciones para ayudar a los prisioneros, cargadas de buenas intenciones. Además, tenía un espejo de buen tamaño. Detuvo su rutina de oso polar y clavó en él la mirada. Su rostro parecía un poquitín desencajado y acalorado. Lo miró como si se tratase de otra persona y pensó que aquella cara no tenía las facciones bien equilibradas.

—¿Qué puedo hacer?, tengo que vivir con ella. Además, necesito cortarme el pelo.

Se volvió hacia la mesa, la cual le proporcionaba un placer

especial. Era buena, grande, sólida, bien pulida y con la altura precisa. Estaba barnizada de un color ocre amarillo particular que le resultaba algo familiar. Y al fijarse bien supo el porqué. Los conventos barnizaban sus muebles de ese color. Bien, ¿por qué las cárceles y los conventos tenían que compartir esa tendencia a usar un mismo color, bastante espantoso por cierto? Quizá debido a que así parecían limpios y claros. Y ni las cárceles ni los conventos sienten mucha inclinación por la belleza, ni tampoco por las labores de que se ocupaban. De todas formas, la mesa era buena, y eso le gustaba. No era importante, aunque a lo mejor llegaba a serlo. Su madera era dura y las patas sólidas y niveladas. Había espacio para todo; uno podía trabajar en ella, si contaba con papel y pluma. Puso una manta doblada sobre la silla, se sentó a la mesa y empezó a liar un pitillo. ¡Vaya picadura mala! Pero ya estaba a punto de que le gustase.

ELSA ESTABA MUERTA. Había pensado en ello muchas veces durante las dos semanas que llevaba allí sentado y encerrado. En cierto aspecto era bueno, ya que de estar viva hubiese sido una amenaza constante para él. Lo más ridículo es que después de muerta también lo fuese. Desde luego, era típico de ella, no debería afectarle, salvo para alegrarle, ya que la única cosa que se interponía entre él y Sophia había desaparecido. Pero estaba claro que le afectaba.

A la Policía no le preocupaba el que no la hubiese matado, ni siquiera el que jamás lo hubiera pensado. La hallaron muerta y su labor era descubrir a alguien que probablemente la hubiese asesinado. Allí había estado sentado él mirándoles fijamente. Para ellos el cadáver de Elsa quería decir: «Hay que encontrar a alguien que responda por esto». No les preocupaba el no tener pruebas. Pensaban que la verdad aparecería a fuerza de investigación incesante, tranquila y continuada, cosa en la que eran muy buenos. No más que un problema de ajedrez. Se mueve la pieza blanca y jaque mate a la tercera. Es probable que no creyesen que la había matado en realidad. Él les iba a proporcionar lo que necesitaban: una solución razonable para un problema criminal. Para ellos era sólo un problema y él formaba parte del mismo.

Sentía no notar nada por la muerte de Elsa. Lamentaba la ansiedad y la preocupación que tendría Sophia, pero ella era su esposa, una cosa que Elsa nunca había sido. Ésta habría gozado con verle metido allí y a Sophia nerviosa. Gozaba cuando él se ponía tenso e irritado; además, detestaba a Sophia. Sin embargo, por el solo hecho de hacerle la vida imposible y que Sophia sufriese, nunca hubiera llegado tan lejos. Tan lejos como para meterse cuatro balas en su propio vientre. De no ser por esto, a él no le hubiera extrañado nada que ella lo preparase todo de forma que recayesen en él las culpas. Ella florecía con los dramas y las grandes escenas, amaba los escándalos, las denuncias, los ataques furiosos de ira, las reconciliaciones llorosas. Éste era su alimento diario. Ella habría sido capaz de la idea más complicada y retorcida con tal de verlo metido hasta el cuello en aquel embrollo. Nunca perdonó a Sophia y ésta tampoco le perdonó a ella. En lo referente al asesinato, Sophia tenía motivos mucho más fuertes que él.

¿Lo habría hecho ella? ¿Sería posible? Supongamos que tenía una enfermedad incurable, como la leucemia. La venganza de un suicidio, como la querida Rebecca. Fuera lo que fuese, había logrado entrometerse drásticamente en su vida incluso después de tantos años. Le había hecho mucho daño en su carrera, destrozando casi su matrimonio, y ahora le habían metido en la cárcel, y había una probabilidad bastante grande de que se pasase allí toda la vida. Una vez la quiso. Durante muchos años ella le iluminó la vida. Había sido su amiga y parte de su vida, de igual manera que el pasado siempre es parte del presente, influyendo en las decisiones y matizando las opiniones. *de la jeune filie en fleur*
L'ombre
. La vida podía seguir conteniendo a Elsa y sin tener que odiarla. Sólo la había detestado unos cuantos meses. La despreció, le tuvo lástima, le escupió, la deseó (todavía de vez en cuando), se rió con algunos de sus recuerdos. No la amaba. Al no amarla no tenía por qué odiarla. Pero ahora estaba muerta, no dudaba que víctima de alguna de sus mezquinas traiciones. Elsa nunca era feliz, a menos que su mano izquierda engañase a su derecha.

ÉL ESTABA EN CASA. Era casi la medianoche y dentro de media

hora ya estaría en la cama aunque aún se estaba bebiendo la última taza de café tibio. Todo estaba muy callado. Y fuera, en la Fonteinlaan sólo se oía de vez en cuando un coche que corría en la distancia, hasta que de nuevo se escuchaba el conocido tamborileo de la lluvia que no cesaba desde hacía casi una semana. Estaba sentado sin pensar en nada cuando de pronto sonó el timbre. No había portero automático, y en realidad no hacía falta en el primer piso. Al igual que el teléfono, constituía una invasión de su casa. Sophia contestó a la llamada.

La mujer se acercó preocupada y escuchó pisadas desconocidas. Le miró un poco desconcertada.

—Es la Policía.

—¿Qué diablos es lo que quieren?

Mientras salía cambió el gesto fruncido por la ligera sonrisa que era su expresión comercial y diaria. Cambió de cara. Sólo Sophia conocía su verdadero rostro.

Fuera se encontraba la pareja normal de comediantes. De pie, tranquilos y con los sombreros en la mano. Policías corrientes de Haarlem con cortos abrigos de cuero; patrulla motorizada.

—¿Qué sucede?

El primer policía se rascó la cabeza con la gorra.

—No lo sabemos con certeza. Parece ser que le quieren ver en la comisaría, eso es todo.

—¿A esta hora de la noche?

—De noche o de día, nunca descansamos —dijo el segundo, fingiendo una sonrisa.

—¡Vaya, estaba a punto de meterme en la cama! Tengo que trabajar por la mañana.

—Quizá no tenga que hacerlo.

Aunque no le gustaron estas palabras, dijo en broma:

—¿Qué, me han tocado las quinielas?

Todos rieron cordialmente. El rostro de Sophia intentaba disimular la preocupación. Él pensó: «es una cara tranquila y sabia, y cuando hay problemas, una luchadora feroz».

—No te olvides de los pitillos —le dijo ella—. Me voy a la cama. Espero que no tardes mucho.

Él se dio cuenta de que a su mujer tampoco le gustaba aquello. La besó cariñoso y con fuerza. En su estómago sus nervios se

retorcían de amor por ella.

Fuera, los dos polis miraban el perchero.

—Mejor será que se ponga la gabardina. Todavía llueve.

La prenda aún estaba húmeda.

—Y el sombrero —dijo el otro, servicial, entregándoselo.

Se preguntó por qué diablos se preocupaban por aquellos detalles.

Se montaron en el acostumbrado Volkswagen negro y no se dirigieron hacia la comisaría más próxima de Heemstede, sino hacia la ciudad, pasando junto al Dreef y por el Houtplein hacia la comisaría central de Grote Markt. Seguía lloviendo suavemente y con persistencia desde aquel cielo frío, fresco y nuboso.

—¿Pero de qué se trata?

No podía evitar el hacer preguntas a pesar de que adivinaba que no sabían nada.

—¿Acaso lo sabemos?

El que iba en el asiento posterior estaba recostado y mascaba chicle. Él estaba sentado junto al conductor.

—A nosotros también nos gusta sentarnos y beber café.

—No pude ofrecerles, me lo había bebido todo.

Encendió un pitillo mientras el conductor tomaba una curva hacia la izquierda y se dirigía a Smedestraat. Se detuvieron frente a la comisaría, edificio anticuado que daba la sensación de estar lleno de gente, y construido a lo loco. Un sargento les miró vagamente al entrar y saludó a la patrulla.

—Buenas noches —dijo Martin.

—Buenas noches, ¿quiere usted pasar?

ERA UNA OFICINA PEQUEÑA, donde un hombre más bien joven escribía sentado a una mesa. La lámpara formaba un alegre círculo de luz. El hombre se levantó y extendió la mano.

—Van der Valk.

Repitió su nombre automáticamente y se sentó en la silla que le ofrecían: era de madera resistente y tenía brazos y un ajado cojín.

Van der Valk necesitaba afeitarse. Parecía cansado y golpeaba un cigarrillo con movimientos bruscos de su antebrazo.

—Soy inspector de la *Amsterdamse recherche* —dijo tranquilo—.

Y siento haberle hecho salir tan tarde. Sin embargo, es importante. Yo mismo no estaría aquí a esta hora si no lo fuese. Y pensamos que usted puede contestarnos varias cosas que no están muy claras.

El hombre tenía unos minúsculos tics nerviosos. Uno era limpiarse un costado de la nariz con el dedo índice. Martin le escuchaba con las cejas enarcadas y sin idea de lo que iba a suceder. Van der Valk encendió un pitillo y se apartó el humo de la cara con una mano. Sacó una hoja limpia de papel y trazó una línea en la parte superior.

—¿Se acuerda de lo que hizo anoche?

—Sí, supongo que sí, aunque puede que me olvide de algunos detalles.

—Dígame, ¿qué fue lo que hizo entre nueve y diez? Cuéntemelo tal como se acuerde.

—Di un paseo. Había ido al cine y siempre me da dolor de cabeza. No era una película mala y me sugirió algunas ideas. Pero cuando me ocurre esto y he estado en una atmósfera cargada y tengo cansados los ojos, me gusta caminar, me descansa.

El hombre asintió y escribió un par de líneas.

—¿Por dónde fue? Si puede, dígame el itinerario.

—Pasé por el Frederiksplein, junto a la cervecería. Después tiré por Van Woustraat hasta llegar a Zuid y fui hasta el Apoyolaan. Regresé por el Ceintuurbaan hasta el Museumplein, donde había dejado mi coche por la tarde.

—Fue un paseo muy largo y llovía muy fuerte.

—Me gusta caminar bajo la lluvia —respondió Martin.

Van der Valk alzó los ojos y dijo tranquilo.

—No digo lo contrario, me limito a establecer una situación. ¿Cruzó el puente hacia Josef Israelskade?

—No, seguí hasta el salón de máquinas tragaperras que está en la esquina.

El hombre asintió satisfecho.

—¿Sobre qué hora fue eso? ¿Podría decir a qué hora estuvo allí?

—No lo sé, quizá a las diez menos cuarto, da igual.

Y bromeando añadió:

—¿Quién es el muerto?

Van der Valk no alzó los ojos. Escribía lentamente, con mucho cuidado.

—De eso nos ocuparemos dentro de un instante —dijo tranquilo —. ¿Conoce a una mujer llamada Elsa de Charmoy?

Martin presintió que sería lógico que pareciera sorprendido, aunque estaba seguro de que no tenía tal expresión.

—Claro que sí.

—¿Bien?

—Muy bien, aunque apenas si la he visto, digamos, en los últimos cinco años.

—¿Desde cuándo la conocía?

—Desde hace siete años. Eso es todo lo que le puedo decir. ¿Qué quiere que añada? Fue un asunto personal.

Los ojos de Van der Valk se agudizaron con algo parecido a la diversión.

—También para mí es un asunto personal y me ocupo de investigar su caso.

Muy impresionado, Martin se quedó callado unos instantes. Buscó automáticamente un cigarrillo y el policía le ofreció uno de los suyos: *Lady* Blanche. Aceptó uno.

—¿Cómo murió?

—Alguien le disparó. Cuatro veces. Entre las nueve y media y las diez.

—¿Y usted cree que yo la maté?

—No creo nada en absoluto. Trato de averiguar lo que sea. Por ejemplo, que usted sabía dónde vivía ella.

—No tengo ni idea, pero veo lo que usted quiere. En alguna parte de Zuid, pero ya se había mudado de ahí. Abandonó a su marido o éste la abandonó. No lo sé muy bien.

Van der Valk aspiró el pitillo.

—Vivía en un apartamento en Josef Israelskade.

Se puso en pie, caminó hasta la puerta, la abrió y dijo:

—Oye.

Martin no se volvió y escuchó un murmullo. Van der Valk regresó y se sentó meditabundo.

—Póngase en pie un momento, por favor, cálese el sombrero. Así. Mire, esto no es una broma, sino que tratamos de sacar algo en claro. Póngase junto a la ventana. Meta las manos en los bolsillos. Imagínese que está en la calle y llueve.

—¿Qué es esto? ¿Una prueba para identificarme?

—Sí, pero no significa ni una trampa para usted ni un modo de incriminarle. Usted ha dicho con toda sinceridad que estuvo por Josef Israelskade.

Un policía uniformado entró en la habitación. Se recostó contra la puerta y se fijó en Martin, quien estaba totalmente centrado en sí mismo.

—No hay bastante luz.

Van der Valk inclinó la pantalla de su flexo; Martin pestañeó y refunfuñó.

El policía asintió a la ligera.

—¿Está seguro? —le preguntó cortante Van der Valk.

—Sin ninguna duda.

Tenía un marcado acento de Amsterdam.

La puerta se cerró tras él. Martin se quitó el sombrero:

—Bien, dígame.

—Sobre las diez menos veinte, una vieja llamó a la Policía y dijo que había un hombre parado junto al canal de manera sospechosa. Desde luego, todo una tontería, ya sabemos que las viejas sólo piensan en los hombres, pero la comisaría mandó a uno de los nuestros para que pasease por allí en bicicleta. ¿Recuerda haberle visto?

—¿Y por qué tenía yo que verle?

Van der Valk asintió, aquello parecía razonable.

—Bien, ese fue el tipo que ha estado aquí hace un momento. Le recuerda a usted. Dijo que usted no estaba allí parado, sino que más bien paseaba. Mirando al agua y a las ventanas encendidas. ¿Es verdad?

Sonrió, y Martin, casi sin querer, le devolvió la sonrisa.

—Usted estaba muy cerca de la casa de *Madame* de Charmoy, ¿no?

Lo inevitable lleva a lo inútil. Ni sabía dónde vivía Elsa, ni le importaba, ¿pero quién lo creería? Ni este policía ni Sophia.

—Nadie toma en serio eso de un tipo caminando por ahí, ni a las viejas que se pasan el día atisbando detrás de las ventanas.

—Sí.

Van der Valk abrió un cajón de la mesa y sacó una pistola. Una Mauser 765: preciosa.

—¿La había visto alguna vez?

—Yo se la regalé.

Puta, pensó amargado.

—¿Cómo la consiguió?

—En la guerra. Se la cambié a un alemán por unos cuantos pitillos, como de costumbre.

Van der Valk asintió de nuevo. «Deja de asentir como si fueras un condenado reloj de cuco», pensó irrazonable Martin.

—¿La mataron con ella?

—¿Por qué se la regaló?

—Yo le daba todo lo que creía que le divertiría.

—Esta vez no le divirtió mucho.

Escribió una o dos líneas más y luego se levantó.

—¿Por qué? —preguntó de pronto Martin.

—¿Por qué? Yo no lo sé. No quiero saber mucho, eso se lo dejo al tipo que hace investigaciones psiquiátricas. Yo quiero saber quién.

Su voz sonaba cansada e irritada.

—Vamos, es hora de acostarse. Mañana iremos a Amsterdam y volveremos a hablar de esto. Ahora tengo que encerrarle.

«Pobre Sophia», pensó Martin, pero no pobre Elsa. Un poco antes de quedarse dormido sí lo hizo: «sí, pobre Elsa».

LE DEJARON DORMIR hasta tarde. Eran casi las nueve antes que se vistiese. Le permitieron pasearse por la oficina del vigilante, donde un viejo policía se sentaba impertérrito con una pipa, en vez de mantenerle encerrado en aquella triste celdilla. El viejo, con aquel rostro que era un compendio de las locuras y pensamientos humanos, no hablaba mucho y menos aún de las mujeres muertas. Haciendo un anillo de humo dijo:

—Lo que más necesita en este sitio es tener paciencia. ¿Juega al ajedrez?

—Sí, aunque no muy bien.

—Tómeselo con calma.

Sacó una gran tetera llena de estupendo té caliente, así como pan, margarina y pastel de jengibre. Martin se sorprendió de sentirse hambriento. Eran las diez cuando la puerta se abrió y Van der Valk entró sonriendo. Llevaba un maletín que le entregó a

Martin.

—¿Vio a mi esposa?

—Le expliqué lo que pude y le dije que no se pusiese nerviosa.

«¡Que no se pusiese nerviosa!», pensó Martin. A Sophia le ponía nerviosa una cucaracha, pero no todo el ejército ruso.

Ella había pensado en todo: pluma, papel, regaliz con sal, que tanto le gustaba, y pitillos, ropa interior limpia y las cosas de aseo, aspirinas, agua de colonia y unas cuantas fotos: el rostro sabio de Sophia. Sintió agradecimiento hacia Van der Valk. Fueron hasta el pequeño Volkswagen igual que la noche anterior. Condujo el policía. En la parte posterior iba uno de uniforme que parecía dormido.

El sol brillaba radiante en las calles lavadas por la lluvia; todas las amas de casa de Amsterdamse Buurt parecían limpiar las ventanas. Nadie habló hasta que casi pasaron la fábrica Phoenix, en Halfweg, con su famoso anuncio de embalajes. «¿Necesita una jaula, una caja, un contenedor?», «¿Necesitaba un ataúd?», pensó Martin.

De pronto dijo Van der Valk:

—Durante cierto tiempo estaré al cargo de esto. Probablemente hasta que se ponga interesante y se vuelva complicado. No tiene que preocuparse por el magistrado que le va a interrogar. Todavía no hemos decidido inculparle, ¿me entiende?

Empezaron a pasear por unas calles que parecían cada vez más llenas de niños alegres y gritones. Tiendas llenas de lavadoras, de endibias y de salchichas. Gordas mujeres, caminando a tumbos con bolsas de la compra, y vendedores con rostros jóvenes y limpios. Maletines llenos de confianza y de bocadillos y Fiat Multipla. De pronto, se encontraron en Ferdinand Bolstraat, y un segundo después se encaminaron andando hacia la comisaría de Policía. Ésta era parecida a la de Haarlem, aunque de mayores dimensiones. Había dos mesas de trabajo y un hombre mayor y amargado y de más edad que Van der Valk, que intentaba llenar un maletín de papeles donde ya no cabía ninguno más.

—Hola, Henk.

—Hola, Piet. ¿De qué te ocupas?

—Un fiambre en Josef Israelskade, una mujer. ¿Y tú qué haces aquí?

—Tengo que ir hasta Singel.

Y cambiando el tono de voz añadió:

—Y luego entregar ese expediente sobre el fraude de ventas a plazos. La Policía del Estado lo quiere y volverán a preguntarme sobre ese chico de la bicicleta que arranca bolsos de mano. Si cojo a ese apestoso le daré tal patada en el culo que nunca más volverá a sentarse en una bici.

Henk le hizo una seña amistosa a Martin.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Adiós.

Se largó.

Van der Valk cerró unos cuantos centímetros la ventana y se sentó con un suspiro aliviado. Arrojó dos bolígrafos al cesto de papeles y se movió en el asiento hasta que se sintió cómodo. Después miró fijamente a Martin y con seriedad: era un hombre sereno y tranquilo que sabía hacer su trabajo.

—Muy bien, esto es lo que sabemos: el hombre que vive debajo de la señora de Charmoy, perdón, no señora, sino señorita, es director de una compañía de seguros. No está casado, come fuera la mayoría de las veces y no está mucho tiempo en casa. Conoce a algunas de las personas que solían visitarla, aunque nunca les prestó mucha atención. Aquella noche si estaba en su hogar. Tiene una debilidad pueril como todos los hombres de negocios; es uno de esos maníacos de la alta fidelidad y hasta tiene un diploma de radio. Estaba jugando con una nueva diversión que acababa de comprar. Oyó un ruido, un ruido extraño, como alguien que cortase leña para el fuego, así dijo, aunque con demasiada rapidez y regularidad. Desde luego, se refería a los tiros. Inmediatamente después oyó que alguien corría bajando a toda prisa las escaleras. «Inmediatamente» quiere decir uno o dos minutos. Oyó el portazo de la puerta principal y después todo silencio. Aunque no le dio mucha importancia, salió al rellano, escuchó, pero como todo estaba tranquilo, volvió a entrar. Al cabo de media hora empezó a sentirse incómodo, molesto, dice. Conectó la radio, la volvió a apagar, se puso a revolver y, y se decidió. Subió las escaleras ensayando un pequeño discurso. «Perdone, señora, le ruego no me crea un entrometido, pero es que bla, bla». Nadie contestó. Qué raro, pensó, y bajó rascándose la cabeza y un poco desconcertado.

Intentó olvidarlo, pero tiene algo de imaginación y es un poco sabueso. Fue perito judicial. Dice que aquel ruido seguía resonando en su cabeza y también que las pisadas fueron muy singulares, apresuradas. Vuelve a tocar en el piso de Mevrouw y tampoco le contesta nadie. Se preocupa. Se pone el sombrero y el abrigo. Viene hasta aquí, me encuentra, justamente en el momento en que me marchaba a casa. Fui con él y abrí la puerta, porque tampoco me gustaba la historia. Y la encontré.

Hizo una pausa para encender un cigarrillo.

Martin se dio cuenta de que tenía los dedos agarrotados y tuvo que agitarlos súbitamente. Con sigilo se limpió la mano en los pantalones. Van der Valk siguió con la calma de un locutor de noticias.

—Hice que lo fotografiasen todo. Todo estaba en perfecto orden y nada faltaba. Me puse en contacto con la gente que le vio en la calle. Luego hallé esto.

«Esto» era un sobre.

—Estaba en el escritorio. Fui primero allí, ya que después que la tirotearon se arrastró como si quisiera coger algo. Hay montones de cosas que aún no he tenido tiempo de ver. Sin embargo, de las fotos siempre me ocupo. Écheles un vistazo.

MARTIN LAS MIRÓ. Eran instantáneas. Las reconoció todas: eran de hacía ocho o nueve años, salvo una, que parecía reciente. Se le veía de pie en la calle, le pareció que era la Kalverstraat, y miraba a un escaparate con la boca abierta. Resultaba extraordinariamente estúpido.

—La cámara indiscreta —dijo Van der Valk carcajeándose.

—Nunca la había visto antes ni sabía que existiese. No sé cómo la tomó.

—Ya me he dado cuenta. Usted parece incómodo. ¿Recuerda las demás?

—Sí, era de cuando estábamos juntos.

—El agente lo reconoció sin dilación y dijo: ese es el tipo que vi en la calle. Se las enseñé para ver si íbamos a tener tanta suerte. Y fue una afortunada casualidad el que tuviese la misma pose, por así decirlo: en la calle y con una especie de abstracción despistada. No

es tan fácil reconocer a las personas cuando están en un entorno diferente. Ahora bien, había que averiguar de quién se trataba. Resulto fácil: todo ha sido fácil hasta ahora, quizá demasiado. Ella era una mujer metódica y tenía una agenda.

Le enseñó el pequeño libro de piel que Elsa llevaba siempre en su bolso y en una de las viejas fotos, con aquella escritura conocida y con tinta verde, debajo de las palabras que decían *je voudrais bien vous dire* (la contraseña de ellos): «Martin, querido, aunque no lo creas, lloré». En la foto se les veía a ambos sentados en una terraza del Lido, bebiendo ginebra, dado el aspecto de los vasos.

Se sintió rabioso. Él había roto las cartas o fotos que aún tenía, arrojándolas a la caldera bajo el ojo vigilante y secreto, burlón e indiferente, de Sophia. Sin embargo, esta perra no podía soportar perder o dejar a nadie. Es probable que tuviese muñequitas de cera con alfileres clavados.

—Dígame una cosa —le dijo Van der Valk—, ¿por qué estaba usted en esa calle?

Sabía que seguirían preguntándoselo una y otra vez.

—No lo sé, me gusta. Me gusta esa parte de la ciudad. El porqué no lo sé. He estado por ahí de vez en cuando.

—¿Pero no sabía usted que ella vivía allí?

—No.

¿Lo sabía? No. Sabía que nunca había estado en aquella casa.

Van der Valk le miraba como si pudiera leerle como un periódico.

—De momento, se lo acepto. Volvamos al asunto. Como es lógico, comprobamos a todo el mundo que aparecía en la agenda. Comprobaremos a todo el mundo que no esté y que acaso debiera estarlo. Esto no son direcciones comerciales. Alguien, quizá un hombre o una mujer, la asesinó y salió corriendo por las escaleras hacia la calle. Alguien joven y muy activo, pues bajó los escalones de dos en dos, esto ha quedado muy claro según el testimonio de Bouwman. Tiene experiencia como observador y está acostumbrado a ser testigo. No tengo motivos para dudar de él. Usted me dirá que quizá él lo inventó todo y que fue él quien la mató. Quizá fuese así, pero primero el asunto habría de tener lógica. Le vi cuando vino y después, en su propio apartamento. Aunque fumo mucho, tengo muy buen olfato. Apestaba a sus cosas de radio. Todo nuevo y

embalado en esas cajas de cartón de un olor peculiar, a plástico y a herramientas, a aceite, a polvo y a los dulces que había comido. No fuma, es uno de esos forofos de los caramelos de café. El salón de ella olía muy fuerte a humo de tabaco, a los vapores del arma, a su característico perfume, y me atrevería a decir que a ella misma.

Martin no pudo evitar cerrar los ojos evocando el olor de Elsa.

El otro siguió lentamente.

—No, no creo que fuese Bouwman, todo parecería demasiado novelesco, algo irreal, los hombres como él no se lían con sus vecinas. No le descarto, pero necesito el convencimiento. Yo le doy mucha importancia a ese olor. Bouwman no se había ni lavado ni aseado. Estaba hecho un cerdo y así vino aquí. No está muy lejos. Me fijé muy bien en sus manos.

Van der Valk se apoyó con los codos en la mesa.

—¿Por qué no me dice cuándo la vio por última vez?

—Tendría que recordarlo.

—Recuérdelo entonces, tenemos todo el tiempo.

Martin se quedó pensativo.

—En un apartamento de la Lauriersgracht. Debe de haber sido en mi primer año de casado. De todas formas, hace cinco. Allí vive un hombre, por lo menos vivía, a quien yo conocí un poco, y nos invitó una noche, nada formal, ya sabe, a una copa y a conversar. Entablé amistad con él debido a un libro que iba a ilustrar. Cuando llegamos allí ella bebía café y estaba encantadora. El nombre del hombre es Pieters y la casa está más o menos al final de la Marnixstraat. No me acuerdo del número.

—¿Qué tipo de relación les unía entonces?

—Hacía un año que nos separamos de mala gana y rabiosos. La odiaba porque la temía un poco. No me importaba ni quería saber cuáles eran sus sentimientos. Parece ser que era incapaz de aceptar la idea de que ella ya no era el eje de mi vida.

—¿Qué sucedió en la casa?

—Horrible. No hubo ni pelea ni nada. Parece ser que nadie más se dio cuenta de la tensión y supongo que la velada habría sido bastante agradable, pero yo sentía que no podía hacer frente a la situación tal como yo quería, no me era lo suficientemente indiferente. Me molestó verla. Yo me sentía hostil, en una situación embarazosa, mientras ella parecía ser la vencedora. Yo todavía

sentía algo por ella y sabía que ella lo sabía. Quizá Elsa esperaba que le dijese, venga, vámonos, pues bien se esforzó para convencerme de que sólo ella importaba. No dudo de que cuando vio que yo no estaba dispuesto a saltarle encima con mis garras, se fue a su casa hecha una furia, dispuesta a morder la alfombra. No podía soportar perder nada. Yo la había abandonado por una mujer que ella despreciaba y que creía era un mero capricho mío. Cuando me casé con ella no pudo aceptarlo. ¿Por qué diablos le estoy contando todo esto?

Van der Valk sonrió frotándose la nariz.

—Me lo cuenta porque le sirve de alivio y aún le gusta hablar de ella. Todavía es importante para usted.

Sin ganas, Martin también sonrió.

—Sólo debido a que está muerta y a que usted me hace hurgar en mis emociones. En los últimos cinco años no he pensado en ella más que casualmente y unas dos veces, en realidad, desde este episodio. Nunca más la volví a ver intencionadamente.

En cuanto dijo la palabra supo que Van der Valk se había fijado. Sin embargo, no añadió ningún comentario. Tenía los ojos clavados en la pared, parecía estar apunto de tomar una decisión.

—No le acuso de este crimen, por lo menos no todavía, y es posible que nunca lo haga. La cosa es así: puedo acusarle formalmente de asesinato, ya que con franqueza tengo bastantes motivos para ello, después el magistrado se ocuparía de los interrogatorios y los testimonios. Si así fuera, usted no se quitaría con facilidad el muerto de encima, aunque fuese tan inocente como Juana de Arco. Si le mantengo detenido es en el supuesto razonable de que usted es el autor probable de una grave acción criminal, sin tener en cuenta si yo lo creo o no. Usted puede negarse a contestar, exigir un abogado y hacerme frente. En este caso, yo le acusaría con tal rapidez que usted se vería en el despacho del magistrado con la misma prontitud que un telegrama. Pero prefiero no obrar así, sino dejarle aquí cierto tiempo, ya que creo que usted me puede decir muchísimas cosas que yo quiero saber. Ayúdeme y es muy posible que yo pueda soltarle en una semana en vez de hacerle pasar momentos muy duros.

Hizo una pausa y siguió.

—Por otra parte, supongamos que es usted culpable. Es probable

que haya todo tipo de circunstancias eximentes y todo ese batiburrillo de cosas. Una vez que le acuse, usted puede recurrir a su abogado, luchar y negarse a contestar, con lo cual puede elegir, o contármelo todo con la espontaneidad con que lo ha hecho hasta ahora, como si yo fuera uno de esos idiotas psiquiatras. De esa forma podré averiguar lo que quiera y dejarle libre de culpabilidad en el proceso. O cerrarse en banda, en ese caso hoy mismo le acuso. El juicio tardará en celebrarse unos seis meses, y aunque usted salga libre, la mitad del país dirá que lo consiguió gracias a un gran abogado. Le he dado un buen consejo, ahora queda en sus manos. Tome un pitillo.

—No lo quiero —dijo molesto Martin.

Se levantó y miró por la ventana hacia afuera, haciendo tintinear las llaves en los bolsillos. Sabía que lo habían cogido según el estilo clásico de la Policía a *la chansonette*. Atraído por cierta sensación de seguridad, no ocultaría nada. ¿Y si fuese esquizofrénico? ¿Y si hubiese matado en realidad a Elsa? Le echarían el guante de todas formas. Un simple papel le pondría de golpe entre los brazos del magistrado encargado de la investigación. Se imaginaba la sonrisa de gafas sin montura, sin alegría, sin labios, que todos los de esta calaña tenían. Optó por una de las dos salidas y se preguntó si aquello demostraría que él estaba cuerdo o todo lo contrario.

—Confiaré en usted, le seguiré en esto.

El otro volvió a mirarle fijamente, mientras se daba golpecitos en los dientes con la pluma.

—No se haga ninguna ilusión. Si este caso sigue señalándole a usted, aunque no de forma rotunda, pero sí con bastante claridad, aún puedo acusarle. Yo echo las cartas sobre la mesa y me dirijo hacia donde ellas me indican. ¿Me entiende?

—Sí.

—De acuerdo.

Siguió hablando con un auténtico sentimiento de amabilidad.

—No crea que le vamos a sacrificar, haré todo lo posible para resolver este caso, a pesar de que los periódicos ya zumban a su alrededor como avispas. Usted creerá que yo soy un maldito policía que amenazo a la gente, que la llevo de un lado para otro, que le pongo trampas y que a veces hasta le golpeo y todo para hacer

méritos ante mi jefe, pues no es verdad. Lo único que quiero es entender a esta mujer, porque tengo la impresión de que si lo consigo sabré por qué la mataron. Sabré el porqué, sabré quién. Eso es todo. Le proporcionaré todas las comodidades que pueda. Libros, alimento, cosas por el estilo. Podrá ver a su esposa todos los días, si así lo desea, en presencia de alguien más. Ese alguien más es el policía de vigilancia. Y si usted sale conmigo, no nos acompañarán ni policías ni irá esposado. Pero si se escapa sabe que estará perdido.

Arrojó la pluma que rodó por la mesa hasta el suelo. Al agacharse dijo:

—*Verdomme!*

En ese instante sonó el teléfono y se enderezó enrojecido por el esfuerzo.

—Van der Valk, sí, muy bien. Un segundo…, le escucho, adelante.

Se oyó un murmullo persistente como un graznido. La pluma se movía uniforme sobre el papel.

—Muy bien, gracias. ¿Podría hacerme una copia cuando tenga tiempo? De nuevo gracias. Hasta luego.

Colgó el teléfono, se recostó en la butaca y estudió el papel.

—El confiarme a usted de esta forma va contra todos los procedimientos normales de la Policía, ya que podría darle una información que le ayudaría a inventarse una falsa imagen. Usted se arriesga a que, aunque yo le dé mucha cuerda, al final le eche el lazo. ¿De acuerdo? Estamos los dos cogidos.

—¿Por qué habla tanto? —dijo Martin.

Van der Valk se colocó un cigarrillo en la boca, lo encendió y con la cerilla encendida señaló a Martin.

—Justo antes que la asesinaran, esa mujer había hecho el amor. ¿Comprende lo que quiero decir? Información y ciertas suposiciones interesantes. Un hombre la mató. Una mujer no deja una prueba como esa detrás suyo, ni siquiera una de esas que tienen pinta de conductoras de camión y las manos llenas de grasa. Un hombre la mató, muy poco tiempo después de hacer el amor. Y era un hombre que la conocía, ya que lo hizo con la pistola de ella. Según los conocimientos que usted tenía sobre esta mujer, ¿cómo cuadra esto? Primera suposición, ¿era una prostituta?

Martin se sentía asqueado. La broma grosera y barata del policía había hecho el efecto, probablemente intencionado, de apartarle de la ternura involuntaria, que todavía, en cierto modo, sentía por Elsa. Ya no sentía nada, salvo el deseo de vomitar. La voz le persiguió por un túnel de náusea.

—Debería haberle explicado —dijo tranquilo y razonablemente — que ese fue el informe médico. Desde luego, el médico hizo una rápida comprobación sobre el terreno y otro más detallado al día siguiente. Ayer hubiera tenido que recibirlo pero me pasé el día buscándole a usted. Ella ya no existe, sabe. No es más que un ejercicio médico legal.

Martin trató de concentrarse agarrándose a las palabras para detener la náusea.

—No, no era una prostituta. Por lo menos cuando yo la conocí. Aunque muy bien pudiera haberlo sido. Tenía buena educación, pero esto no es óbice para nadie. Si no lo hacía era más bien por motivos económicos que por su carácter.

Pensó: lo importante es que ya no está aquí, y lo que yo diga ni la afectará ni la dañará. Ya no tiene importancia.

—Si fue una prostituta, ya lo averiguaremos —dijo placenteramente Van der Valk—. Estas semiprofesionales que lo hacen por divertirse, no son fáciles de fichar, podría decirse, pero ese asunto de las chicas que hacen visitas por teléfono, es muy conocido de mucha gente. Es probable que lo averigüe con facilidad en Josef Israelskade. Suposición dos: ¿era una ninfómana?

—Sí, aunque no lo hacía con todo el mundo. No se dedicaba a ir por ahí buscando tipos para meterse con ellos en la cama.

Meditabundo añadió:

—No sé si existe un tipo como ese, pues nunca lo he conocido.

—Ni yo —dijo de nuevo placentero Van der Valk—. Deje de recrearse en sus recuerdos agradables.

—Ella no podía vivir sin los hombres. Creo que en el plano físico era algo masoquista. Le gustaba que la maltratasen, le dijesen palabrotas, la tratasen como una criada, la castigasen y no se le hablase durante uno o dos días. Le gustaba que le pegasen. Estoy hablando del plano físico. En el mental, sabía dominar completamente a sus hombres. No sólo a mí, yo lo comprobé con otros. Ya no sabían vivir a menos que ella les insuflase la vida. Eran

como títeres, y con ojos tristes levantaban la mirada para que les diese una palmadita. Ella les obligaba a hacer cosas ridículas para satisfacer su ansia de dominio. Creo que por ese mismo motivo le gustaba el sexo. Éste no le daba mucho gusto, era mucho mejor el sentimiento de dominio, de agotar toda la voluntad de un hombre. Sencillamente, era una bruja: era capaz de absorber toda la voluntad de un hombre y sustituirla por la suya propia dejándolo hecho un autómata. Ella los llamaba y ellos venían. Ella quería que se hiciera algo y el pobre hombre iba y lo hacía. Entonces este se sentía resentido y, arrastrándola sin ninguna resistencia por su parte, hasta un sofá, le daba una zurra y volvía a sentirse otra vez hombre durante media hora.

Van der Valk estaba sentado con toda su atención puesta en aquellas palabras, con los ojos muy abiertos, como un aficionado al deporte cuyo equipo acaba de conseguir un brillante tanto.

—Estupendo, hay que ver lo que me he perdido.

Dio una palmada en la mesa con la mano.

—Es hora de almorzar. Para usted el rancho de la cantina, aunque su esposa puede traerle lo que quiera cuando venga. Pondré a los vigilantes al corriente sobre usted, no tendrá mala vida, ni trabajo de que preocuparse. Unas vacaciones.

Y añadió con cierta ira jocosa:

—Es más de lo que a mí me dan. Hasta puede escribir un libro cuando todo se acabe. ¡Vamos, tengo varias cosas que hacer después de comer! Después, daremos un paseíto.

VAN DEL VALK YA TENÍA LISTO EL COCHE. Sin hablar lo puso en marcha y se dirigió hacia la ciudad. En Amsterdam es imposible evitar el tráfico de media tarde, el avance resultaba dificultoso. Las luces del Muntplein estaban frente a ellos. Martin miró el campanario y el rincón del Singel con nuevos ojos. Al encontrarse en el ambiente de la Policía, hacía que viese a la gente de otra forma. Todas estas personas que miraban a los escaparates de Vroom junto a la rotonda donde comienza Kalverstraat; todos aquellos que se dirigían con mirada alerta y expectante hacia la otra rotonda de la Reguliersbreestraat como si en el Rembrantplein les dieran un hermoso regalo: ¿quiénes eran? Gente que no tenía en su

cabeza otra cosa en qué pensar sino en su negocio. Pues si el lema en Alemania es *Befehl ist Befehl* (órdenes son órdenes) en Holanda es sin duda alguna *Zaken zijn zaken* (los negocios son los negocios). Y ciertos pequeños e inocentes placeres también: café y un buen pedazo de tarta llena de nata en Doelen o Polen. ¿Y qué decir de aquellas personas que husmeaban rápidamente el aire e intentaban adivinar cómo sería el tiempo: frío ahora y aplastante con aquel cielo plomizo y amarillento? Pronto nevaría sin duda alguna, y quizá helaría, y los niños pedirían sus patines. ¿Acaso en diez mil hogares sólo se pensaría en la sopa de guisantes? ¿En el *Kale* rizado con salchichas hervidas en otros diez mil? ¿Pensarían en los días ya próximos cuando *Sinterklaas* acudiría con su *Knecht* y los panaderos venderían iniciales hechas de pasta rellena de mazapán?

Entre ellos había asesinos, ladrones, pervertidos, rateros, chulos. Sin duda alguna muchísimos psicópatas. Pobres viejos que seguían a las niñitas a los parques. Sin embargo muchos también eran criminales que gozaban seduciendo a las vírgenes, envenenando a sus esposas, que tan pronto le robaban al pobre como al rico. En especial, ya que era mucho más fácil, algunos vivían sin preocupaciones y tranquilos gracias a los beneficios derivados de las desagradables locuras y mezquindades de toda la masa. Parásitos, jugadores, pornógrafos. Víctimas. Los ojos profesionales de Van der Valk también se posaban sobre ellos. ¿Estaría allí también el asesino de Elsa?, quizá más preocupado en aquel momento del policía de tráfico en su pequeña torre de acero que del investigador anónimo en el anónimo Volkswagen.

Van der Valk giró a la derecha tras pasar el Hotel de l’Europe, siguió girando y entró en el patio del Binnen Gasthuis, el gran hospital que es la avanzadilla del último barrio antiguo de Amsterdam. Martin siempre se sentía a gusto en estas estrechas y viejas calles junto a los canales, que todavía no se veían ni llenas ni arrasadas por la fricción y la vibración incesante del tráfico. Avanzaron con rapidez por el frío y antiséptico pasillo; parecía que Van der Valk conocía el camino; las suelas de sus zapatos giraban en las esquinas encaminándose hacia su meta sin vacilación. Martin sabía ahora lo que le esperaba y respiró hondamente llenando sus pulmones todo lo que pudo de un aire ya corrupto. No iba a

permitir que le tratasen como un tonto llevándole por la nariz hasta una sorpresa que a lo mejor pensaban que iba a hacerle flaquear las rodillas. Caminaba como un hombre libre y penetró con fuerza por aquella desagradable puerta que tenía una placa que decía: «Departamento de patología».

ERA UNA CÁLIDA Y ALEGRE OFICINILLA donde había una hermosa joven bebiendo té, una impasible mujer que escribía a máquina con una gran experiencia en su amable, arrugado y tranquilo rostro, y un hombre joven, moreno y delgado, con un mono, de pie, junto a un archivo, con un montón de tarjetas en la mano. Había un vaho débil y molesto, ¿sería de formol?, que invadía a todos los que se encontraban en aquel sitio. La joven levantó la vista. Su lacio pelo rubio estaba arreglado en un alto peinado sobre una frente nacarada. Su sonrisa era fresca e intocada por el formol, o por las terribles tarjetas del archivo. Sus dientes eran demasiado grandes. Van der Valk habló con el tono solemne y grave de alguien que tiene una misión que no es importante.

—¡Oh, sí! —dijo la chica.

Su voz, aunque profunda, era agradable. Miró a su alrededor meditabunda. Nadie le prestó la más mínima atención. Se levantó mostrando una figura muy frágil; unas piernas, un poquitín demasiado delgadas; unos pies y unas manos, un poquitín demasiado grandes. Con un gesto automático e inconsciente se alisó la almidonada falda blanca.

—El jefe del departamento ha salido.

E hizo una señal con la cabeza hacia una oficina interior, con una pequeña placa de plástico en el panel que impedía el paso.

—Más o menos sé de qué trata, ¿quiere acompañarme?

Un pasillo lleno de puertas. Dos o tres hombres con aspecto indudable de técnicos de laboratorio los miraron sin curiosidad mientras seguían con sus labores rutinarias. Cada vez era más fuerte el olor del formol. Otra puerta que giraba sobre goznes de bronce con un movimiento sin ruido y espontáneo como si se abriese una gigantesca boca.

El zumbido de las máquinas de los refrigeradores. La luz caía desde barras de neón incandescentes y frías sobre los azulejos color

ópalo. La hermosa chica fue hasta la mesa de la oficina y apretó una agenda automática como las que se usan para anotar los teléfonos. Martin pensó que era una forma muy rápida de averiguar las cosas. Luego miró en el libro de entradas mordiéndose el pulgar sin darse cuenta. Con un gesto de asentimiento de la cabeza, se encaminó sin perder el tiempo hacia la pared donde estaban empotrados una especie de grandes archivos y tiró de uno, haciendo salir un recipiente de más de dos metros que contenía un cadáver, con la misma despreocupación de un *croupier* cuando le piden cartas. Martin estaba a su lado y aspiraba el débil y suave aroma de su cabello.

El rostro no estaba ni arrugado, ni pálido, ni horrible. Era absolutamente neutro. En él no había ni paz ni débil sonrisa ni ningún otro tópico. Los cuerpos muertos no aterran, pero tampoco son comunicativos. Sencillamente no hay nada. El cabello, aún rubio, pero más gris de lo que él recordaba, caía en suaves ondas por detrás de la mandíbula bastante marcada. Observó a Van der Valk, quien estudiaba el rostro como si esperase encontrar un nombre escrito en él. Luego a la muchacha que permanecía tranquila, sin fijarse en nada, con las manos metidas en los bolsillos del uniforme. Martin se fijó poco a poco en el cuerpo desnudo, limpio y firme, los pechos aún eran duros, en el estómago se veían cuatro pequeñas señales oscuras que formaban un cuadrado regular; era más bien terso. El vado, el recordado vado profundo y alegre bajo el hueso de la cadera no había cambiado. El rostro aún era hermoso y su tosca piel estirada sobre unos contornos notablemente marcados, sobre los altos huesos inteligentes. Elsa siempre tenía mejor aspecto bajo la luz artificial. Martin sintió un último destello de ternura moverse dentro de sí.

—¿Tardó mucho en morir?

—No me lo pregunte a mí, yo no estaba allí —dijo Van der Valk con su brutal jovialidad.

La chica contestó distante sin mirar a ninguno de los dos hombres.

—No mucho tiempo. El suficiente para haberla salvado, quizá, si la hubieran encontrado en seguida, aunque es probable que no fuese nada fácil, porque fueron cuatro balas, pero siempre existía la posibilidad. Es de suponer que no sufrió mucho y que sabía que iba

a morir.

Con total indiferencia se persignó.

—¿Basta?

El pequeño fulgor de ternura desapareció a medida que el cajón volvió a su sitio. Finalmente Elsa desapareció. Martin ya no sentía más emoción que la chica. Van der Valk se llevó un pitillo a la boca y luego se lo quitó, mirando a Martin con los párpados engurruñados por cierta alegría.

—Espéreme en el coche, no tardaré ni cinco minutos.

Cuando este se marchó le oyó decir:

—¿Cuándo podré tener un estudio completo del cadáver? Lo quiero todo muy claro.

EN EL EXTERIOR, MARTIN encendió un pitillo con un gran suspiro de alivio. Van der Valk condujo hasta la comisaría sin decir palabra. Cuando volvió a encontrarse allí a sus anchas, apoyó los codos en la mesa y se frotó la nariz pensativamente. Luego se levantó, fue hasta un archivo de metal, abrió un cajón y regresó con un paquete envuelto en papel marrón que desató sin darle importancia.

—Esto es lo que llevaba puesto, a mí no me dice nada. Puedo enviarlo al laboratorio para que lo analicen, pero tengo la intuición de que será una pérdida de tiempo. Creo que no se trata de un caso que vaya a resolverse analizando partículas de polvo en el microscopio. Es algo más psicológico. Huela estas ropas. Huelen a ella. Ese anillo con el escudo genealógico de jade lo llevaba puesto. Siempre lo llevó, ¿no es así? El oro está muy gastado y se ve que ha sido arreglado, quizá más de una vez. No falta nada de lo que yo esperaba encontrar. De acuerdo, sólo le he echado una mirada muy superficial a todo. Mañana, usted y yo vamos a dar un paseo hasta Josef Israelskade, quizá reconstruyamos el crimen.

Luego añadió con tono burlón:

—Usted cogerá la pistola y de nada le valdrá matarme pues estoy asegurado. Ahora…

Manoseaba las ropas como un comprador de tejidos, agarrándolas, pensó Martin, como si todavía hubiera una mujer dentro de ellas. Percibía la textura examinándolo todo bajo la luz.

Luego las arrojó a un lado con desprecio.

—Nada, no me dicen nada nuevo que yo no supiese.

Martin le observó torvamente notando cómo un amargo disgusto le cubría el rostro de manera muy obvia. El hombre jugaba con los zapatos de Elsa como un maldito pervertido. ¿Sentiría un oscuro placer al toquetear estas cosas? Sus ojos se posaron sobre Martin y se ausentaron.

—La lección de anatomía de la doctora Tulp, ¿le gusta? Es guapa, ¿no? Un poquitín flaca, pero con mucho mejor aspecto que su amiga. Ahora vamos a dar una pequeña lección con su anatomía, en vez de con la de ella. Es una lástima que no haya podido traer a la doctora Tulp, ya que a lo mejor le habría animado a usted.

Martin estalló como un leopardo burlado.

—Ya tiene a una puta muerta, ¿quiere otra viva? Entonces deje de considerarme como tal, déjese de todos estos trucos llevándome a sitios donde se espera que grite o me desmaye o algo por el estilo. ¿Qué cree que va a obtener con echarme a mí la culpa? Que empiece a llorar y diga: «Basta, basta, lo contaré todo». Yo sé cual era el olor de ella, no tiene que restregarme su ropa interior en la cara.

Van der Valk reía cordialmente.

—¿Qué pasa?, yo miré a esa condenada mujer en el hospital, y eso no quería decir que deseara meterme en la cama con ella —exclamó Martin.

—¿Y por qué no?, yo sí —exclamó Van der Valk ecuánime con su condenada sonrisa comprensiva, segura y atrapadora—. Veo que vamos progresando, que aprende, ¿es que creía que aquí se le garantizaría que nada le iba a doler? No se da anestesia en las comisarías, ni hay enfermeras guapas para peinarle el cabello. Tengo que arrancarle el pellejo a tiras y de la forma más rápida, tengo que averiguar lo que usted sabe y usted sabe bastante sobre este asunto. Quizá no sepa que lo sabe. Yo tendré que averiguarlo de todas formas. ¿Se cree usted que no tiene nada que ver con esto? Muy bien, usted piensa: yo estaba fuera de la casa y ello no me pone dentro de ella ni me coloca el arma entre las manos, pero créame, usted está metido hasta el cuello.

—¡Bah! —dijo Martin—, todo eso es mentira, ¿por qué diablos estoy metido hasta el cuello? Usted no puede hacer que ningún juez

ni ningún criminal puedan decir que la maté, sólo porque la conocí y en el día del crimen me encontraba frente a su casa. Podrá encerrarme para toda la vida, pero no logrará que le diga que la maté porque no lo hice, ni siquiera aunque me pegue, ¿va a pegarme?

—Voy a hacer que usted mismo se pegue —dijo radiante Van der Valk. Nadie ha hablado ni de jueces ni de tribunales, aunque le sorprendería saber lo que son capaces de hacerle decir. Simplemente quiero demostrarle lo que sería obvio para cualquier persona con sentido. Usted es bastante inteligente, pero no lo suficiente. Usted estaba liado con una mujer, esa mujer está muerta. La asesinaron. Alguien la asesinó. Bien, yo a usted no le he dicho ninguna de esas tonterías relativas a la sociedad, ni a la protección de la misma ni a los deberes que tenemos con ella y todo lo demás, todo eso son monsergas para ganar votos en las elecciones. Creo que esto está muy claro. Hay algunos actos que sencillamente son malos en el plano moral. La muerte violenta es un daño grave. Mucho más debido a que uno destruye algo que no puede ser ni reconstruido ni reemplazado. En líneas generales, uno no puede apartarse de esto como un todo. Y en particular mucho menos en el que nos ocupa. Usted, usted es parte de este crimen. Usted la amaba, vivió con ella y fue parte de ella. Usted está metido en esto y no me importa que haya estado fuera de la casa o en un café del Purmerend. Si usted la asesinó lo averiguaré, pues usted me lo dirá. Y va a empezar ahora mismo contándome qué es lo que hacía de verdad en aquella calle. Y no me venga con ese bonito cuento de hadas de que admiraba a la bonita luna, como un bonito queso reflejado en el bonito canal.

Martin sonrió en contra de su voluntad.

—Usted hace que me sienta culpable, tonto e hijo de puta.

—¡Ja! —gritó Van der Valk alegre—. Según mis conocimientos usted es esas tres cosas. Usted sabía que ella vivía allí, ¿no es verdad?

—Supongo que alguien me lo diría, pero no me di cuenta…

—Usted no se dio cuenta. Fue como algo increíble, usted se limitó a ir hasta allí con una vaga idea, con la esperanza de tropezársela sin querer. Quizá hubiera preferido hallarse en situación de poder hacerle daño. No me interrumpa, mire, así fue como sucedió: no existe ninguna señal de que el crimen haya sido

cometido ni por un perverso ni por un sicópata. Alguien, y fíjese que no digo ni tengo ninguna certeza de que fuese usted, de pronto se sintió lleno de rabia ciega. La ira, los celos, el dolor, la humillación le hicieron verlo todo rojo, llámelo como quiera. Pudo haber sido usted; encaja, o se puede hacer que encaje. La pistola hace pensar que fue premeditadamente, pero no hay por qué verlo así, prefiero pensar que, en cierto momento, un hombre se puso a jugar con el arma como si fuese un juguete, después se la metió en el bolsillo y le hizo sentirse envalentonado. Luego sintió una súbita oleada de rabia pura y perversa y de pronto se vio con el arma en las manos. Cuando le eche el guante, dirá que fue locura momentánea.

Van der Valk le estudiaba atentamente a través de una pantalla de humo.

—Sigamos. Una mujer le saca de sus casillas. Quizá le encamina por el sitio equivocado y le hace ir a tope. Eso no le convierte en loco, pues entonces todo el mundo estaría loco. ¡Dios mío, vaya discurso! Usted está metido en eso, yo estoy hasta aquí. Sigamos. Toco el timbre y digo que le encierren. Dejo que las aguas se calmen y por la mañana lo vomita todo. Allí estaré yo con un cubo.

Martin se sentía cansado, tan cansado que apenas si podía estar de pie. No sentía más que agotamiento y una especie de dolor monótono. Pasó junto a la tranquila habitación de los vigilantes y penetró en la celda, cayó sobre el colchón y se quedó inmediatamente dormido.

CUANDO SE DESPERTÓ al cabo de una o dos horas, todo estaba tranquilo. Encendió un pitillo y se quedó echado pensando sin llegar a nada claro; sus ideas eran vagas e informes. En un determinado momento vio vigilante en el umbral con la pipa entre los dientes.

—Vamos, a comer, no deje que el café se enfríe. Esta noche hay arenques amargos. Mientras cena puede hablar con su esposa, está ahí afuera esperándole.

Vivazmente Martin saltó del lecho.

En el abandonado cuarto de los vigilantes, Sophia parecía un ave del paraíso. Su perfume otorgaba vida al aire viciado: su sonrisa

iluminaba el mundo de los policías. Con la mano empujó un paquete encima de la mesa.

—¿Qué hay en él? —preguntó él como un niño.

—Anguila ahumada, puros, el libro de Historia en francés *Chance* y una gran barra de chocolate.

Ella sonrió como se sonríe a un niño. Él la besó embelesado y encendió con gusto un puro. El café que llenaba la gran jarrita esmaltada estaba caliente y asombrosamente bueno. Sophia le miró, enamorada, sentada con elegancia a una esquina de la mesa. El vigilante se quitó la pipa de los labios, acercó una silla y de golpe se sumergió profundamente en un aterrador libro en cuya portada se veían vampiros.

Sophia cruzó las rodillas y dijo:

—Dame un cigarrillo.

Penetrando con sus ojos el humo le preguntó de golpe:

—¿Fuiste tú quien la mataste?

—¡Ah, querida, deja eso por favor, todo el día Van der Valk ha intentado pasarse de listo con esto! Desde luego yo no la maté. Me tienen cogido, simplemente porque la conocía. Ahora está muerta, deberías alegrarte de ello.

—Hablas como un niño o como un tonto. «¡Debería alegrarme!». ¿No te da vergüenza decirlo? Van der Valk te llevará a que te laven el cerebro si persistes en ser tan estúpido; le he visto. Me ha dicho sin rodeos, e insistió en ello, que no creía que tú la hubieras matado. Yo, desde luego, no estoy tan segura. ¿Con qué frecuencia has ido a Josef Israelskade mientras todo el mundo suponía que tenías que trabajar en un proyecto en Amsterdam?

—¿Estás celosa todavía? Ella está muerta y yo no sé nada del asunto. ¡Por Dios santo, nadie sabe con cuántos hombres tenía relación!

—Por lo que a ti se refiere tengo celos de ella viva o muerta.

Arrojó el cigarrillo que describió un rápido arco de destellos hasta caer en un cubo lleno de carbón.

—Nunca la vi, nunca fui a su casa, nunca hablé con ella.

—Sí, sé que tú te dices eso, ¿pero estás seguro de ello? ¿Es que acaso esa bruja no te volvió a embrujar de nuevo? No podré soportar que no me digas la verdad. Todavía seguías tras ella y la han asesinado. Asesinado. Para Van der Valk eso es sólo su trabajo,

y para ti, quizá, un gran alivio. Acaso tú seas responsable y creo que ante ella lo eras. No te recuerdo tus responsabilidades conmigo y con tu casa. Sin duda alguna la odiaba, pero la hirieron en el vientre y se arrastró por el suelo desangrándose por dentro y allí se quedó, muerta, mientras tú dabas un agradable paseo por la calle. Mi marido en la cárcel. No, no creo que la mataras. Si lo hubieras hecho esperaría veinte años fuera de la prisión por ti. Sin embargo creo que ocultas parte de la verdad, dímela, ¿me oyes? Ahora no, no puedo soportar el verte aquí intentando mantener el tipo y negándolo. Regresaré mañana.

El policía levantó sus tranquilos ojos azul porcelana de los vampiros.

—Buenas noches, permita que le abra la puerta. Me alegro de verla. Hasta mañana.

Martin se sintió como si le hubiese caído un rayo. Se hizo dos grandes bocadillos, uno con arenques y el otro con chocolate. Cogió el libro de Historia en francés y le dijo al policía en la voz más amarga que pudo:

—Sea bueno, amigo, y enciérreme. Es probable que el próximo visitante sea el Ministro de asuntos sociales, preocupado por mi moral.

—Duerma bien —le contestó irónicamente el policía.

La puerta se cerró de golpe y se le cayeron las llaves al suelo; el vigilante maldijo suave y fríamente.

EL BOLSILLO DE VAN DER VALK estaba lleno de llaves. Rebuscó y murmuró varias palabras antes de encontrar la que buscaba. El apartamento de la casa de Josef Israelskade olía a cerrado, a polvo y estaba helado. El policía encendió la estufa como un ama de casa.

—Es muy ingenioso, ¿ve?, anoche estuve aquí con mi abrigo, más tieso que un palo. La estufa la habían limpiado. Los condenados policías creen que van a encontrar huesos o botones u otras cosas. Todo lo que tuve que hacer fue prepararla.

El humo ascendió aromático a medida que empezó a salir por el tiro. Van der Valk parecía triunfante como si hubiese hecho algo extremadamente inteligente. Martin observó que habían recorrido solemnemente el lugar con la aspiradora y el recogedor y pensó

divertido que sólo un policía holandés habría hecho tal cosa. Es probable que en su casa tenga que quitarse los zapatos antes que su esposa le deje entrar en el cuarto de estar. En aquel momento, la habitación parecía más cómoda y rápidamente se volvía más cálida.

El mobiliario no era nuevo, aunque había algunas piezas delicadas, posiblemente reparadas, en buenas condiciones y de un estilo bonito, sencillo y bien acabado. Algunos muebles quizá costaron mucho dinero. Siempre admiró el gusto personal de Elsa en las cosas que la rodeaban. Van der Valk se ocupaba de revolver la cocina; Martin echó más carbón a la estufa y cerró un poco el tiro. La mayoría de estas casas tenían en la actualidad calefacción central; supuso que gran parte de este barrio contaba con instalaciones de fuel, sin embargo él prefería la chimenea. Era más agradable ya que podía jugar con ella. Era el fuego de uno, algo personal. Empezó a vagar de un sitio a otro con las manos en los bolsillos. Vio el escritorito que le había metido en este lío. No le dijo nada, estaba cerrado con llave. El suelo estaba cubierto de gastadas alfombras persas sobre otras de cuerda y su aspecto le dijo que eran buenas. Supuso que las habría comprado en alguna subasta. Los cuadros le interesaron. No eran litografías corrientes. Dos grabados muy bonitos de Guardi y uno cómico de Longhi de un viejo y horrible marqués con una máscara de bestia, bailando enlazado con una joven y fresca marquesa (pensó Martin). Un Mantegna muy conocido y maravillosamente bien reproducido con un marco dorado. Una hermosa y gruesa mujer burguesa flamenca, pelando zanahorias, del siglo XVII; aunque el cuadro aún estaba sin restaurar, ya estaba limpio y a pesar de todos los estragos, muy bien pintado. Supuso que era un original, aunque seguramente no habría tenido un gran valor en la subasta debido a que no se podía atribuir a nadie con certeza. En la mesita de centro había un pájaro de Lalique que él le había regalado y que reconoció con cierto asombro. Todo estaba muy limpio y cuidado. Las cortinas eran de un buen brocado con dibujos de pájaros y hojas y unos matices más bien otoñales: bronce y naranja quemado, *feuille morte* y verde oliva. Varios estantes de libros entre los que había algunos que le habían pertenecido y muchos otros que recordaba, casi todos sobre arte: balinés, chino, hindú, de porcelanas italianas, de barroco alemán, de marcos de cerámica y porcelana, de plata georgiana

inglesa, de Sevrès de la época de Luis XV. La verdad es que no le interesaba mucho el arte de Elsa, sin embargo, las figuritas que diseñaba eran alegres y nuevas y a veces originales y deliciosas, a pesar de ser en su mayoría para turistas: pescadores del Volendamse y esposas de granjeros de Brabante.

Pensó que debía de haber hecho cierto dinero con ellas ya que de algunas se habían hecho miles de copias y se vendían tanto a los holandeses como a los turistas. Van der Valk entró con una bandeja en la que había una cafetera colocada con sumo cuidado y tan orgulloso como una joven que sólo llevase una semana de casada. Martin sonrió al ver su rostro preocupado y complacido por la porcelana de Elsa. Pensó que esta era moderna: un diseño muy conocido de Rosenthal.

—Yo serviré —dijo encantado.

—No hay galletas —dijo el policía como sintiéndolo.

—¿Qué pasará ahora con todas estas cosas?

—No hay ni testamento ni nada —contestó poniéndose cómodo —. Era bastante buena para esconder cosas, pero no han aparecido ni secretos ni documentos comprometedores, ni siquiera una divertida carta de chantaje. El pariente más próximo es automáticamente su esposo; no estaban divorciados ni cosa por el estilo. Finalmente podrá disponer de todo esto como le venga en gana. Es el magistrado que se ocupa de la investigación el que decide, cuando ya no lo necesitamos más. Ya sabe, unos arañazos misteriosos en la puerta del inodoro pueden ser una pista para algo, y aunque nunca lo sean, la Policía nunca deja de creer en tales cosas.

MARTIN SE ACORDÓ de Erich van Kampen, flaco y nervioso como un flamenco, con su taza de café tintineando en el platillo. El hombre lo único que quería era que le dejasen en paz. Si su esposa hubiese sido una mujer tranquila, callada y agradable, no hubiera bebido tanto.

—¿Dónde está su esposo ahora?

—En La Haya. Es una especie de funcionario bastante importante del departamento de archivos del Estado de ciertas cosas; la verdad es que no lo sé a ciencia cierta.

—Sí, era una autoridad en documentos, en autentificarlos, en descifrarlos y en cosas por el estilo. Aquí tenía un puesto universitario, según me acuerdo. ¿Y qué me cuenta de él?

—Nada. Se echó una querida de veintidós años, una chica muy mona, muy exuberante y con buenas curvas, y claro, únicamente le aterra que alguien pueda formarle un escándalo por ella en La Haya. Le vi anoche, puso una cara triste y se mesó los cabellos, pero indudablemente está enloquecido con esta niña. Es muy egoísta, sabe, y hasta se ha olvidado del nombre de su mujer. Tendremos que buscar un poco más cerca de la casa si queremos encontrar un muchacho que la azotase fácilmente. La noche del martes estaba en el Kurhaus de Scheveningen y unas veinte personas le vieron. Eso es lo que me ha tocado: hallar y comprobar a todas las personas que la conocían a ella y que hasta llegaron a ser vistos, aunque poco en esta casa. Quiero decir ese tipo de gente que sabe dónde está el servicio y ayuda a lavar los vasos: las mariposas alrededor de la llama de la vela. Quiero ver qué dicen sobre sí mismos y en especial lo que hicieron el martes por la noche. Estúpida y condenada labor, ya que la mitad lo habrá olvidado y la otra no se puede comprobar. Lo que hay que averiguar es si tenían un parecido sicológico todos los tipos de su vida. Es una lástima que no tengamos más información sobre las características físicas. Usted estaba ahí afuera y en realidad debiera de haber visto u oído a alguien, por ejemplo el portazo al salir. Trate de recordar.

—No, y me sorprende. Quiero decir la forma en que Bouwman dijo lo del portazo y de que alguien salió corriendo, pues yo no oí nada.

—¿Y no vio a nadie?

—No. Pero ni siquiera vi al policía, lo cual quiere decir que no estaba para ver a nadie. Si usted me dijese que junto a mí pasó un tanque lleno de barbudos cubanos, no podría decir que miente.

Con un profundo sentimiento le contestó:

—A veces me gustaría que llegase un tanque lleno de cubanos barbudos al Palacio de Justicia. Si usted supiera la presión que tengo que soportar debido al magistrado de investigaciones por causa de usted… Pero bueno, olvidémonos de eso ahora, volvamos a cuando usted vivía con ella. Antes que nada dónde. Quiero decir, la dirección.

—Aquí, en Amsterdam, en la calle Matthew Marisstraat. En el número ochenta y siete.

—¿Y vivía ella allí con su marido?

—Claro, la casa era de él.

—¿Y él se enteró?

—Lo sabía; debe de haberlo sabido perfectamente sin haberla pillado nunca en la cama. Aunque se negaba a verlo o admitirlo o hablar de ello. Sencillamente no lo aceptaba. Siempre fue amistoso conmigo, nunca forzado o falso. Hablaba de todo, a veces me pedía consejo y también se los daba a otros. A mí me trataba como si fuera un amigo íntimo de la familia y hasta llegaba a confiarme cosas personales: «¿No crees que Elsa está demasiado delgada?». «¿No crees que debería tomar aceite de hígado de bacalao?», ya sabe, ese tipo de observaciones. En público siempre fue cariñoso con ella, aunque con bastante frecuencia tenían unas discusiones tremendas. Ella afirmaba que cuando él bebía las iniciaba siempre, que era celoso y egoísta. Y a ella nada le gustaba más que una buena discusión. Y él era egoísta, ¿pero qué hombre no lo es con su propia esposa?

—¿Tuvo él algo que ver en la separación de ustedes?

—No. Ella quiso hacer parecer que él la atacaba para que yo me pusiera más de su parte, pero él nunca dijo ni una palabra. Me doy cuenta de que lo estoy poniendo muy bien. Él tenía sus trucos sucios, pero hasta de estos se aprovechaba Elsa para ventaja propia. Cuando él salía a beber unas cuantas copas, ella se quedaba en casa. Pero no crea que se dedicaba a tejer tristemente. No, nuestra separación fue cosa únicamente de nosotros dos.

—¿Por otro hombre?

—No, por otra mujer. Me acusó de que dormía con ella sólo por costumbre y de que tenía algo que ver con otra mujer: «de que me estaba portando como un estúpido ante una jovencita tonta». Esa tonta es hoy en día mi esposa. Desde luego era cierto, pero también le dije que ella estaba haciendo lo mismo, ella tenía otro hombre, o sea, dos.

—Estupendo, siga.

—Se trataba de un alemán que trabajaba en la fábrica donde hace muchas de sus figuras. Un tipo grande, no gordo, ya sabe, pero bastante corpulento. Muy divertido, estupendo para divertirse. No

puedo acordarme de su nombre. Desde luego me lo dijeron, pero no me acuerdo. También estaba Herman, a quien conozco, pero muy poco. Su apellido es Ketelboar, sus amigos le llaman Kalkoen, y no me pregunte el motivo, no lo sé, vive en una
casa-bote
en algún sitio de Bilderdijkkade, una gran barcaza, tendrá unos buenos veinticinco metros de largo. Por dentro todo es japonés. Estuve allí, aunque sólo de noche, creo que unas dos veces y una de ellas con ella.

Hizo una pausa y continuó:

—Él me fascinó. Es una especie de Svengali. Es médico y creo que bueno. Se dedica a cosas musculares y trata todo tipo de oscuras enfermedades nerviosas. Una especie de osteópata. Un poco como esa ciega que se dedica a preparar bailarines. Toca muy bien el piano, aunque creo que tiene algunos tornillos sueltos y se dedica a compositores poco conocidos, se conoce de memoria a todo Frescobaldi y a Scriabin. Ella siempre anduvo detrás de él desde que le dijo unas cosas muy bonitas sobre sus manos. ¿Se ha fijado en sus manos?

—Sí, se comía las uñas.

—Sí, pero también eran bastante feas y grandes. Cuando las estiraba los dedos se volvían hacia arriba y se curvaban unos hacia los otros. Los pulgares también eran extraños, tenían una articulación muy rara. Creo ahora que eran manos de avariciosa, aunque de persona inteligente. Herman se sintió muy atraído por ellas y le dijo que era escultora por naturaleza. Le hizo realizar ejercicios manuales y así empezó el negocio de las figuritas, las de todos esos granjeros. ¿Conoce la tienda que está en la esquina de la Spuistraat? Todo el mundo va a ella. Son obras artísticas, como las chicas de los gansos típicas de Copenhague, pero mejores, no tan cursis y mucho mejor concebidas. Holandeses típicos para la gente que desprecia los zuecos y los molinos en miniatura. Todas las tiendas de *souvenirs* de categoría venden montones de ellos. Parece ser que ella le sacó buena tajada al asunto, quiero decir, este apartamento no está nada mal.

—Sí, el cuarto libre es un estudio. Iremos allí dentro de un minuto, pero primero dígame a quién más conocía, quiero decir hombres.

—No tenía muchas amigas, más bien pocas y siempre muchísimo más jóvenes que ella. Las de su misma edad casi siempre la odiaban. Había también un hombre que trabajaba para la empresa de radios Vara, en Hilversun, tenía algo especial en la voz. Arie… *Dingus dingus*, algo parecido a *Heemstede*, ya sabe, cuando uno lo oye siempre dice: «Desde luego la próxima vez no lo olvido», pero uno siempre lo olvida. También estaba Toom Sientsema, el dibujante de comics. Sinceramente, no creo que le viese muchas veces después que él se casó. Henry Ruysbroeck, ya sabe, el periodista, un tipo grande con nariz romana. Ya ve como eran, todos interesantes, un poco artistas, un poco locos, no obstante ella conocía a muchas personas que yo apenas si sabía quienes eran: vagos nombres sin rostros o vagos rostros sin nombre. De vez en cuando aparecían por aquí y le escribían muchas cartas.

—Parece ser que eran los que frecuentaban la casa. ¿Y qué me dice de su familia?

—Papá de Charmoy vive en Bruselas y debe de ser bastante viejo. Es un anciano espantoso que siempre se casaba con sus secretarias. Creo que se ocupaba de negocios de importación y exportación con Brasil. En Amersfoort vive un primo que tiene un garaje, es muy rico, y la verdad es que no se ocupaba mucho de ella, y cuando yo la conocí tenía un hermano que vivía en Argelia. También tenía una hermana casada con un diplomático en Méjico, pero murió. La verdad es que no se veía mucho con su familia, aunque todos eran amigos de escribirse grandes cartas.

Dada la forma en que Van der Valk sonrió, Martin pensó: «todo esto ya lo sabes, bien que habrás registrado el escritorio». Entonces el policía dijo:

—Es un buen comienzo, ya que me da una idea bastante clara de a qué me enfrento. Alguna de estas personas habrá perdido el contacto. Otras podrán darme otros nombres y más información. Gracias a todos estos fragmentos debería formarme una imagen bastante clara de con quién se veía y dónde. Poco a poco nos haremos con el círculo completo y puesto al día de sus amistades más íntimas y nos bastará con cogerlos por los pies y sacudirlos un poquito para que salte el nombre del asesino. Es bastante sencillo, aunque lleva tiempo y muchos días de aburrimiento metidos en océanos de hechos irrelevantes. Justo lo contrario de lo que sucede

en los libros, donde todo es tan complicado como un crédito gubernamental, aunque basta con un genio para que todo se resuelva en una sola noche. Sírvame un poco más de café, ¿no cree usted que el café también es bastante bueno?

—Está bien —dijo serio Martin.

VAN DER VALK SE BEBIÓ el café y se encaminó hacia el corredor que unía la puerta principal con las otras habitaciones.

—Sígame —ordenó.

Tenía la costumbre de pensar en voz alta y así lo hizo junto al umbral de la cocina.

—Está claro que es un apartamento pequeño y que lo llevaba ella sola y lo mantenía bastante limpio. Tenía una lavadora, se cocinaba y limpiaba. Parece ser que le gustaban las tareas del hogar, cosa bastante rara, en cierto aspecto, en este tipo de mujeres. Tiene un cesto de prendas a medio coser y también un suéter que estaba tejiendo.

—Le gustaba cocinar y coser —contestó Martin ausente, desde el dormitorio—. Era una excelente cocinera y le gustaba comer.

El dormitorio, al igual que la sala de estar, tenía buenos muebles, sólidos y bien hechos en una madera más bien clara, adornada de marquetería más oscura, quizá de la región de Friesia, pensó Martin, pues su madre llevaba sangre de esta tierra. Había una cama de matrimonio tan grande que casi parecía cuadrada, un ropero gigantesco y un tocador con tres buenos espejos, viejos y empañados, que reflejaban la suave pátina del tiempo. Todas las piezas eran demasiado grandes para esta casa con sus pequeñas habitaciones, pero eran hermosas y nobles. Él pensó que eran engañosas y no las que en realidad uno esperaría encontrar en el dormitorio de una prostituta. La cama estaba desnuda.

Van der Valk, haciendo una de sus horribles bromas, dijo:

—Es probable que el químico de la Policía se lo esté pasando en grande con las sábanas.

Sobre el suelo barnizado había una alfombra, hecha a mano, de Esmirna. Por allí también habían pasado los dedos de la Policía limpiándolo todo. Martin pensó divertido: «Muy bien, han doblado los camisones y habrán pasado sus manos cuidadosamente por

dentro de las medias de nylon para ver si estaban rasgadas, y habrán repasado con meticulosidad los cepillos de la ropa recogiendo los sueltos cabellos rubios y guardándolos dentro de un *kleenex*, que podría tirarse a la cesta con los otros manchados de maquillaje».

—¿Ya lo ha revisado todo? —preguntó.

—No, no he tenido tiempo ni tampoco lo haré a menos que crea que vale la pena. Usted tenía razón en una cosa que me dijo; encontré esto.

Revolvió entre viejas cajas de zapatos y blusas dobladas, viejas bufandas y viejos guantes que llenaban el estante superior del ropero.

—¡Bah, esto hace daño! Y bien que se habrá divertido. Me hubiera gustado darle unos buenos azotes de verdad si hubiera sabido todo el trabajo que me preparaba.

En la mano tenía un pequeño látigo que movía con un ruido cortante en la silenciosa habitación. No era más que una varilla flexible de piel. Martin la sostuvo un minuto con una sonrisa cínica en sus ojos sardónicos.

—Me parece que es el mismo, aunque no tengo ningún motivo en particular para reconocerlo. Las cosas pierden toda su importancia una vez que muere su dueño. Cuando uno ve en el museo el pequeño sombrero de Napoleón no hay nada que le pueda importar menos.

—Bien —dijo el otro comprensivo—. Odio el tener que registrar las porquerías de un muerto. Si por mí fuera lo arrojaría en el cubo de la basura, aunque a lo mejor el magistrado de la investigación tiene una hija a la que le gusta tomar lecciones de montar.

Lo metió de nuevo en el estante.

—La puerta de al lado es la del estudio.

ERA UNA HABITACIÓN CORRIENTE, algo mayor que la del dormitorio y que quizá también se hubiese pensado como alcoba aunque se usase para trabajar debido a que tenía buena luz. Una pared estaba llena de estantes con porquerías: libros de bolsillo, revistas, fragmentos de materiales extraños, pedazos de arcilla ya endurecida desde hacía tiempo, unas cuantas de las figuras

originales de Elsa sin vidriar, otros modelos para hacer prácticas o fallidos, abandonados a medio terminar, dos o tres bustos de cabeza y hombros que parecían retratos, no muy buenos por cierto.

Van der Valk sonriendo, preguntó:

—¿Ve a alguien a quien conozca?

—No —le contestó casi sin interés.

Un gran cenicero todavía a medio llenar de colillas; unos cuantos libros de consulta, una costosa edición ilustrada de *La Historia del traje* y otra de *Trajes tradicionales campesinos de Europa*.

La habitación no estaba ni tan ordenada ni tan limpia como las otras, había dos estufas de petróleo, un gran portafolio lleno de bocetos a lápiz y unas cuantas acuarelas muy elaboradas de las estatuillas tal como se las imaginaba su autora. En una caja de puros de madera había varias herramientas para trabajar la arcilla, en su mayoría no eran más que alambres y láminas, retorcidos y golpeados en la forma que a ella le convenía. Otros eran los utensilios típicos de un cirujano, una un abrelatas de sardinas. No había muebles, por así decirlo. Una figura articulada de madera reposaba sobre un sofá desvencijado y había también una mesa de cocina con una vieja silla debajo. Un mono de algodón lleno de manchas colgaba de un clavo de la puerta. Las lámparas-flexos de fotografía aparecían con sus pantallas cruzadas sin mucho cuidado en una esquina. Unos cuantos carteles alegres colgaban de las paredes desnudos y una vieja alfombra de piel de oveja realzaba el gastado linóleo. En las ventadas había cortinas de algodón corriente. Martin miró a su alrededor con un interés bastante apagado.

—¿Ha tomado las huellas digitales de todo? —dijo con curiosidad pueril.

—Pues claro —refunfuñó Van der Valk—. Es una pérdida de tiempo: ninguna pista que seguir. Y tampoco había muchas. Las conservo por si acaso, pero detesto todo este fisgoneo. Si no se hace hay problemas y además sirve para tranquilizar a los malditos periódicos con eso de que la Policía cuenta con los últimos descubrimientos científicos. ¿Ha visto sus páginas?

—Sí —dijo despreciativo Martin—. La llaman «mujer de reputación dudosa» y de personalidad más bien cuestionable. ¡Qué estupidez más grande!

—¡Ah! No se han divertido desde que a la rubia Dolly la tiraron por el Achterburgwald —dijo Van der Valk tolerante—. Los periódicos sueñan con Rosemarie.

Martin pensó que la cocina era mucho más interesante que el estudio. Tal como había notado el policía, Elsa fue una buena ama de casa. Aun cuando era pobre, su comida siempre fue buena. Aunque resultaba extraño, esta cocina tenía más recuerdos de ella que el dormitorio. La puerta siguiente era la de la ducha y el retrete.

—Aquí se sacaron huellas más interesantes —dijo la voz a sus espaldas—. Se ve que no se limpiaba con mucha frecuencia y había donde cazarlas. Aquí estuvo un hombre. —Y con cierta grosería añadió—: mañana veremos si son las suyas. Los periódicos ya le llaman a usted la misteriosa figura del *demimonde*, uno hasta dice que usted era su chulo, han tenido que inventar muchísimo. Por suerte Bouwman es por naturaleza y debido a su trabajo, muy discreto. Se portó estupendamente con ellos, no les dijo nada. Estaba más tieso que un mástil y tenía un aspecto dignísimo. Entre otras cosas dijo: «No sabía nada de su vida ya que nunca conocí a esta desgraciada señora». Los tengo pegados a mí pues esperan ver cuándo salta la liebre. El magistrado de la investigación no les ayudará. Tendré que darles hoy algo.

Abrió uno de los cajones, saco una botella de ginebra y se regocijó, tan siniestro como un vendedor de marihuana. El policía empinó el codo.

—Si me viera un periodista ahora, o el magistrado. ¡Que le zurzan!

SACÓ DOS VASOS y se encaminó hacia la sala de estar, ya cálida y agradable. Martin miraba ausente por la ventana. El muelle estaba casi desierto. Un viajero, ¿o sería un periodista?, dentro de un Opel gris, tomaba apresuradamente notas en una carpeta de cartón verde apoyada en un maletín. Pasó un panadero en su triciclo cantando alegremente con un puro en la boca. Una cursi ama de casa con una hinchada bolsa de la compra. En la parte superior oscilaba una lombarda de aspecto vulgar. La botella de ginebra chocó con el borde del vaso detrás de él.

—¿Le gusta la ginebra con azúcar? —dijo la voz tan agradable como la de un colegial que hubiese robado una manzana.

—No.

A van der Valk le brillaban los ojos como si ya se hubiese tomado dos o tres. Tenía su aspecto seguro y comprensivo.

—No le he quitado la vista desde que llegamos. Y usted se ha delatado de una forma tan clara como si yo hubiese estado aquí cuando usted vino por última vez a este piso.

—Entonces, ¿por qué no me dice lo que pasó?

—Su voz, al intentar ser divertida, parece asustada. Cuando usted entró no era la primera vez que veía este apartamento. Si fuera así, habría mirado por todas partes, y usted, en cambio, fijó la vista en un punto, en el escritorio, como si quisiera comprobar que nada se había tocado. El dormitorio: cualquiera hubiera esperado encontrarlo en la habitación grande y central donde está el estudio; el último cuarto estaba pensado para los niños, y usted sabía que aquel era el dormitorio. Mientras yo revolvía en la cocina, usted fue directamente hacia él, como un sonámbulo. Así que no se quiera pasar de listo conmigo.

—Nunca había estado antes en esta casa —dijo Martin, incómodo—; usted es tan inteligente que se imagina las cosas.

—Mire, sé lo que usted teme. Teme que su esposa se entere, y eso es una tontería, ¿me entiende? Ahora mismo el magistrado encargado del caso está ansioso de su sangre. Se la sacará de las venas si eso es lo que prefiere, o puede salir espontáneamente en el juicio. Su esposa lo leerá en los periódicos en caso de que no se encuentre entre el público. Dígalo ahora y perderá toda importancia.

—No tengo nada que decir, ¿no se da cuenta?

Van der Valk bebió la ginebra y siguió como si hablase consigo mismo:

—Tiene que decirlo, ya ha habido bastantes mentiras. Lo desagradable, lo que menos me gusta de la labor policial, es la forma en que todo el mundo miente. De golpe tiene un reflector encima y todos se retuercen como si fueran peces que tratasen de soltar el anzuelo. De nada vale; cuando uno ocupa mi puesto, uno ve cuándo mienten. Mire, yo sabía que usted tenía algo que ocultar desde el momento en que llegó a la Smedestraat. Si no fuera así, yo

sería un inútil en mi trabajo.

Acabó la ginebra y lamió el borde del vaso, meditando.

—Pequeñas mentirijillas, hombres que les dicen a sus esposas que ganan ciento cincuenta a la semana cuando reciben doscientos. Esposas que les dicen a sus maridos que los aparatos cuestan veinticinco en una rebaja cuando en realidad fue cuarenta y dos cincuenta. Hijos que les dicen a sus madres que fueron a la escuela dominical. Hijas que fueron al cine con una amiga. Los primeros le arrancaron un bolso a una vieja y las segundas llevan fotos pornográficas en el bolsillo que un hombre les mostró en un bar. Tan pronto como uno de ellos se sienta donde usted está, empiezan de verdad las mentiras, para quitarse el muerto de encima, y las madres mentirán para que su familia quede limpia.

Hizo una pausa y luego continuó:

—Es de esperar, yo me quedo sentado aguardando el momento de decirles que se están comportando como unos tontos. La mentira nunca da valentía ni significa un autosacrificio, no es más que cobardía y autoengaño. Usted oculta algo, más a su esposa que a mí. No tiene los redaños para contarlo y quitarse ese peso de encima. Por lo que a mí se refiere, me ocupo de la investigación de un asesinato y no tengo tiempo para mentirosos, los peores, los que son de su calaña, los que mienten para parecer más dramáticos. Bien, ¿cuándo estuvo en esta casa?

Martin bebió de un sorbo la ginebra. Temblaba. Violentamente y con un golpe colocó el vaso sobre la mesa.

—Hace unas seis semanas, más o menos.

—¡Ajá! —exclamó Van der Valk, como un hombre a quien hubiesen disparado.

Luego, poniéndose serio, dijo con amabilidad:

—Ya sabía que le quedaba un poco de cordura. Beba un poco más de ginebra.

—De acuerdo. Ha sido una buena lección, coronada por un desenlace estupendo. No pude evitarlo. Desde el mismo momento en que me vi en la Smedestraat me encontré en un lío. Y después no supe quitármelo de encima. Tan pronto como usted mencionó Josef Israelskade, mentí automáticamente.

Van der Valk sacó el bloc de notas de su maletín y Martin pensó: «Como el tipo del Opel».

—Mi esposa sabía que yo también mentía. Las mujeres saben instintivamente cuándo sus hombres mienten. Sin embargo, una de las razones por las que me costó trabajo hacerle frente es que se trata de una historia condenadamente ridícula, quizá divertida, aunque no fácil de creer.

—Nunca lo son. Son las mentiras las que resultan muy lógicas y razonables —dijo, amistoso, Van der Valk.

—Ocurrió en el bote de Herman. Tenía un dolor muy desagradable en la espalda, hace unas seis semanas, como ya le dije. De pronto, no podía enderezarme, caminaba doblado, como Groucho Marx. Fui a un médico, quien se encogió de hombros y me dijo: «Quédese en la cama, lo único que puede hacer es descansar y ponerse calor». Estaba harto. En aquel momento me ocupaba de un proyecto, y allí estaba yo, sin poder moverme y con muchísimos dolores. Pensé en Herman, es un tipo inteligente y en su estilo bastante agradable. De todas formas, cogí un autobús, y ¡vaya esfuerzo! Tampoco podía sentarme en el coche, ya que la postura para conducir me resultaba incómoda. Me costó bastante trabajo dar con Herman, ya que no sabía dónde se encontraba. Se rió de mí como un tonto. Pero me curó y apenas si me causó dolor. Es una maravilla dando masajes.

Luego añadió:

—Muy bien —me dijo—, quédate descansando un poquitín. Me sentía mejor, pero no me atrevía ni a moverme un instante. De todas formas, la puerta se abrió y allí estaba Elsa. Ya era de noche. Fui a verle hacia las cinco, esperando que no hubiese nadie, ya que recibe a las personas mediante citas concertadas de antemano, como si fuera un médico. Cuando la vi pensé: «Menuda situación difícil». Pero ella estaba como nunca, muy alegre y divertida, y fue como una fiesta. Herman es un ingenioso hijo de puta, y todos nos reíamos como si fuésemos un montón de chiquillos. No puedo, de verdad, darle una idea de cómo era el ambiente. Parece ser que había hecho una figura, una de esas muchachas de granja, y le salió con el mismo aspecto que la reina Victoria. Ella sabía reírse muy bien de esa espantosa muñeca, y todos, más o menos, nos imaginamos alguna obscenidad ridícula con ella. En el aire se respiraba amistad. Me acuerdo de que comimos juntos. Yo me sentía a gusto. Hasta me acuerdo de que tenía *schinken* con *kümmel*

y una botella de Picon. Aquel día había sido muy triste para mí, por los dolores y la incomodidad. Me sentía un hombre de reflejos lentos y horadado, como si fuera una vieja vaca. Ya sabe lo animado que se encuentra uno cuando se siente bien de golpe y después lo pasamos muy bien y nos divertimos.

Hizo uno pausa y después añadió:

—En fin, yo tenía que ir hasta Nassaukade para coger el autobús y regresar a Haarlem. Elsa dijo que me llevaría en su coche, ya que le quedaba de camino. Tenía un viejo y abollado Citroën. Y dijo: «Al diablo con perder el tiempo en el autobús. ¿Qué te parece si te llevo hasta Amsterdamse Buurt y allí coges un autobús local? Te digo una cosa, vamos a pasar por mi casa y te enseñaré a la princesa. Nunca has estado allí, ¿no? Después acortaremos camino por Amstelveen». Bueno, entiéndame, no quería negarme, me sentía un poco violento ante tanta amabilidad. Ni siquiera entonces me di cuenta de que me comportaría como un auténtico bobo si iba con ella a su piso. Le puse varias disculpas, muy poco convincentes. Desde luego, la verdad es que quería acompañarla. Entonces dijo muy despreocupadamente: «Harías bien en venir, pues aún tengo un par de libros de Mauriac tuyos, y si no los recoges, nunca los volverás a ver». Acepté; si quiere, puede llamarme hijo de puta. Pero la verdad es que no pensé en ninguna estupidez, más bien me sentí muy aliviado, me había encontrado con una mujer a la que siempre había temido ver de nuevo, y sabía que ello pasaría algún día. Sin embargo, la velada había sido agradable, amistosa y sin ninguna emoción. Me trajo hasta aquí, me senté donde usted está ahora. Me sirvió *brandy* de albaricoque y me enseñó a la reina: era muy divertida, se parecía muchísimo a Victoria y tenía ese aspecto de tener un pescado maloliente debajo de la nariz, lo que realmente la hacía resultar sumamente graciosa. Y entonces, ¡hopla!, mientras yo estaba sentado allí como el bobo que ella sin duda alguna pensó que era, se me echó en el regazo y me besó, quemándome la boca. Y, desde luego, tal como había pensado, yo la deseaba con furia. Fue entonces cuando sucedió lo ridículo.

Se calló un momento para continuar después:

—Se desnudó a la luz de la lámpara, toda exuberante, como un Tiziano, y le dije que se metiera en la cama. Tenía la espalda delicada, ¿comprende?, y no me sentía como para empezar a

perseguirla entre los muebles; quería tenerla con comodidad. Como un corderito se fue al dormitorio, se metió en la cama y yo con ella, y entonces, si quiere puede o no creerlo, no pude ponerle un dedo encima. Sencillamente no deseaba ni besarla, ni tocarla ni poseerla. No era sólo indiferencia, sino una especie de desagrado impaciente, como si estuviese clavado en una esquina y fuese incapaz de apartarme de alguien muy aburrido y pesado y estuviera haciendo un tremendo esfuerzo por mostrarme educado. Durante un instante me eché a temblar. Ella me animaba y me rogaba de todas las formas que sabía, y yo estaba como un témpano de hielo. Traté de disimular y de decirle que la espalda me dolía y tonterías de esas por el estilo. Pero no la engañé. Me conocía demasiado bien. Anteriormente ya habíamos hecho muchas veces el amor, estuviera enfermo o no. Estaba furiosa, aunque no realmente irritada, pero perdió la calma y allí se quedó desnuda, maldiciéndome, y hasta me arrojó un cepillo del pelo.

Se calló un momento.

—La maldición y el tirarme el cepillo, simplemente hicieron que resultara cómica; yo ya no temblaba, sino que le veía bastante ridícula, y hasta casi me llegué a sentir como si lo hubiera hecho a propósito para burlarme de ella. Usted dijo que yo buscaba una oportunidad para vengarme de ella; entonces la tuve, le dije lo que parecía, cómo hablaba y lo que en realidad era. ¡Oh, me puse lírico! Mientras tanto, me iba vistiendo, y ni un solo momento sentí dolor de espalda; Herman me había dado un magnífico masaje. Salí, en la esquina subí a un tranvía, llegué hasta la estación y por fin regresé a casa. No era muy tarde, y pensé que había obrado cuerdamente. Hasta que llegué a casa y me encontré a Sophia ansiosa y deprimida por haber tardado tanto, no empecé a sentirme bastante mal. Durante meses me hallé así. Lo peor era que le había hecho daño a mi mujer. Sin embargo, y de un modo más bien extraño, tampoco podía evitar el pensar que se lo había hecho a Elsa. Como usted comprenderá, yo había hecho todas los tonterías imaginables, permití que me llevase allí y me sedujese, en vez de limitarme a darle las gracias y marcharme a casa. Quería ser seducido, lo cual ya es bastante malo. Después hallé una oportunidad para contrarrestar mi propia impresión al darme cuenta de mi impotencia. Aquella noche hicimos el amor Sophia y yo, y en

absoluto fui impotente. Supongo que ello se debería a un bloqueo sicológico y no a otra cosa. Sin embargo, el hacerlo con Sophia constituyó un tercer crimen, y el que todo sucediese en poco tiempo me conmocionó muchísimo.

Volvió a hacer otra pausa.

—Como es lógico, me calmé. Ha habido momentos en que casi me olvidé de todo; sin embargo, seguía allí, en el fondo de mi cabeza, como si fuera una aguja en el cuerpo. Sophia también se dio cuenta de que algo sucedía. Al principio pensé que si se lo contaba sería una debilidad por mi parte, una forma de purgar mi culpa, por así decirlo, y el saberlo la haría sentirse peor. Sin embargo, no podía evitar el creer que constituía una excusa para no decírselo, ya que yo no tenía la valentía suficiente. La semana pasada, hace menos de siete días, decidí que tenía que pagar una culpa, y que mejor era que lo hiciera como debía. Me propuse realizar dos cosas: la primera me llevó hasta Josef Israelskade: había decidido sencillamente ir a verla y decirle que lo sentía. Ella era inteligente y podía ser generosa y amable, y esperaba que aceptase mi, llamémosle, arrepentimiento. Pero no me resultaba fácil, así que empecé a remolonear por la calle ensayando lo que iba a decir. Ya no me sentía atraído por ella ni temía que me sedujese; sin embargo, estaba nervioso. Toqué al timbre, pero la puerta no se abrió, y nadie contestó por el telefonillo. Sabía que estaba allí, pues veía la luz de la casa encendida. Quizá dudé unos cinco minutos y volví a llamar. Acaso estaba en el servicio haciendo algo; sin embargo, nadie contestó, así que seguí llamando. Pensé que me habría visto y se negaba a contestarme. Quizá se imaginó que había vuelto para intentar de nuevo hacer el amor. Quién sabe, me sentía un poco vacío, bastante defraudado. Me marché caminando y pensé escribirle una carta. También había decidido contárselo todo a Sophia, esa sería mi segunda acción. Pero al no haber tenido éxito con la primera, me quitó un poco la fuerza. Había decidido hacerlo, de todas formas, y lo haría la noche siguiente. Entonces llegaron sus chicos con sus grandes botas.

LA BOTELLA TINTINEÓ en el borde de la copa.

—*Verdraaid!* —exclamó Van der Valk—. Ya no queda ginebra en

esta maldita botella —y empinando la copa sobre la nariz, intentó beber las últimas gotas. Tras dejarla en la mesa, flexionó los dedos.

—Mi taquigrafía es tan personal que apenas si la puedo leer yo mismo. De todas formas, su relato es bastante lógico, y creo que lo copié todo. A propósito, ¿le devolvió los libros de Mauriac?

—¡Diablos, no, me olvidé de ellos! ¿Se habría acordado usted?

—No. Sólo se lo pregunto como comprobación de su historia. ¿Están aquí?

—No lo sé. De estarlo, sería en esas estanterías. Mire, junto al diccionario. Dentro verá mi nombre y una fecha.

Van der Valk hojeó uno con indiferencia.

—Galigai. El nombre de la esposa de ese par de Francia que en cierto modo se burló del rey, ¿me equivoco?

—No, es Concini, el mariscal d'Ancre.

—Y, si no me equivoco, la acusaron de ser bruja, y ella dijo que su única hechicería había sido la de la fuerza de una mente poderosa sobre otra más débil.

—Eso es.

—¿Diría usted que ese es el fundamento de la fuerza que tenía Elsa?

—Muchas veces he pensado en ello, y supongo que en el fondo, de eso es de lo que se trata. Usted me ha hecho una pregunta complicada, y la respuesta tiene que ser compleja, mucho más de lo que creemos. Sin embargo, creo que en mi caso es bastante razonable. Usted no me dice nada nuevo: sé que me dejo influir con mucha facilidad. Conmigo sucedió sencillamente que al final, el carácter de Sophia fue más fuerte que el de Elsa.

—Sí. Mire, usted ha hecho una declaración que yo he copiado y quiero que firme, pues servirá de evidencia en favor suyo. Sin embargo, es un arma de doble filo, ¿se ha dado cuenta de ello?

—Por eso mismo no quería hablar, pues me metía mucho más hondo en este problema, en caso de que no fuese verdad, ya que apenas si se puede probar algo de sus detalles, salvo lo que Herman quiera decirle.

—Eso lo dirá el magistrado de la investigación. Sin embargo, sea o no cierto, da lugar a un aspecto interesante. Considere lo siguiente: cito sus palabras más o menos textuales, aunque no copié todas las que dijo: «Toqué el timbre, pero la puerta no se abrió ni

nadie contestó por el telefonillo. Veía la casa encendida», y un segundo después, «pensé que me habría visto». Bien, ¿vio usted moverse las cortinas? En una habitación encendida usted la habría podido ver desde la calle, suponiendo que estuviese mirando por la ventana.

—No, ni siquiera recuerdo si las cortinas estaban echadas, creo que sí, ya que sólo se veía un débil fulgor a través de las persianas.

—Las persianas, claro está. Con cuánta frecuencia estas cosas minúsculas se nos escapan. Desde luego, con las persianas venecianas uno puede ver hacia fuera, pero no hacia dentro. Mire, cuando yo vine aquí las cortinas estaban echadas. No miré hacia afuera. Me pasé la mayor parte de la noche, bien con el médico, el fotógrafo o con mis propios pensamientos. Regresé a las nueve de la mañana siguiente y le dije al tonto del policía que me acompañaba: «Deja que entre un poco de luz aquí». Clot descorrió hasta arriba las persianas venecianas y me di cuenta, ahora sí. Nunca pensé sobre la luz que se vería desde la calle.

—Le puedo decir que no era mucha, aunque a lo mejor no tiene importancia.

Van der Valk soltó las persianas venecianas con un gesto súbito y las cerró, inclinando sus varillas hacia afuera.

—Como verá, se ve muy bien la calle, ¿no? Esta noche lo probaremos. Desde dentro se ve perfectamente todo lo que hay fuera. Desde fuera, ni siquiera una sombra es visible. Si uno se coloca entre la persiana y las cortinas, nadie se dará cuenta de ello.

—Y eso, ¿qué importancia tiene?

—Mire, quizá ella no le vio a usted. Sin embargo, es posible que alguien le viese.

Martin se quedó con los ojos fijos.

—Si usted no la mató —siguió Van der Valk, ponderadamente—, alguien lo hizo al cabo de media hora, como mucho, de estar usted aquí. Mi principal suposición es esta: en aquel momento había alguien con ella. La segunda, y casi es tan importante como la primera, es que era su amante. Si no, ¿por qué no abrió la puerta? Si hubieran sido sólo amigos, usted la habría abierto, ¿no?, o por lo menos habría preguntado quién era por el telefonillo. Tengo una sospecha muy clara de que se trataba de un amante, ya que se negó a abrir, y, además, tengamos en cuenta que hacía poco tiempo que

había hecho el amor. Para mí es una probabilidad totalmente definitiva. Otro asunto muy distinto es que el magistrado crea que su relato es lo bastante lógico, aunque, por lo menos, yo puedo empezar también a averiguar sobre las otras amistades de ella, pero primero tenemos que aclarar este asuntillo.

Hizo una pausa y continuó:

—Tengo que preparar una copia mecanografiada de lo que usted me ha contado, con la cual tiene usted que estar de acuerdo para firmarla. Para ello regresaremos a la comisaría. Pero primero lo dejaremos todo limpio, como buenos chicos, y destruiremos toda prueba de la ginebra. Luego llevaré su declaración al magistrado con un resumen de mis averiguaciones. Basándome en ellas, creo que podré ocuparme con comodidad de la vida de esta mujer. Si él existe, le encontraré. Me refiero a ese pistolero imaginario, y no al viejo mascador de puros del Palacio de Justicia. Cierre la estufa de forma que se apague por sí sola y abra la ventana un poquitín para airear la habitación. ¿Sabe una cosa? De noche dejo aquí a un policía, pues existe la posibilidad remota de que haya algo que alguien desee y que regrese a cogerlo. Le parece improbable, ¿no? Sin embargo, si usted tiene una amante, es muy posible que haya algo en el apartamento, a pesar de que sea una nimiedad, que le descubriría. Desde luego, es mucho más probable que se trate de alguien tan evidente como el general De Gaulle con sus esquíes puestos, con lo cual no tendríamos que agacharnos para buscar sus viejas zapatillas debajo de la cama.

Van der Valk estaba ya en la puerta de la comisaría cuando de pronto miró a los ojos a Martin y le dijo, casi afectuosamente:

—Tardó un poco en contarlo; sin embargo, lo hizo muy bien. Ahora démonos prisa y comamos algo, antes que algún hijo de puta muy inquisitivo nos huela el aliento.

AQUELLA TARDE MARTIN se sentó en la oficina del detective mientras mecanografiaban su declaración. Van der Valk se las arreglaba bastante bien con sólo dos dedos, y nada más usó la goma de borrar una vez, soltando ligeros tacos.

—¡Ese estúpido de Henk, no sabe escribir a máquina! Y si la goma se pierde, seguro que ha sido él.

—¿Cogió al gamberro? —preguntó, interesado, Martin.

En parte se alegraba de que, después de todo, hubiera otros crímenes y otros criminales, de forma que el ogro que estaba al frente de la justicia —quien rápidamente se estaba convirtiendo en una especie de coco, a pesar de que Van der Valk lo definiese a la ligera como mascador de puros— no pudiese fijar exclusivamente sus ojos saltones sobre Martin.

—Esto es asunto de la Policía, aunque entre usted y yo le diré que todavía no lo ha cogido, sin embargo sí lo apresarán. Henk está todo el día refunfuñando, pero es el *sheriff* de Tombstone, siempre coge a su hombre. Tiene camaradas estupendos en los cafés. Los gamberros no suelen frecuentarlos, y este parece un lobo solitario y no es muy fácil de descubrir, pero Henk le echará el guante.

Por fin, Martin regresó al cuarto del vigilante y se quedó dormido, aunque se despertó con tiempo para la cena. Aquella noche le sirvieron salchichas cocidas, bastante grasientas y no muy buenas. Por lo menos había la suerte de tener anguila ahumada. Sophia hasta le incluyó un pedazo de limón. Se quedó en la celda, bastante cómodo sobre las sucias mantas, y estaba muy metido en la lectura de la Historia de Francia, de las ignominias e iniquidades de Luis XII, cuando el vigilante le llamó.

Sophia parecía fría y un poco agotada; sin embargo, su sonrisa era cálida y deslumbrante como el sol de junio. No habló, aunque sí le dio las manos. Él se las besó sintiendo cómo le saltaba el corazón en el pecho.

—Antes que hablemos de otra cosa, tengo algo que contarte.

Y le contó lo mismo que al comisario aquella tarde. Sophia fumaba y escuchaba con expresión indiferente.

—Me alegra saber que te diste cuenta de que tenías que pedir perdón.

—Sin embargo, no llegué a hacerlo.

—Supongo que es lo mismo. Yo también tengo que pedir perdón, lo cual no me viene mal. Odiaba muchísimo a esa mujer, y ni siquiera he tenido remordimientos por su muerte. Mi culpabilidad es tan grande como la tuya. Supongo que debo de estar agradecida porque fuiste impotente con ella y no conmigo, pues ello quiere decir que me quieres. ¿Aún me quieres o has llegado a la conclusión de que es a ella a quien amas ahora que está muerta?

¿Crees que fue una mártir del amor? ¿Crees que murió por ti? Sin tener en cuenta cómo murió ni quién la mató, fue por ti.

—¡Cariño! ¿Qué te hace decir tal cosa?

—Pobre amor mío, qué tonto eres. Si Van der Valk cree tu historia, y parece ser que la cree bastante, según lo que me has dicho, como para hacer una verdadera investigación, obra así ya que hay un motivo para que alguien más la haya matado. Trata de distanciarte y piensa en su vida. Ella dio a los hombres tormentos e intranquilidad. Un hombre estaba con ella, él te vio desde la ventana, te reconoció, o bien ella le dijo quién eras tú. Quizá él te conoce. Herman te conoce. Munch también.

—Munch, ese es el nombre del tipo.

—Toon también te conoce. Y Vogelsang, aunque muy poco.

—¡Qué extraordinario! Yo le dije a Van der Valk que su nombre era algo parecido a Heemstede.

—Quizá haya otros que también te conocen sin que tú lo sepas.

—Posiblemente, pero el que me conozca no convierte a ese hombre, quien quiera que sea, en el asesino de Elsa.

—Yo diría que sí.

Los ojos grandes y achinados de Sophia le miraban objetivamente.

—Si alguna vez me engañas con alguien más, te abandonaré inmediatamente. Me marcharé a otro país y nadie será capaz de encontrarme. Pues, aunque no lo hice, hubiera debido matarte. Creo que me conoces lo suficiente para saber que hablo en serio. Sin embargo, tú no harías tal cosa, la gente como tú no mata. Tenéis demasiada imaginación y sabéis autocontrolaros. Chilláis y discutís por tonterías, pero os quedáis tranquilos ante una crisis auténtica. No obstante, otros hombres que no tienen ese control, sí matarían. En sus pensamientos hay una meta, y piensan: «Aplastemos al infame», y así lo hacen. Yo podría. Alguien así, cuando te vio, tuvo de pronto una certeza terrible. Quizá se trate de un hombre honrado que pensó: «es hora de que esta mujer muera», y perdió todo su control, salvo para seguir un único impulso. Alguien lo bastante estúpido como para no darse cuenta de que era una pervertida y siempre lo fue, y que nada de lo que él hiciera la cambiaría. Cariño mío, no se trata de nadie que se pareciera a ti. Ayer estaba nerviosa y me sentía desgraciada. Durante una hora

loca creí que habías sido tú. Entonces supe de nuevo que no la habías matado. Igual que ella, indignado por tu orgullo herido, tú le habrías arrojado un cepillo del pelo. La gente como tú hasta se fija primero en lo que va a tirar. Y después sentís incluso lo que habéis hecho.

Martin no pudo evitar sonreír ante aquel rasgo tan característico y que tanto le gustaba de Sophia. No había quien la engañase, ni siquiera ella misma. Ahora le sonreía llena de autoconocimiento.

—¿Te gustó la anguila?

De pronto, se le acercó y le besó con fuerza.

—Gracias por decírmelo. Temía que lo intentases, pero no pudieses y que quizá me dijeses que le preguntase a Van der Valk. No lo he visto, no sé lo que piensa, pero creo que debes confiar en él. No es tonto, y habrá pensado en todo. Date cuenta de que estás en sus manos.

MARTIN RECORDÓ ESTO a la mañana siguiente, cuando Van der Valk le hizo ir a que le tomasen las huellas dactilares. Ya estaba acostumbrado a la técnica del policía: una corriente comunicativa de confidencias apoyadas por una visión muy aguda que apenas perdía detalle de lo que había tras las cosas que contestaba o no.

—Todo es negativo, aunque no le elimina el hecho de que allí no aparezcan huellas. Un abogado podía usar esto como otro detalle más para afirmar que usted no estuvo en la casa; sin embargo, el fiscal, sencillamente afirmaría que ello sólo probaría su gran astucia y espantosa premeditación.

Hizo una pausa:

—No va a tener el gusto de verme los próximos días; el magistrado encargado de la investigación resopló bastante al leer su declaración; ahora mismo le consideran como un bicho salido de debajo de una piedra. A veces es un caballero muy puritano. Sin embargo, es una bestia muy justa, y con gusto admitió que antes de presentar un caso en contra suya, habría que hacer una investigación muy profunda, lo cual quiere decir que yo me agotaré con ello y él no. Usted se queda aquí. Deje que todo se ponga en movimiento. Empezarán las mentiras. Todas estas gentes dirán que apenas si conocían el nombre de Elsa, y que sólo la veían por

asuntos de negocio. Sentirán miedo de mí, de los periódicos, de los vecinos, de todo lo imaginable y que no tiene nada que ver ni con el caso ni para bien ni para mal.

Martin le dijo los nombres que Sophia había recordado, además de repetir sus palabras.

—Su esposa es una mujer interesante. Tiene la ventaja de conocerle tanto a usted como a la llorada *Madame* de Charmoy. Es probable que el magistrado de la investigación la considere como posible sospechosa.

Van der Valk estaba con su típico humor jovial y brutal.

—Después de todo, si las huellas del servicio fuesen suyas, usted se vería con la soga al cuello.

—Ja, ja, ja —dijo Martin, con amargura.

—Sin duda alguna, su esposa tiene toda la razón. Siempre hay personas capaces de matar y otras que en realidad no pueden. Sin embargo, esto es demasiado tópico. Ella no tiene en cuenta ni los casos excepcionales ni los asesinos accidentales. Y puede que este sea uno de ellos. Para ellos no vale ni la defensa legal ni nada; se limitan a decir que no querían obrar así, y es muy probable que sea cierto. Este tipo de comportamiento sirve para escapar a la guillotina en Francia, la cual siempre se aplica cuando hay armas de fuego por medio. Un abogado listo puede convertirlo todo en un homicidio y hasta en una muerte accidental.

Hizo una pausa y continuó:

—Las armas de fuego son peculiares. Una pistola Mauser es un arma muy sensible. Si uno la deja sin el seguro puesto, puede dispararse al caer. Las automáticas son traicioneras. Uno puede tener la idea de asesinar, pensar cómo hacer la cosa, concebir la situación, y de pronto se dispara, asustando únicamente a quien la tiene en la mano. Ello explicaría la huida, aunque los cuatro tiros pesarían bastante en contra de cualquier sobreseimiento por causa accidental. Todo esto son argucias legales, y no me interesan en absoluto. Bien, ocupémonos ahora de este arma. Los chicos de la sección de balística la han estudiado para ver si el mecanismo estaba desgastado o alguien lo había estropeado, y les ha divertido mucho el ver la gran fuerza que se necesita para dispararle a un modelo de cartón cuatro veces en el estómago. Le dan mucha importancia al informe complicado que redactan y guardan con

muchísima cautela, el cual meditarán y masticarán hasta la saciedad los abogados. Y no sirve para nada. Váyase ahora; largo.

MARTIN SE PASÓ EL DÍA leyendo sobre la Liga y la batalla de Harnac, hartándose de los príncipes de Valois y de la religión reformada, en las páginas de *Chance* y de ese incansable *raconteur* que es Marlowe.

En los días siguientes le encantó conocer al gamberro de Henk. Aquel pacífico policía por fin le había echado el guante al pilluelo que se dedicaba a robar bolsos a las señoras mayores. Este desconcertante criminal era en realidad un chico muy callado y nervioso perteneciente a una familia inmensamente rica y respetable, y un jugador de ajedrez que ganaba a Martin dos de cada tres partidas. La amante madre del muchacho le visitaba todos los días, llevándole alimentos. Era una mujer gruesa, efusiva, envuelta en magníficas pieles, a quien Sophia, tras conocerla casualmente, le cogió tal manía que optó por ir a visitarle más bien avanzada la noche, cuando todo el mundo ya estaba durmiendo salvo el vigilante de guardia.

Martin y el ladrón de bolsos tenían tres compañeros, unos pícaros que se dedicaban a robar madera de las obras en construcción y que siempre estaban hambrientos: con gusto se comían las salchichas que despreciaban los otros dos privilegiados. Martin leía autores clásicos franceses de quienes en cualquier otro caso nunca se hubiese ocupado: no había nada más fácil e interesante que leer en la cárcel, que Bossuet y Fenelon. Así pasaban los días.

Trasladaron a los tres ladrones de madera a Huis van Bewaring, y el gamberro se veía acosado en todo momento por el carísimo abogado que con toda prisa buscó su familia.

El muchacho estaba en una situación difícil, ya que era demasiado joven para ir a una cárcel de adultos, y tampoco era el tipo para encerrarlo en un reformatorio. Sin duda alguna, y a la larga, el magistrado de investigación tendría que hacerle frente a una magnífica colección de psiquiatras. Martin esperaba que aquello nunca le ocurriese a él.

—¿No deberías contar con un abogado? —le preguntó Sophia.

—Si lo necesito, cogeré uno de los de oficio.

—No puedes, ya lo pregunté; no somos lo suficientemente pobres como para eso.

Él pensó: «Justo me hallo en la peor situación, demasiado pobre para contar con un talento y demasiado rico para que me eche una mano uno oficial». Decidió tentar al destino y no contar con nadie.

Molestaba a los otros prisioneros al comer mucho ajo con las judías pintas normales que le daban en la cárcel. Pasaron más días. Tras acabar *Chance*, leyó *Nostromo*, la historia francesa de Fowler, y de Bossuet pasó a Pascal. Le resultaba difícil darse cuenta de que llevaba quince días en la cárcel.

Estaba sentado en el cuarto del vigilante a punto de caer la noche y un poco asombrado de lo rápido que pasaba el tiempo, cuando sonó el teléfono.

—Cuarto del vigilante —dijo este agradable individuo—. Muy bien… Van der Valk quiere que vaya a su despacho.

Martin fue nervioso y con curiosidad al mismo tiempo: hacía diez días que no veía al detective, y de vez en cuando se lo había imaginado con sus pequeños juegos: agítese bien antes de usarlo. Lo encontró frente a la mesa de su despacho, fumando uno de sus desagradables pitillos con el rostro tan inmutable y cerrado como el mercado de bolsa en domingo.

—Siéntese; por fin tengo algo que decirle. Y sin ningún disimulo le diré que se trata de lo que usted quiere saber.

Su voz sonaba cortés y oficial, y a Martin se le encogió el estómago lleno de aprensión.

—He juntado a todo el personal de la *fabriek* de Charmoy, los he metido en un saco y los he agitado muchísimo. Agítese muy bien antes de usarlo.

Martin sonrió un poco ante la coincidencia de su imaginación. Sin embargo, el policía siguió hablando sin darse cuenta.

—El resultado es exactamente cero. El bueno de *Herr* Munch no ha salido de Alemania en los últimos seis meses. Su amigo Kalkoin afirma que le dio el pasaporte a Elsa. Él me lo contó de forma diferente, con lo cual nos divertimos. Y a este tipo le gusta ser dramático. Dijo que ella le había amenazado con matarse y que él pensaba que aquella era una buena idea y le contestó que esperase hasta que él encontrase una buena butaca para gozar cómodamente

de espectáculo tan divertido. Está claro que le hizo unas cuantas malas jugadas y una vez que logré que fuese bastante franco, la verdad es que me divirtió muchísimo. Sin embargo, lo cierto es que no lo había visto demasiadas veces en los últimos seis meses. Más o menos es lo que me han dicho todos los demás, y todas las fechas coincidieron en lo referente a estos seis meses. El grupo ha sido bastante menor de lo que yo esperaba. Una mujer que colecciona amantes es lógico que no tenga muchos amigos. Sin embargo, en realidad, los ha perdido a casi todos debido a que ella los iba tachando de su lista. Además de los que perdieron el total contacto con ella. En lo referente a su vida y movimientos, nadie la ha visto en estos últimos meses, el resultado también ha sido cero, cero, cero.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Tengo que buscar en otra dirección: iniciar una de esas horrendas rutinas policíacas como es la de enseñar fotos suyas en los bares. Es algo muy lento, pues hay montones de cafés en Amsterdam. Henk es probable que sepa el número exacto. El bueno de Henk: ha descubierto una casa de juegos en la Okeghemstraat. Volvamos a nuestro asunto; ella veía a la gente y la gente la veía a ella, pero nadie permanecía en su compañía. Uno tomaba café con ella en Polen, otro la veía en una imprenta del Voorburgswal. Todo el mundo dice que solía acudir con frecuencia al bar de la Leidsestraat frente al American Express. El maldito barman se acordaba de ella perfectamente, y hasta llegó a preguntarse por qué hacía tanto tiempo que no la veía. Total, que ha surgido una imagen completamente nueva.

Con una mano irritada golpeó la mesa.

—No me siento satisfecho, ya que esta imagen, en la cual no aparece ningún hombre con realidad, no está de acuerdo con la forma en que yo me la imagino a ella: a mí me parece que se llevaba a su muñeco de trapo a casi todas partes.

Van der Valk se calló un momento estudiando el rostro de Martin. Después pareció tomar una decisión sobre algo.

—¿Sabe usted lo que dice el magistrado? Que el hecho de que nadie apareciese al lado de ella sólo quiere decir una cosa: que la persona, según sus cursis palabras, «que la cortejaba», no quería que le vieran a su lado. Y bien que se esforzó por ser discreto. ¿Y de

quién se trata? El magistrado está seguro de que es usted. Me ha dicho que le acuse y le lleve ante él. También dijo muchas otras cosas.

—¿Y todo eso no basta?

—Sí…, para usted sí…, pero para mí es demasiado. Estuvo muy desagradable, dijo que yo no había sabido cómo tratarle a usted: que le había dejado saber muchas cosas, permitiéndole así inventar una historia que no podíamos rechazar fácilmente. Y citó el reglamento: los oficiales dedicados a la investigación no deben apartarse de los métodos establecidos de interrogación. En todo momento la discreción quedará a juicio de los oficiales superiores. Eso significa que no use uno el cerebro. Es decir, hay que ser un paleto dirigiendo el tráfico frente al hotel Victoria. Dijo que si no lograba llevarle a juicio, creería que los métodos de la Policía eran responsables de ello. Añadió que estaba claro que usted vivía con ella a espaldas de su esposa, y que él, repitió él, sabía perfectamente bien cómo aclararlo todo. No sé por qué condenada causa le cuento esto; sin embargo, le dije que es muy probable que yo sea un policía estúpido, pero que yo le había visto a usted y él no. Como verá, el que usted me caiga bien o mal, no tiene nada que ver con mi trabajo. En este oficio no es bueno que a uno le gusten o le disgusten las personas; sin embargo, soy un tanto honesto y no me gustaría verle liado, cuando en realidad no creo que usted la mató. Por culpa de usted estoy lleno de mierda, pero no me voy a desdecir de lo que creo. No creo que se resuelva este crimen sólo porque usted parezca la persona indicada para cargar con él.

Se detuvo un instante.

—Aunque le parezca bastante raro, tengo un motivo privado, humano y propio. Debe usted saber que tengo más diplomas y libros de leyes metidos en el estómago que el ministro de Justicia en su condenado y elegante despacho, y que no gano más que un empleado de Correos. Sin embargo, si puedo desenrollar este ovillo, estoy en línea para el escalafón más alto, ¿me entiende? Haré feliz a mi esposa igual que a la suya.

Se permitió una breve y tensa sonrisa y miró su reloj de pulsera:

—Son las seis y media, ¿ha comido ya?

—Sí.

—Entonces, venga; usted y yo vamos a visitar de nuevo la casa

de Josef Israelskade.

AL SALIR DIRIGIÓ varias palabras al sargento que estaba de guardia.

—Esta noche me voy a ocupar yo de vigilar, y si hay algo que descubrir en ese piso, lo averiguaré hoy. Tenemos que cambiar de táctica.

Fuera, junto al agua serena, vio una figura detenida que se inclinaba como aliviada.

—Ahora es todo nuestro.

Van der Valk abrió la puerta e hizo que Martin entrase deprisa. La habitación era igual, pero parecía más abandonada. Ya se amontonaba el polvo, y el aire estaba un poco viciado y olía a húmedo.

—¿Quiere limpiar la estufa y encenderla?

Mientras Martin hacía esto, Van der Valk revisó el piso, fijándose en las puertas, pasando un dedo inquisitivo por los bordes llenos de polvo. Volvió secándose las manos.

—Con bastante certeza podemos decir que nadie ha estado aquí. Debido a mi suspicacia, puse polvo de talco en las puertas.

Con lentitud se quitó el abrigo, se sentó, se frotó la nariz con un gesto ya familiar para Martin.

—Creo que el secreto de todo esto, siempre y cuando esta palabra no sea demasiado pretenciosa, radica en esta calle, en esta casa. Todo nace aquí. En esta habitación puedo oler el tufillo.

Se calentó frente a la estufa.

—Se trata de una cuestión de carácter. Del carácter de ella. Era una mujer reservada. Todo lo que hacía, y siempre que podía, lo hacía bajo cuerda, pensando en el engaño y el equívoco. Por lo que sé, así obró toda la vida. Ahora que está muerta, intenta convencerme de que fue una mujer inocente entrando en la edad madura, a quien su marido había abandonado y que por la fuerza tenía que ganarse el sustento. A quien sólo interesaba su labor y que contaba con un tranquilo medio para vivir, alejado de otro tipo de follones. Alguien que quizá había vuelto con un antiguo amante, ya que biológicamente se sentía algo caliente, y muy cercana ya de la menopausia y de los meros formalismos. Creo que todo esto es una

mentira.

Su voz sonaba como si tuviese algo personal en contra de Elsa. Martin pensó que él también había caído bajo su hechizo.

—Mentiras, todo son mentiras. Esta mujer mentía a todo el mundo, y hasta a sí misma. Ahora me miente a mí y me dice que todas las cartas están sobre la mesa, que todo está claro, tal como piensa el magistrado de la investigación. Éste me dijo: «Mire, nueve de cada diez casos tienen una explicación clara, sencilla, evidente por sí misma, y esa es la solución». Y es bastante cierto: «Este hombre lo tiene todo: los medios, la oportunidad y el motivo, tal como lo dicen los libros. Y usted intenta decirme que se trata de su condenado y viejo amigo señor X. Ya es hora de que me traiga este tipo, de que lo acorralemos, de que diga la verdad». Yo soy ahora el comodín de la baraja, quien no cree que esto sea así, debido principalmente a esta mujer. No creo en esta buena y clara solución. Para mí es una mentira que ella me dice.

Sus ojos iban de un extremo a otro de la habitación, como si en cualquier momento fuese a salir un ratón corriendo de la madriguera. Martin se lo dijo y él se echó a reír.

—Es cierto, veo que se fija en lo que hago. Esta mujer escondía las cosas. Escribía como si necesitase esconder las nueces tal como obra una ardilla. Cartas, diarios, yo qué sé. El apartamento está lleno de sus escritos. Bien, nosotros no tenemos pruebas de la existencia del señor X. Sin embargo, y si he entendido bien a esta mujer, ella ha dejado una prueba y voy a pasar toda la noche hasta que la encontremos.

—¿Y qué me dice de la Policía, o, aún mejor, los vecinos? ¿Vieron a alguien antes o después? ¿Qué me dice de la maldita vieja que me vio?

Van der Valk se echó a reír.

—No ha perdonado a la anciana, ¿eh? Desde luego, se trata de la chismosa vulgar y corriente que se pasa el día entero asomada a la ventana, ya que no tiene otra cosa que hacer, sino vigilar a los demás. Ésta es la típica: viuda de un comerciante en granos, procede de los bosques de sabe Dios dónde que hay en Overijssel, y se comporta como si nunca se hubiese marchado de allí. Salvo por estas viejas, la gente de Amsterdam, en general, no suelen ocuparse de sus vecinos. En La Haya todo el mundo sabe de la vida de los

demás, por lo menos así dicen, pero eso no ocurre igual aquí. He tenido que confiar más en esa vieja de lo que me gustaría. Sin embargo, ella no ha visto nada, ni antes ni después. Elsa sabía ser discreta («ya la llama Elsa», pensó, sonriendo, Martin). Por lo menos no ha visto a nadie extraño por aquí. La vieja conoce de memoria a la mayoría de los que viven en el barrio y a la mayoría de los visitantes también.

Tragó saliva y continuó:

—Está la madre que vive en Dordrecht y que seguro que ha venido a pasar el día. ¿Acaso no es el aniversario de su boda? La hermana, la que está casada con un médico de Bussum. Debe de ganar buen dinero y gastárselo con ella, pues ese bolso es de auténtica piel de cocodrilo. También la hijita de los Jansens. Hay que ver lo tarde que ha regresado hoy del colegio. Y su amiguito, con su gran coche americano: ¿cómo pensará ganarse la vida? Como ve, lo sabe todo. Desde luego, sabía que Elsa tenía todo tipo de amistades. En uno u otro momento la vio con la mitad de la colección de fotos que le he enseñado; sin embargo, de nuevo se repite el caso de que esto hace meses que no sucede. Encima se dedica únicamente a fisgonear de día y no de noche, o sea, al contrario de Elsa, la noctámbula de Charmoy. No he sacado nada absolutamente de esta gente; sin embargo, aquí está lo que tenemos que encontrar.

Empezó a quitar los libros de las estanterías.

—Mire cada uno de los libros, no se limite a menearlos, revíselos para que no quede nada oculto entre sus hojas. Cuando los haya mirado, los va colocando en montoncitos sobre esa alfombra.

Tras vaciar las estanterías, empezó metódicamente y con cara seria a revisar todos los posibles escondrijos.

—Estoy decidido, si fuera necesario, a desbaratar todos estos muebles antiguos. Desmontaré todos los cuadros, levantaré todas las alfombras, todo. Es muy posible que ella haya tenido ideas muy brillantes, pero estas se vendrán al suelo ante una investigación profesional.

Media hora después añadió:

—No hay ginebra, y sólo quedan unos cuantos granos de café; no obstante, haremos un poco de té cuando acabemos con esta habitación.

—Venga, hable —dijo un poco más tarde—, quizá esto dure cinco horas o más. Hable. Sobre cualquier cosa. No, no sobre cualquier cosa, hábleme de ella. Tengo la intención de meterme en la mente de esta mujer. Cuénteme cómo la conoció, cómo se convirtió en su amante, cómo se separaron, todo. Imagine que está echado en un magnífico sofá de piel negra y que yo a su lado, con sonrisa relajada, sostengo una jeringa llena de pentotal. Venga, hable.

MARTIN HABLÓ. FUE MUY FÁCIL, saltando de un tema a otro, desviándose una y otra vez, mientras bebían té, fumaban y volvían a beber té, y las manos inmisericordes de Van der Valk destrozaban las cosas. Todo lo que examinaron en el estudio y en la cocina se fue amontonando con gran orden en la sala de estar. Desmontó el tocadiscos y la parte posterior de la radio. Desmontó las cortinas de sus tubos, las pantallas de las lámparas, y con sus pertenencias la vida de Elsa se vio desmenuzada e inspeccionada a fondo.

Martin empezó su narración con sus primeros encuentros medio olvidados de quince años antes, confundiendo con frecuencia detalles y ocasiones. Rectificándolos y completándolos. Recordando unas veces bromas, contraseñas, fragmentos de conversaciones, diversiones llenas de carcajadas y vergüenzas furiosas. A veces parecía que Van der Valk no le escuchaba mientras desmontaba y revisaba todo; sin embargo, nunca dejó de estar concentrado, y con frecuencia le preguntaba cosas. Martin no supo cuánto duró todo. Llegó un momento en que se cansó de hablar, se detuvo a pensar y se olvidó de continuar con aquella indagación de su memoria.

Una ve, Van der Valk le interrumpió para poner unos cuantos discos que creía le podrían dar alguna pista, aunque todos resultaron ser de música, de una música que le recordó otras épocas en que él y Elsa se quedaban juntos escuchando aquellos discos en una habitación cálida e iluminada.

Estaban ya muy cerca del final de la investigación a lo largo de la cual sólo habían encontrado viejos sobres, olvidadas barras de labios, lápices, un mechero roto, muchas agujas y un pedacito de cuerda enrollada. Van der Valk se encontraba ahora en medio del dormitorio, desnudo del todo, mientras Martin se hallaba sentado

encima del sommier de la cama. Allí no habían encontrado más que en los demás sitios. Sin embargo, el policía no mostraba indicios de impaciencia ni parecía cansado; en aquel momento rebuscaba en el gran tocador.

—Esta madera es tan sólida como una casa; de nada vale desguazarla —murmuró entre dientes.

Movió pensativamente una y otra vez el espejo central y clavó los ojos en la tapa del tocador, polvorienta, aunque sin ningún objeto. De pronto, fijó la vista, alerta, en el espejo, y Martin pensó que se contemplaba a sí mismo y haría una broma mediocre. Levantó ambas manos y cogió el espejo por los bordes. Sus pulgares se apoyaron en las grapillas de acero que lo sostenían y las movió. Con mucho cuidado, Van der Valk siguió moviéndolas, y luego cogió el magnífico y pesado espejo antiguo y lo sacó de su marco de madera. Martin le miraba sin ningún interés en particular. Con un ruido fuerte y súbito cayó al suelo un sobre, como si un cartero escondido lo acabase de echar por el buzón.

—¡Ah! —dijo Van der Valk, recogiéndolo y metiéndolo en el bolsillo—. Los espejos son objetos interesantes, ya que al envejecer reflejan algo más que los rostros de las personas que se miran en ellos. Creo que ella se debió de haber divertido al contemplar sus secretos cada vez que se miraba el rostro: «Ésos son mis secretos, detrás de mi rostro, que los lea quien pueda», en realidad es un gesto típico de esta mujer. ¡Qué estúpido he sido al no seguir las pistas de esta mente ahora que ya sé cómo funcionaba! Siga con su historia, todavía no hemos acabado.

Uno de los cristales laterales que enmarcaban al central dejó aparecer un segundo sobre, que el policía unió al primero; sin embargo, el resto de la búsqueda no dio frutos. Al regresar a la sala de estar, Van der Valk se restregó los ojos, encendió un pitillo y se sentó.

—Sin duda alguna, debe de haber alguna botella por aquí.

Pero no se movió para buscarla.

—He tenido días peores que este —añadió—, y sólo es la una y media. ¿Qué hay ahí?

—Brandy de albaricoque, del mismo que me dio la última vez que estuve aquí.

—Brindaré por dicha ocasión.

Sacó los sobres y los abrió. En cada uno había más o menos una docena de fotos tamaño tarjeta postal. Las estudió con un rostro impenetrable y no se las enseñó a Martin. Cuando levantó la vista en su rostro había una gran sonrisa, los ojos le brillaban llenos de vida y de buen humor, detrás de la polvorienta cortina de la fatiga.

—Estoy muy contento de que me haya contado esa historia; me interesa muchísimo… Espero que no tenga que volver de nuevo a este sitio… Ya te he cogido, muchachita, ya te tengo en mis manos.

Al regresar a la comisaría sólo habló una vez.

—¿Por qué no me dice de nuevo el nombre de la calle donde ella vivía cuando la conoció?

—Matthew Marisstraat, número ochenta y siete —contestó Martin.

2
MATTHEW MARISSTRAAT, 87

CONOCIÓ POR PRIMERA VEZ el sitio en los días, apenas recordados en la actualidad, justo tras acabar la guerra. Sus recuerdos eran vagos debido a que nada tenía significado: todavía iba de uniforme y los hombres de todas las unidades imaginables se confundían en oscuros sitios realizando acciones ridículas, ya que no podían hacer otra cosa. La gente que durante cinco años había temblado ante la vista de un soldado alemán, ahora se movía, ocupada y dándose importancia a sí misma, con armas innecesarias, deteniendo grandes cantidades de los llamados colaboracionistas. Nebulosos personajes surgían como héroes partisanos con autoridad otorgada por sí mismos. Otros regresaban a toda prisa de seguros refugios y fingían haber pertenecido a los maquis. Muchas venganzas privadas se llevaron a cabo en silencio. Hubo muchos robos mojigatos en las propiedades «de los amigos de Fritz».

A Martin le enviaron desde Estrasburgo a Amsterdam, ya que eran bastante pocas las personas de uniforme que podían hablar cuatro lenguas. Para esta época, los soldados de carácter emprendedor habían desarrollado la facultad de ignorar a la autoridad, convirtiéndolo en un arte complejo y puntilloso. Las gentes que tenían talento suficiente echaron los cimientos de futuras fortunas. Martin desobedeció tontas órdenes para divertirse, ya que a nadie le importaba, y porque ello requería el tener que inventar mentiras ridículas y graciosas.

Pertenecía a un cuerpo que se suponía suministraba productos que hacía tiempo no existían, y que además se ocupaba de descubrir y acabar con el mercado negro. Principalmente era una iniciativa

inglesa y él se encontraba más bien desplazado en ella. Técnicamente era un soldado francés que llevaba uniforme estadounidense; un ciudadano holandés en Holanda, a quien nadie podía encajar perfectamente bien en la valiosa monotonía británica de antecámaras y despachos ordenados. Llevaba una vida frívola y bastante beoda.

Había demasiado trabajo que hacer, pero todo el mundo se hallaba muy ocupado en limpiar las fuerzas políticas, para ocuparse de él. Desde luego había muchísimas personas razonables y entregadas en Holanda, que trabajaban de modo muy duro para restaurar la interrumpida economía y curar las heridas del odio y la amargura. Sin embargo, debido a que todo el mundo tenía centrada la atención en la desagradable farsa que se preparaba en Nuremberg, la gente, en general, no se daba cuenta de que la venganza política, el desmantelamiento y la represalia eran singularmente inútiles para alimentar a los hambrientos. Martin sabía perfectamente bien que era inútil el ocuparse del mercado negro, cuando hay escasez de todo lo que la gente corriente quiere. Y aquello hizo que se retirase a una postura de total desilusión. Acababa de cumplir veintiún años.

Intentaba descubrir un camión de tres toneladas cargado de alimento, que había desaparecido detrás de nubes de mentira en algún sitio cercano a Apeldoorn, cuando vio una estampa conocida junto a la carretera y detuvo el *jeep*. Era una chica que tenía los ojos fijos, con una sensación de gran inutilidad, en el neumático deshinchado de su bicicleta. Se trataba de una bicicleta antigua y triste, cargada con dos sacos, colocados como si fueran cestos, y que contenían bastantes manzanas y patatas. La chica había estado llorando, aunque ahora estaba calmada. Es probable que a Martin no le importase mucho lo del mercado negro, sin embargo estaba decidido a prestar toda la ayuda posible a la gente que tenía hambre. Al mirar el neumático meneó negativamente la cabeza.

—Está hecho polvo, puedo meter el dedo por donde quiera. ¿Dónde quieres ir?

—A Amsterdam.

No se sorprendió, ya que estas cosas eran bastante comunes desde el hambriento invierno del cuarenta y cuatro.

—Bueno, así son las cosas. Puedo llevarte.

La chica se negó moviendo la cabeza.

—¿No? No seas tonta. Yo, como tú, soy de Amsterdam y no pienso violar a nadie. La bicicleta la colocaremos en la parte de atrás.

AL CABO DE UNOS TREINTA KILÓMETROS le preguntó:

—¿Estás casada? Ya veo que llevas anillo, ¿pero es de verdad o es sólo una forma de camuflarte?

Con una sonrisilla la chica contestó:

—Es de verdad, tengo dos niños y mi marido está en la cárcel.

—¿Por qué?

—No hay porqué, sólo que él es medio alemán y ahora estamos en plena caza de brujas. No fue ni colaboracionista ni nada, sólo intentó ganarse el sustento y hay gente que esto no lo sabe perdonar.

—¿Dónde vives?

—Si no te importa prefiero no decirlo.

Él entendió esta postura: era extremadamente hermosa. El hambre la había hecho ser bella.

—¿Dónde quieres que te deje?

—Yo voy a Lairessestraat.

—Me va bien.

La dejó allí y ella se alejó empujando la bicicleta con el neumático roto y sin volver la cabeza, cargada con las verduras. Determinada e independiente. Él se encogió de hombros: la ciudad estaba llena de encuentros de este tipo, fortuitos, así como de historias parecidas. La gente competía a la hora de contar sucesos cargados de horrores y mala suerte. Diez años más tarde, Amsterdam poseería su propia «Anna Frank» particular.

Cuando apenas una quincena después la vio haciendo cola para el pan en la Vermeerstraat, se dio cuenta de que la casualidad le había echado una mano. Se quedó donde estaba y la siguió discretamente: Matthew Marisstraat número ochenta y siete. Tocó el timbre. Apareció el rostro de ella endurecido por la rabia.

—Ya lo sé, ya lo sé. Por pura casualidad te vi frente a la panadería. No te sigo, sólo quería preguntarte… Bueno, si podía visitarte. Ya sé que es una tontería. Cuando te viniese bien, sin

ningún compromiso.

Él trató de recuperar su compostura.

—Supongo que si no te dejo entrar seguirás viniendo y dándome la lata.

—Así será.

—Será mejor, para acabar esto lo antes posible, que te diga que a mí no me conseguirás con nada: ni con café, ni con chocolate, ni con nada.

—Para mí eso no tiene ninguna importancia.

—Entra —dijo de pronto.

La casa quedaba en el tercer piso, pero era luminosa y aireada. En el suelo jugaban dos niñitos.

—Siéntate —le dijo con gentileza—. No te puedo ofrecer café pues no lo tengo. Mira, hay montones de mujeres que estarían encantadas de hacerlo. ¿No te das cuenta de que estás perdiendo el tiempo?

Él asintió serenamente y le ofreció un cigarrillo que ella tomó.

—De todas formas te he convencido para que aceptes algo. Y no tengas tanta seguridad de que estoy detrás de ti. Hay otras cosas en el mundo aparte de esto.

Al sentir que sus palabras sonaban un poco fatuas, se acercó a las largas filas de estantes.

—¿Crees que podría pedirte algún libro prestado?

Entonces ella le sonrió con sinceridad y, parodiándole, le dijo:

—Yo creo que sí; coge el que quieras.

Él escogió un viejo libro de Sinclair Lewis: *Arrowsmith*. Ella enarcó las cejas, pero no dijo nada.

—No me puedo quedar más tiempo, se supone que estoy trabajando. No sabes lo que te agradezco el libro.

Regresó al cabo de tres días con dos mantas del ejército, una botella casi llena hasta la mitad de *whisky* y una gran lata de melocotones.

—¿Te gustó *Arrowsmith*?

—Me enloqueció.

Se hicieron amigos.

TOMÓ LA COSTUMBRE de visitarla con frecuencia, nunca se

quedaba mucho tiempo tras haber «conseguido» algo que pudiera necesitar. Cuando era café, ella lo preparaba y él se quedaba sentado en una de las grandes y antiguas butacas mientras hablaban de libros. Al marcharse se llevaba tres o cuatro ejemplares. Al cabo de unas cuantas semanas, ya tuvo la suficiente confianza como para jugar con los niños y saber el nombre de ella: Elsa.

Ella era casi cinco años mayor que él: tenía veinticinco y llevaba tres años casada. Un amigo de su padre vivía cerca de Apeldoorn; en el cuarenta y cuatro sobrevivieron gracias a él. Ella iba a su casa casi todas las semanas. Su marido era una especie de arqueólogo: sabía descifrar viejos manuscritos e inscripciones y antes de la guerra había tenido un buen puesto de investigador en Munich. Sin embargo, en Amsterdam no encontró trabajo y la vida no había sido fácil bajo ningún concepto.

Durante estas conversaciones ella se sentaba en el suelo, con las piernas cruzadas, vistiendo un viejo par de pantalones de pana y sandalias de suela de madera. Tenía unos pies que no estaban apenas deformados por el calzado. A él le gustaba aquella sensación de hogar, el olor de la comida, el de los pañales secándose y el de las «cosas de las mujeres». También le gustaba aquella sensación civilizada, aquel amor por la charla que para él había desaparecido en todos los demás sitios. A veces se quedaban callados durante toda una velada escuchando un concierto por la radio o leyendo, o sencillamente sin decir nada. Era el silencio que sólo interrumpía el ruido de las agujas de tejer. También comía con ella, aunque nunca sin contribuir con algo: carne enlatada, leche condensada, un tesoro a veces en forma de fruta o de bacón. Ella todo lo aceptaba de manera natural, sin ruborizarse ni tampoco dar gracias, ni protestar, ni dejar ver ningún indicio de emoción, aunque tampoco se preocupaba por disimular el gusto que le daba, y una rareza como el jabón, la hacía reír y hacer gestitos de gozo.

No solía hablar de su marido ni lo hacía con mucho entusiasmo: le había dado a entender que le gustaba demasiado la ginebra. Nunca llegaron a nada más lejos que lo ya dicho: él le besaba la mano cuando llegaba y por otra parte, nunca la tocaba. Tampoco ella dejaba la puerta del dormitorio abierta o aparecía a medio vestir. Por ninguna de las dos partes había este tipo de familiaridades. Él no sabía por qué era así, pero se sentía bastante

contento de que las cosas marchasen de este modo. Sin duda alguna nunca se le ocurrió seriamente el intentar seducirla. Se decía a sí mismo que la respetaba. Una vez la llevó a buscar naranjas a Apeldoorn. Fue un día encantador y cálido de otoño. Ella se sentía feliz de verse en el campo, gozando del pacífico aire puro y del intenso olor de los huertos. Llevaba pantaloncitos cortos que se había hecho con una vieja cortina y se subió a un árbol. Él se quedó debajo, recogiendo las manzanas que ella le arrojaba, metiéndolas después en una cesta. Al alzar la vista y verla balanceándose en una rama a unos dos metros sobre su cabeza, se dio cuenta de que ante él aparecían sus ingles y el monte de Venus. Cuando ella descendió, él se sintió poseído por un gran deseo de arrojarla sobre la alta hierba, pero no lo hizo. Quizá le inquietó poder echar a perder una amistad que había terminado por significar mucho para él, ya que pensaba que sin duda alguna ella se resistiría y se pondría furiosa.

Pronto olvidó el incidente y aquel mismo recuerdo físico de ella no le preocupó más.

A él le gustaba la franqueza de ella pues no se andaba con disimulos ni ambigüedades, y tal actitud apelaba a cierto sentido caballeresco: él era muy joven. Entre ambos surgió una especie de camaradería, se sentía orgulloso de estar con ella y le gustaba mirarla, pues merecía la pena: tenía magníficas piernas y una buena figura, aunque algo fuerte. Sus facciones también eran de una belleza singular: en realidad poseía ese aire de Greta Garbo que resulta extremadamente atractivo. Las manos feas y bastas de la mujer a él le parecían divertidas y estimulantes. Cuando se sentía cansada o nerviosa tenía cierto tic marcado, que nunca le preocupó, aunque le daba pena. Su pelo era de un rubio deslumbrante, largo y ligeramente ondulado. Ella lo llevaba recogido en lo alto y a él lo que más le encantaba, era verla en aquella pose clásica, con los brazos hacía arriba, colocándoselo con un ceño de concentración. Era una buena vida, pero no llegó a durar mucho.

El ejército le envió de regreso a Francia donde se rompió las suelas durante tres meses en Rouen, antes que le licenciaran. Cuando regresó a Amsterdam había pasado un año desde que la viera por primera vez. En ese tiempo él había escrito dos libros y un amigo de los días que pasó con el ejército en el norte de África, mantenía buenas relaciones con una editorial parisiense. El primero

era un ataque furioso contra la administración militar estadounidense, la cual había sido bastante insoportable para las tropas francesas bajo su mando, y se vendió muy bien en el país galo. El editor le convenció de que el tener una postura antiestadounidense, además de ser divertido, estaba de moda en Francia, aunque no le daría mucho dinero. Por consiguiente, su segundo libro fue totalmente diferente: un enloquecido melodrama lleno de espantosos rusos y de las siniestras sombras de los estraperlistas, por todas partes. A los americanos les encantó y hasta hicieron una película con él, aunque apenas si se vendió un ejemplar en Francia, los maravillosos dólares resonaron en su bolsillo. Algunos dijeron que ambos libros eran una farsa, otros que eran cínicos, y otros más que satíricos, opinión, esta última, preferida de su autor. Le hicieron bastante famoso y gracias a ellos pudo quedarse en París, sin embargo, a principios del cuarenta y siete, esta no era una ciudad alegre. Ni tampoco Amsterdam, pero allí estaba Elsa.

Le escribió dos o tres cartas largas, llenas de ideas y descripciones, superficiales y divertidas. Y ella le contestó haciendo una crítica muy cuidadosa de ambos libros, seria y bien razonada. En estas misivas había muy pocos casos personales, eran como sus conversaciones. Ella se limitó a mencionar el hecho de que habían soltado a su marido, y quizá para recompensarle por los malos tratos singularmente injustificados y estúpidos, le habían dado un trabajo en el museo, que aunque no muy bien pagado, era seguro, tranquilo y bueno para su salud. Martin se sintió animado al pensar de antemano el placer que sentiría volver a verla.

CUANDO LLEGÓ LE GUSTÓ mucho comprobar que casi nada había cambiado: ella había comprado unas cuantas cosas y estaba claro que su ropa era de confección, sin embargo el apartamento tenía las cortinas de antes de la guerra y aquellos muebles viejos. Y ella seguía sentándose en el suelo. La principal diferencia fue que él llevó cosas de beber en vez de comer.

Su esposo le sorprendió. Erich tenía quince años más que ella, aunque parecía como si sólo tuviera veinte. Era un hombre muy alto, flaco y de voz tranquila, nervioso y lleno de temblores y dado

a bromas muy personales. A Martin le cayó bastante bien.

Tres o cuatro días de la semana se los pasaba en casa de ella. Tenía poco de que ocuparse aparte de sus chicas. Ahora había algo que le divertía además de ella; esta tenía muchos amigos y solían quedarse hasta tarde charlando. En los finales de semana, aquella casa recordaba un poco a los salones parisienses del diecinueve. Tres o cuatro hombres con una o dos amigas, calladas y bastante desconcertadas, bebían té, ya que ninguno tenía dinero, y se dedicaban a charlar de filosofía. Estaba el corpulento Henry Ruysbroeck, el periodista barbudo que en público era feroz y polémico: una pluma que vertía sangre, quien, sin embargo, en privado, era un hombre dulce al que le encantaba comer. Paul de Vries, joven actor, bastante harto de que se le considerase como promesa, quien hablaba tanto de Eduard Verkade, que todo el mundo terminaba aburriéndose. Bert van Roij, natural de Limburgj, que intentaba ganarse la vida como pintor: «aunque en la actualidad seguía las huellas ilustres de Adolf», y Priscilla, la inglesita que recordaba a la reina Nefertiti que está en el Museo Británico. También estaba Sinette Valdes, que tocaba el piano en un restaurante, cosa que odiaba como si fuese veneno, aunque sabía que no era lo suficientemente buena como para dar conciertos. Parecía que Elsa sintiese por todos la misma amistad distante.

Martin era el visitante más frecuente, sobre todo cuando no había nadie más. Rara era la noche en que Erich llegaba a casa antes de las doce. Sin duda alguna bebía mucho, aunque cuando llegaba sólo se le notaba un poquito por el despiste y la vaguedad, siendo a veces sarcástico, aunque nunca era ni truculento ni buscapleitos. Tenía sus propios amigos misteriosos con quienes jugaba al ajedrez y hablaba de ópera, sus dos grandes pasiones.

Martin se acostumbró a visitar la casa cuando no había nadie, gozando entonces de la tranquilidad.

—¿Cómo vivías en casa de tus padres? —preguntó. Eso había sido al día siguiente de que Paul, que tenía tendencias socialistas, hubiese dicho «Troelstra afirmó…».

Henry le interrumpió:

—¡Condenados sean todos los socialistas, pero principal y esencialmente Pieter Jelles Troelstra!

Surgió entonces una discusión tremenda.

—¡Hasta cierto punto admiro a Attle; siempre y cuando su cabeza domine a su corazón!

—¡Attle! —dijo Priscilla como si aquel nombre fuera blasfemo y grosero.

—No es socialista en absoluto, en todo caso Laski…

—Laski —dijo Henry retóricamente— es un hombre…

Y hubo un rumor para interrumpirle.

—Flatulento…, descompuesto…, pasado de moda…, insoportable…

Aquellas palabras se oyeron a través del estrépito. Elsa calmó a la venenosa Priscilla.

—Por favor no volváis a hablar de política en mi casa: es bastante ruidoso y me hace recordar demasiado bien la casa de mi padre.

—Espantoso —contestó por fin a la pregunta de Martin—. Muy vulgar y ostentoso, *bourgeois* hasta la médula. Una especie de inglés de la clase media nacido en Friesia, mezquino y rico en la forma más totalmente inútil. Mi padre daba mucha importancia a los convencionalismos y sólo se enfrentaba a ellos ladinamente, cosa que empezó a hacer acostándose con sus dos cuñadas. Al final ni siquiera lo pudo soportar. Huyó a Bruselas. Allí fui a un internado. Más o menos al cabo del año mi madre murió de tuberculosis.

—¿Todavía vive él en Bruselas?

—No lo sé, no lo he visto desde el treinta y nueve. Le escribí cuando me casé y me contestó una carta llena de moral y me envió esos dibujos de Toorop, a los que tanto critica Bert, como regalo. Me decía que tenía que ser una esposa fiel.

—¿Lo eres?

—Sí, pero créeme, no debido a la educación que recibí. Aquello habría sorprendido a la pandilla con la que salía de juerga. Cuando tenía diecisiete años me escapé del internado y vine aquí. Entonces era lesbiana y me llamaban Ninfa.

—¿Y cómo te ganabas la vida?

—Como modelo de artistas. Desde luego estaba todo el tiempo desnuda. Hay dibujos de mí cuerpo en la mitad de los dormitorios de los viejos de Aerdenhout.

—¡Bah!

—¿Por qué bah? No soy yo, ni siquiera eran buenos dibujos.

—¿Y te acostabas con los artistas?

—Creo que con bastantes. La verdad es que no me fijaba mucho, estaba borracha todo el tiempo. Sin embargo, me acuerdo de cuando perdí mi virginidad. Tenía dieciséis años y estaba en Davos en la temporada de los deportes invernales. Era un muchacho de las juventudes hitlerianas llamado Heinz. El tipo saludable por excelencia, tostado como el café y el pelo blanco de tan rubio, un maravilloso esquiador y con diecisiete años tan orgulloso como un César, el puro *übersmench*. Se limitó a mirarme y decir: «Quítate la ropa y échate en la nieve». Desde luego lo obedecí.

—¿Y no hacía mucho frío? —dijo Martin riéndose a mandíbula batiente.

—Muchísimo, pero con el sol hacía calor. Si nunca lo has probado, no sabes a qué me refiero.

ESTAS HISTORIAS NI PREOCUPARON ni sorprendieron a Martin, no fue hasta muchos años después cuando se dio cuenta de que eran un montón de mentiras. En realidad se trataba de una fantasía dramatizada, la verdad no podía haber sido muy diferente, sólo gran mentiras dichas para dar vivacidad a la cosa, hacerla misteriosa y seductora.

Diez años más tarde confesaría a Sophia: «Desde luego era de esperar que yo también dijese “quítate las ropas y échate en la nieve”, entonces debió tomarme por un perfecto eunuco». En aquella época él confiaba y se creía todo lo que Elsa le decía.

Hacía tiempo que había comprendido que no era una esposa del montón, y ello le agradó, ya que aquello habría sido aburrido. Su virtud era heroica para un chico idealista. Hacía que su serenidad y calma fuesen notables y que su vida de casada tuviera una mayor dignidad tras el ambiente de una juventud atormentada. Cuando estaba con ganas de hablar, contaba historias de este pasado aún reciente.

—La mayor parte de los hombres de esta época están muertos —dijo.

Algunos terminaron en campos de concentración: un amante, pintor muy querido, murió de tuberculosis; otro fue ejecutado por los partisanos y ella escapó con la cabeza al rape y la palabra «puta»

pintada en rojo sobre sus pechos y espalda. Sin embargo, el jefe de esa banda fue su siguiente amante, al cual ejecutarían los alemanes. Martin comprendió que era una mujer de la que se enamoraban todos los hombres y que con mucha facilidad los conducía a su muerte. Y hasta llegó a entender que para ellos la muerte bien mereciese la pena. En cierto aspecto, parecía que él se había librado de esta ruinosa pasión. Lo que él sentía por ella no era amor, ¿o sí?

A ella tampoco le interesaba mucho el sexo.

—Con demasiada frecuencia me han violado en mi vida y temo las ocasiones, preciosamente raras, en que mi marido, al no haber bebido mucho, recobra cierto interés en mi cuerpo. No me gusta mucho hacer el amor.

—¿Cómo te casaste con él?

—Me conoció medio muerta de hambre y atontada por la ginebra. Me llevó a su casa, me cuidó, me limpió, me alimentó, me vistió y me dio un techo. Aún me siento agradecida. Desde luego me violó, aunque eso sólo cobró importancia cuando vi que estaba en estado. Nos casamos debido al niño. Lo acepté porque quería sentirme limpia. Dejé de beber: cuando me diste un cigarrillo la primera vez que viniste a esta casa, llevaba tres años sin fumar.

—¿Y por qué lo aceptaste?

—No quería herirte. Parecías muy vulnerable y solo.

Martin, sin pensarlo, se tragó esta tontería. Ya había encontrado apartamento o por lo menos así lo llamaba. Era una habitación bastante grande en la Emmastraat, con una minúscula cocina y un inodoro en el rellano. De cuando en cuando él mismo lo limpiaba. Tenía muy marcado el sentido hogareño; compró libros, cuadros, además poseía una preciada alfombra de Tabriz. Allí guardaba sus recuerdos: una lámpara de las usadas por los capitanes de los botes de salvavidas y una pistola Mauser; sus útiles de trabajo, una máquina de escribir, cuadernos de notas y la guía de teléfonos de París. Y las cosas que también le daban gusto: singulares botellas de vino de cosechas caras y cartas de chicas. Aquel sitio le proporcionaba un placer enorme.

Con frecuencia cambiaba la posición de todos los muebles. A menudo leía y bebía café hasta las cuatro de la madrugada. Era su guarida, nadie le visitaba salvo las chicas, las cuales formaban un largo desfile. Elsa nunca fue allí ni él la invitó. Se sentía satisfecho

con la vida. Iba a los teatros, a los cines, a los conciertos, a las galerías de arte. Se sentaba en las terrazas de los cafés, bebiendo Pernod y escuchando a las orquestinas, hasta que al final Elsa le dio un meneo.

—No haces nada.

—Claro que sí, por lo menos tengo dos cuadernos de notas llenos de material.

—Lo que tienes es dos cuadernos llenos de direcciones de putas. Te pasas el día sentado; comes y bebes demasiado, todo te resulta demasiado fácil. Te estás embruteciendo. Tienes que hacer algo o de lo contrario perderás todo lo que has hecho. Creo que eras demasiado introspectivo y sin duda alguna dependes demasiado de mí. Piénsalo. Sí, ya sé que tienes un número infinito de excusas: siempre es o un dolor de cabeza, o anginas, o hace demasiado calor o demasiado frío; o tienes reumatismo o te duelen las heridas de la guerra. Sin embargo me he dado cuenta de que ninguna de estas cosas impide que hagas el amor con una de esas chicas demasiado indeseables.

NO TOMÓ EN CUENTA estas observaciones durante una semana hasta que recibió una carta de su editor: ¿dónde estaba el nuevo libro? Las ventas habían descendido enormemente, el público empezaba a olvidarle y la dorada corriente de dólares ya era cosa del pasado.

Martin echó una ojeada al último estadillo de su cuenta bancaria y se llevó un susto terrible. Corriendo fue a casa de Elsa.

Una hora después dijo:

—El problema es que aquí no puedo trabajar de verdad, tres o cuatro veces he intentado iniciar una novela, he escrito más o menos mil palabras que me parecieron bien en un momento, pero al despertarme al día siguiente eran en realidad una porquería y acabaron en el cesto de los papeles, así es que me largo a París.

—Cuanto antes lo hagas mejor será —dijo Elsa, cortando tranquilamente el hilo con los dientes.

Martin, de mala gana, se escondió detrás de un periódico a lo largo de la velada. Sin embargo al día siguiente salió para París.

Su amigo del ejército vivía ahora en Meaux, aburrido pueblecillo

cuya única ventaja era que estaba cerca de París. Se dedicaba a los transportes: tenía una flota de camiones y además se había casado. Catherine tenía treinta años de edad, un cuerpo atractivo y flexible y su carácter era amable y servicial. Max dijo: «Vayamos a pasar el fin de semana a Cannes». ¡Maldito sea, tenía montones de dinero! No se dio cuenta de que Martin sedujo a su mujer, debido principalmente a que no le importaba. A pesar de todo, Martin se sintió avergonzado. Aquel remordimiento, valioso, aunque tardío, surgió quizá al no tener tampoco dinero. No se atrevía a enfrentarse a su editor, sin embargo optó por trabajar como camarero durante una temporada: fue un éxito.

Para el otoño se dio cuenta de que había ahorrado suficiente dinero para vivir por lo menos tres meses, en una pensión con precios de temporada baja, en San Juan de Luz, donde se cebaron en él por todas partes las chinches, emborrachándose dos veces en Perpignan y acabando el libro en seis semanas, en una divertida y antigua máquina marca Corona, que tenía unos tipos preciosos. Se trataba de una sátira de la industria turística, no muy buena por cierto, sin embargo el editor supo perdonarle. No se atrevió a regresar a Meaux, sino que se quedó una semana vagabundeando en París, sintiéndose más bien sin saber qué hacer. Las Navidades estaban muy cerca y de pronto la nostalgia le invadió. Se montó, lleno de felicidad, en el expreso París-Amsterdam. Aquella alegría empezó a cantarle dentro tan pronto cruzó la frontera. En cualquier época, Holanda es limpia y deslumbrante, tras atravesar la tristeza de la Bélgica industrial. Así mismo se dijo que cuando se encontrase en su apartamento de Emmastraat, se sentiría radiante.

Cuando llegó allí no fue como se lo esperaba. Sus preciados objetos le parecieron corrientes y triviales y casi una porquería. Había muchísimo polvo y hasta la alfombra parecía más desgastada que como la recordaba. Habían cortado la corriente y bajo el débil resplandor de la luz que provenía de la calle, tuvo que buscar un quinqué. Tampoco había gas. Tuvo que lavarse con agua fría.

—Típico de mí el olvidarme.

Con una tarjeta postal se hubiese arreglado todo, pero encogiéndose de hombros reconoció que así era su carácter. No era divertido una cosa como un viaje a menos que uno lo hiciera de improviso. Cuando salió y fue a un restaurante, la comida le pareció

espantosa. El *schnitzel* le supo a burro y los guisantes estaban demasiado hechos. Se sintió harto, frustrado y durmió mal. Las sábanas estaban húmedas y todo olía a deshabitado. El haberlo presentido fue una pequeña satisfacción.

LA DESILUSIÓN PERSISTIÓ al día siguiente en Matthew Marisstraat. Un extraño estaba sentado en la butaca que él pensaba le pertenecía: un hombre alto, de anchos hombros, uno o dos años mayor que él, de largo pelo oscuro, aspecto satisfecho y ojos color café aguado. Era inglés, se llamaba Kenneth McPherson. Era productor de programas de radio. Trabajaba a remolque de Arie Vogelsang. Parecía que tenía un contrato de un año con las cadenas de televisión de Bussum. A Martin inmediatamente le cayó muy mal este tipo y fue hasta la cocina para hablar con Elsa.

Ésta había cambiado, aunque no mucho, pero sí de modo definitivo: se había cortado el pelo, hablaba más y con mayor rapidez y parecía más nerviosa.

—No nos podemos quedar aquí, es una grosería por nuestra parte. Y habla en inglés, ¿eh?, Kenneth no sabe holandés.

—¿No crees que si se va a quedar un año ya es hora de que empiece a aprender?

—La gente de la radio son como las de las compañías de aviación. Ya sabes, la comunicación internacional, todos hablan en inglés. Vamos, por lo menos seamos educados una vez, no tenemos que hablar holandés, no se trata de la apertura del Parlamento.

Aquello le sorprendió, pues se trataba de una observación estúpida y alambicada que nada tenía que ver con ella. En la cena ella no sólo habló inglés, sino que además le echó leche al té de Martin.

—¡Oye!

Riendo ligeramente ella dijo:

—Lo siento, me olvidé.

El señor McPherson tomaba el té con leche. También tenía una voz profunda y cavernosa. Sin embargo, fue muy educado con Martin.

—Me acuerdo muy bien de su libro sobre el mercado negro. Creo que es muy bueno. A mí no me gustan mucho los americanos,

que digamos, aunque desde luego, en el campo de la televisión, están mucho más adelantados que nosotros. Me paso la vida diciendo que necesito unas auténticas vacaciones. Además quiero conocer de verdad París.

—¿Habla usted francés?

—Bueno, ya sabe, francés académico.

—Bueno, es como aquí, si usted se lo pide, la gente habla en inglés.

—Sí, supongo que hoy día todo el mundo habla inglés.

—Aunque sea con acento norteamericano —dijo Martin con algo de mala idea.

Para él McPherson era un perfecto paleto.

Al cabo de unos cuantos años, aquel pobre tipo volvió de vacaciones a visitar a sus antiguos amigos. Sophia le conoció en una fiesta en casa de Elsa y confirmó la opinión de Martin: «Un auténtico payaso, todo manos, pies y bocaza. Tuvo la cara dura de escribirme una notita diciéndome que estaba asombrado de mis encantos, con las mayores faltas de ortografía que uno pueda imaginarse». Sin embargo, entonces, Martin basó aquel disgusto en su propia vanidad herida. No le gustaba ocupar un segundo puesto en casa de Elsa, y como sin querer preguntó:

—¿Cómo está Henry?

—Hace unos cuantos meses que no le veo.

—¿Está enfermo?

—No lo sé. Sí sé que anda por ahí. En cierto aspecto hemos perdido el contacto.

Martin pensó: «Sin duda alguna este tipo ha echado a todo el mundo fuera».

No obstante no pudo con él.

Aunque nunca surgió el problema, ya que apenas si llevaba una semana allí, cuando una nueva idea le ocupó la mente. Su editor le escribió diciendo que la traducción de su libro sobre el turismo se estaba vendiendo bien en Inglaterra. Además le incluía una educada carta del redactor jefe de un semanario londinense, en la que le sondeaban para ver si quería hacer una serie de artículos decididos de antemano. Martin, al darse cuenta de que no tenía sitio en la vida de la casa de Elsa, aliviado cogió un avión hacia Londres.

Era fascinante: sabía que el panorama literario inglés era una

paradoja, pero nunca se había imaginado nada parecido a lo que halló: muchísimas personas se interesaban en este mercado y hacían un gran negocio con él. Había que admitir que era posible que los ingleses no fueran muy buenos en las demás artes, sin embargo, en esta rama eran asombrosos: había cientos de editores, innumerables revistas que doblaban el número que las que con carácter semanal aparecían en cualquier otra parte del mundo. Los críticos daban una atención seria a las obras y muchísimo espacio en los periódicos. No había ninguna tontería como el *Prix Femina* o cosas parecidas. ¡Y qué idioma! Enormemente rico, flexible y sutil, aunque el inglés de Martin no era fluido, no era ni idiomático ni exacto en su uso, y se vio avasallado por las infinitas y admirables graduaciones de los distintos significados. Se preocupó por Fowler, por Ibor Brown y por Eric Partridge. Y sus intentos por escribir en inglés terminaron en el cesto de los papeles.

Los artículos encargados trataban de uno de esos tópicos sobre el cambiante rostro de Europa: «por todas partes, junto a los abiertos cráteres de las bombas, las curvas y planos de un vigoroso y nuevo bla, bla, expresan la determinación bla…». Y así eran todos. Deprimido, Martin fue a ver al redactor jefe.

—Quizá será mejor que se consiga un traductor. Mientras más escribo en inglés más inadecuado me parece.

—Acaso será mejor que me busque a André Mourois —dijo el redactor jovialmente.

Era uno de esos ingleses entrados en carnes, con la corbata de su club privado y un gran bigote, que siempre llevaba sombrero hongo.

—No deseo que su inglés sea particularmente adecuado. Lo que yo quiero es alguien que escriba sobre Europa en un idioma europeo. Algo que tenga sabor e inflexión europea. Olvídese de todo lo que dice Fowler sobre el idioma. Sólo le ayudará a descubrir sus limitaciones. Lo interesante sobre el inglés que usted usa es que, aunque emplee un tópico, nunca suena como tal.

MARTIN SE DIO CUENTA de que tenía bastante éxito. La gente le invitaba a sus casas a que se pasase días con ellos. Tenían un gran sentido de la hospitalidad, por todas partes conoció personas que le

relacionaron con el mundo de la literatura. Le hicieron una docena de pequeños encargos, críticas de Simenon, de una traducción de Molière —bastante buena por cierto— y un largo ensayo sobre una nueva biografía de Conrad que trataba en particular de las «novelas europeas». Se lo pasó en grande: escribió una novela en inglés y tuvo una aventura amorosa, con una oriunda del país llamada Diana. Era posible que McPherson hiciera conquistas en Holanda, pero sin duda alguna él se estaba desquitando en la tierra de este. Hasta consiguió perder la cabeza por Diana, llegando hasta el extremo de pedirle que se casase con él. A lo cual inteligentemente ella se negó por el excelente motivo de que no pensaba que pudiera ser feliz en otro país. Dado que se trataba de la chica más inglesa que jamás vistiese un conjunto de punto escocés, era lógico que obrase así. Él no era tan anglófilo. Cuando ella le preguntó si él se quedaría a vivir en Gran Bretaña, le dijo bastante groseramente:

—¡Dios mío, nunca!

Y esto bastó.

En realidad, con gran presteza, el pastel perdió su brillo dorado (frases como ésta le divertían horrores: qué diablo quería decir aquello: el inglés era un idioma fascinante).

La novela no tuvo mucho éxito, a los ingleses les encanta que se rían de ellos. ¿Quizá había sido demasiado condescendiente? Sus artículos tuvieron buena aceptación y buen pago. Apareció en la televisión y algunas de sus frases en la columna «Cosas que se dicen», («Las casas ingleses son preciosas, pero es una lástima que los muebles sean siempre tan espantosos»). Sin embargo, los artículos sobre turismo no tuvieron mucha aceptación, ya que a pesar de lo que prometieron en un principio, terminaron desilusionando un poco. En aquella época, el control existente para sacar dinero de Inglaterra era muy severo: en cualquier caso la totalidad del pueblo inglés, no se interesaba por Europa. Ni siquiera consideraban que su isla formara parte del continente y al hablar de éste era como si lo hicieran de otro mundo. Había que admitir que sus artículos eran inteligentes y divertidos. Todo el mundo lo dijo y las alabanzas son volubles. No obstante, Martin tenía conciencia de que en ellos faltaba cierta chispa.

A pesar de todo, le encantó pasar seis meses en el país y aprendió muchísimo con sus estudios de inglés. Y

sorprendentemente muchas personas pensaron que su acento podía confundirse con el de un escocés. Además había tanto que leer: El *Sunday Times* y el *Spectator*, el *New Statesman* y el *Tablet*, el *Punch* y el *Listener*, el *Literary Suplement* y el catálogo de Sotheby.

Tan pronto como aprendió a pasar por alto lo que no le interesaba, le gustó muchísimo Dickens, el personaje de *Mr*. Chadband sin duda fue el modelo para Elmer Gantry y se sintió muy fascinado por *Mr*. Mantalini y el capitán Cuttle: el oro de las frases inglesas —Sam Weller y Silas Wegg— le embriagó. Como *Mr*. Polly caminaba murmurando: capón elegante y «salsa de menta» delicada, chispeante y que te hace chasquear la lengua.

Por todas partes había buenas y malas cosas, el *puding* de Yorkshire era espantoso, sin embargo la salsa de rábanos buenísima, como lo era la mermelada de bayas rojas. El *porridge* era horrible, pero la mermelada de naranja amarga hecha por Cooper era maravillosa (le resultó difícil el dejar de usar las palabras aniñadas de Mitford), la cerveza se le atragantó. ¿Cómo había alguien que se pudiese tomar ese caldo tibio? No obstante el *whisky* era un prodigio sin igual.

—Mira, uno no dice, ni único, ni sin igual, ni capital, ni súper.

—Bien, ¿entonces qué digo?

Le gustaba el té por la tarde.

—En Holanda no le echo leche, pero aquí sí.

—Basta con que digas está bueno. Si está muy bueno, puedes decir maravilloso, no fabuloso, eso sólo se usa en anuncios. Basta con maravilloso.

—Así, como si balase.

—Si quieres.

—De acuerdo, no balaré, ni diré más «maravilloso» que «en realidad». Diré «no está mal», como los españoles.

—Martin, tengo que admitir que para un extranjero…

Hasta que se vio de regreso en París no se preguntó cómo diablos había podido soportarlo durante tanto tiempo.

FUE MÁS LA COSTUMBRE que otra cosa lo que le hizo tomar el tren para Holanda. Esto y el saber que los derechos de autor que le pagaban en Estados Unidos —de nuevo bastante buenos, además

allí se habían vuelto a imprimir los artículos sobre turismo— durarían mucho más en Holanda que en París.

Cuando fue a ver a Elsa, se la encontró sola, sentada, fumando un pitillo y cepillándose el pelo. Sus ojos parecían cansados. Estaba un poco avejentada y su cuerpo parecía más grueso, como si hubiese bebido demasiado. Para él seguía siendo la mujer más hermosa del mundo.

—¡Oh, Martin, cómo me gusta volverte a ver!

Empezó a hablar sin parar: ¿qué había hecho? ¿Dónde había estado? ¿Qué tenía entre manos? Él se sintió en la gloria con esta bienvenida y este interés tan desacostumbrado. No se trataba de una vulgar señorita inglesa ni de una desarreglada italiana oliendo más bien a sudor: sus años de desarraigo se cristalizaban en un punto.

—¿Tienes idea de dónde podría irme a vivir? Ya sabes que dejé el apartamento de Emmastraat. El alquiler era demasiado alto para pagarlo no estando aquí.

—No, de verdad que no, aunque ya veremos. La ciudad está a tope y puede que resulte difícil. Si quieres aquí hay sitio para ti.

—¿Y qué diría Erich? ¿No se opondría?

—Ni siquiera se dará cuenta. Sólo está aquí por la cama y el desayuno, esto podría ser una pensión en vez de su casa.

Con delicadeza añadió:

—¿Y qué me dice del señor McPherson?

—Pobre Ken, se largó, no le renovaron el contrato, y si hubieran podido lo hubieran largado antes de tiempo. Infeliz, no tuvo mucho éxito aquí. Dijo que nunca aprendería a entender la mentalidad holandesa.

En su fuero interno, Martin no se sintió muy sorprendido.

—¿Ni siquiera la tuya?

—No te burles, Martin, ¿eh? Me siento desgraciada.

«Hay que ver lo personal que se ha convertido, ya no está tan distante», pensó.

Durante la cena, Elsa se alegró: él fue hasta un ultramarinos y compró una botella de champán y cenaron en una atmósfera de intimidad alegre y descuidada. Estaba claro que ella se sentía auténticamente contenta de verle de vuelta. Entonces, ¿qué era lo que no estaba claro? El que él, de pronto, y de manera devastadora,

se viese golpeado por aquel flechazo. Mientras ella le hacía la cama en la habitación de invitados, él le dijo en voz baja:

—¿Crees que sería mala idea que nos acostásemos juntos?

Dejó caer una manta sin desdoblar y se volvió sin decir palabra: ciega y sin poderlo evitar, cayo en sus brazos.

Al principio, hacer el amor con Elsa era desconcertante. En su vida constituía un caso único el hecho de haberla conocido durante cinco años y no haberla tocado siquiera. Él estaba acostumbrado a salir con mujeres que uno besaba a la semana, y tras el tercer beso las desnudaba. Era sabido el hecho. También le parecía raro a la edad de treinta años, y con toda su experiencia, que Elsa tuviese una extraña ignorancia que en un principio tomó por inocencia. Era como si no supiese nada del amor y quizá ello fuera cierto. Hasta tuvo que enseñarle cómo alcanzar sus propios clímax sexuales. En las pequeñas artes del amor, era tímida y torpe.

La otra cosa que le chocó fue su abandono. Se aferró al amor como el hombre condenado a la esperanza. Se aferró a él como el nadador agotado, y la pasión que ella sentía se renovaba a sí misma como la hidra. En cuanto a él, estaba enloquecido por ella. Tenía la virilidad de un Borbón y se sentía embrujado. Pensó en *Madame* de Montespan; Athenais fue así. Se volvió inmensamente posesivo.

Las cosas que pertenecieron al desgraciado McPherson: libros de bolsillo, discos, un viejo suéter, un cepillo de dientes extraviado, cayeron sin merced en el fuego. Al cesto de la basura fueron a parar todas las viejas ropas de ella. Le dijo que se quedase desnuda y la vistió con nuevos atavíos desde la más mínima prenda. Tiró el lápiz de labios, el perfume que usaba, y le dijo:

—Ahora empiezas.

EL PRIMER AÑO QUE PASARON JUNTOS fue un incendio que arrasó todos sus otros intereses. Alrededor de ella, él concebía sus días. Le ponía furioso el no poder dormir con ella: tenía que dejarla de noche en su propio lecho, a la espera de Erich, que llegaría en cualquier momento tarareando «*Ah fuyez douce image*», con un suave perfume a ginebra y a habanos y la cabeza llena de Dios sabe qué cosas.

Otras barreras imponían reglas de conducta, por ejemplo los

niños. Veían y escuchaban: sobraban. Elsa no podía atreverse a romper con su esposo, por lo menos mientras ellos estuvieran allí. Para Erich ellos formaban un lazo afectivo con su esposa: constituían su hogar. Él los quería mucho, los sacaba de paseo, revisaba sus deberes, les compraba zapatos, les leía. Era cierto que podía estar fuera hasta la una de la mañana, pero de igual forma podía regresar a las cinco de la tarde para charlar, jugar y ayudarles a estudiar. Estas cosas no se podían barrer de golpe.

La conducta de Martin era la más ilógica. Parecía como si no se le ocurriese que este tipo de vida era un recurso bastante pobre. Él actuaba como si nunca más pudiera haber en su vida otra persona que Elsa y se ataba a ella con todos los lazos imaginarios. Mientras rumiaba todo esto, siendo todo lo instintivo que era de esperar, cualquier adulto se daba cuenta de lo que necesitaba: justamente lo contrario hubiera sido muy divertido, pero no le habría hecho feliz.

Armaba trifulcas cuando no encontraba a Elsa allí. Si llegaba tarde a una cita o no estaba a la altura de lo que él había pensado, Martin sufría muchísimo. Tratando de buscar alivio, se abría cada vez más las heridas. Se regodeaba en sus celos y su egoísmo era mezquino y con frecuencia llegó a ser muy desagradable. Ella tenía paciencia y buen carácter y le animaba en las mejores ideas que se le ocurrían. Él intentaba mantener el equilibrio en un suelo resbaladizo. Ella se hallaba en una cumbre de serenidad y realización.

—Siento que mi cuerpo ha sido muy usado y ello me hace mucho bien —le dijo una vez.

Martin se dio cuenta de que no podía seguir en aquella casa. Aún le quedaba algo de independencia. Allí no podía respira otro aire que el que salía de los pulmones de Elsa.

Encontró un apartamento bastante lejos junto al Wester Park, y allí montó su tienda. Se encontraba feliz al no tener conciencia de sí mismo, deliciosamente la tenía de ella, y bien creía que sus alegrías valían sus tormentos.

Se sentía muy orgulloso de ella. Una vez, mientras un amigo francés le visitaba en Amsterdam unos cuantos días, se la presentó abiertamente como su amante, cosa a la que ella no se opuso. Le dijo que le gustaría poner a un hombre fuera del apartamento, con una pancarta que dijese «Elsa de Charmoy es mi amante» y debajo

su firma. En todos los sitios mostró su abierta posesión, sin importarle quién pudiera verle o comentarlo. La llevaba a las tiendas y la observaba mientras se probaba las cosas, y hacía groseras observaciones («¡No puedo esperar a quitarte esta prenda!») frente a las vendedoras. Sentía la necesidad de ser cruel, casi sádico, de humillarla. A veces con tal fin, hacía cosas arriesgadas e innobles. En una de ellas su instrumento fue el coche.

Sus ganancias llegaban y desaparecían sin que él se diese cuenta ni se ocupase de ello; con la imprudencia de la inmadurez odiaba ensuciar sus manos con dinero. Al recibir un cheque singularmente importante, compró el coche: un Opel Kapitan casi nuevo. Se convirtió en su orgullo y en un potente instrumento de placer. Por las noches, a veces, salían a dar un paseo hasta Aerdenhout o Bloemendool. Al regresar de una de estas veladas, día en que el bendito de Erich había ido hasta Scheveningen a un campeonato de ajedrez, se quedaron hasta muy tarde: quizá eran las dos de la madrugada cuando detuvo el coche en la cuneta y dijo:

—Quítate la ropa.

La condujo a la casa sin permitirle vestirse. No había luz en la Matthew Marisstraat: en Amsterdam hay muy pocos noctámbulos. Le dio la llave de la casa.

—Sal y abre la puerta.

—Pero, cariño, ¿y los vecinos? Estoy desnuda.

—No hay nadie que te vea. Quiero contemplar como cruzas la calle, desnuda, tal como estás.

Obediente y digna se dirigió a la puerta de la casa.

DESPUÉS DE ESTO ÉL NUNCA supo cuándo las cosas empezaron a cambiar: en algún momento, cuando llevaban un año o más de amantes. Fue todo demasiado gradual para fecharlo con certeza. Quizá el primer episodio fue la decisión de Martin de ir a Francia tras haber pasado un año sin separarse. No estuvo mucho tiempo: en realidad, después de diez días, la nostalgia que sentía de Elsa se hizo ingobernable. Sin embargo cuando llegó con varios y caros regalos, ella le armó una trifulca.

—¿Con cuántas mujeres te acostaste?

—Elsa, por favor, no digas tonterías.

—¿Y Catherine, no te recibió cálida y con los brazos abiertos?

—No la vi.

—¿Y tú piensas que yo me voy a creer eso a estas alturas?

—Vi a Max en la oficina y almorcé con él y creo que ni siquiera le pregunté por ella. ¿Por qué quieres echar a perder el día de mi regreso?

—No me importa ser tu amante, pero sí el que me trates como un viejo suéter que te pones cuando tienes frío.

—¿Te das cuenta de que tú misma te pones en ridículo?

Martin nunca supo por qué sucedió aquello. Más adelante supuso que quizá se debiese a su gesto inesperado e inconsciente de independencia al querer irse de pronto a París. Fue más o menos a partir de ese momento cuando para él se inició la cuesta abajo de ambos. Ella invirtió los papeles, se convirtió en egoísta y le superó con creces. No hubo más escenas, pero sí una campaña pensada para atarle físicamente de manera mucho más firme a ella, quien nunca se había opuesto a sus pequeñas atrocidades, aunque ahora empezó a animarlas.

La secuela de esta disputa se produjo dos días después. No la había visto desde entonces y llegó como si nada hubiese ocurrido. Ella estaba tensa y llorosa.

—¿Crees a veces que soy una perversa tonta? No sé por qué me comporté tan mal, pero te eché mucho de menos. ¿Quieres castigarme?

—Te juro que sí. Me hiciste daño. Interrumpí mi estancia en París para regresar antes y te traje montones de cosas, y no fuiste muy acogedora.

Fue entonces cuando ella sacó el látigo de montar.

—Entonces golpéame, lo quiero, quítame las bragas y pégame.

Así lo hizo.

El segundo episodio fue más vago y complicado. Un día llegó a la casa de Elsa un hombre con una carta de presentación para Martin de un conocido de París. Se trataba de un peruano que tenía ciertos negocios con una firma holandesa de Lima y tenía que ocuparse de una larga negociación con la Cámara de Comercio de Amsterdam. Aquel día Martin no estaba allí y ni siquiera apareció en toda la semana. Se ocupaba de una novela sobre los muelles y se pasaba la mayor parte del tiempo en el puerto. En efecto, trabajaba

por primera vez desde hacía muchísimo tiempo. Elsa ni siquiera se preocupó de avisarle. El limeño se sintió bastante contento con la compañía de ella. Cuando apareció Martin, cansado y sereno, Marcos, aquella mañana había cogido un avión para Río desde Schiphol.

Entonces no significó gran cosa, salvo que él se sintió bastante indignado.

—¿Pero por qué no me llamaste? Sabes que la tienda de los bajos podía coger el recado.

—Pero, querido, si apenas tenía importancia. El tipo llegó sólo con una vaga carta de introducción y esperaba que alguien le enseñase la ciudad y le ayudase a divertirse un poco. Te habrías aburrido muchísimo y, además, te habrías puesto furioso al verte alejado de los muelles por este limeño. Llevaba un sombrero de paja con una cinta de colores, que me dijo eran los de la bandera del Perú; ya me dirás: ¡un ser totalmente ridículo! Fui amable, ya que era amigo de uno de tus amigos, y hasta me divirtió un poquillo, pero no creo que tengas ningún motivo para sentirse indignado ni mucho menos celoso.

Martin tuvo que conformarse con esta explicación.

CADA VEZ QUE PRESENTÍA que había algo raro, por muy mínimo que fuese, en una de las historias de Elsa, entonces podía tener la seguridad de que ella se mostraría todo lo razonable y lógica que podía esperarse. Casi siempre estaba dispuesto a creerla, hasta que empezaron a llegar cartas, casi todas las semanas, procedentes de Lima, con una ortografía emocionada y corregida apasionadamente con tinta roja. En un caso normal, ello le habría divertido, y en realidad fue así, hasta que vio que la mujer animaba todas estas tonterías al contestar las cartas, diciéndole Dios sabe qué cosas.

«Lima es una ciudad blanca, tan española como Sevilla y en medio de nobles montañas y muy por encima del nivel del mar. Aquí te imagino, bella entre bellas casas. Las rosas florecen aquí como en el Cáucaso: sus pétalos caen sobre los senderos de piedra hasta que los cubren con una alfombra completa de belleza que sólo dura una hora —al contrario de la tuya—, y hay que renovarla

constantemente. No hace falta la música: la tranquilidad basta, y las notas del agua, cayendo de las altas montañas. La brisa acaricia los tamariscos. Te tenderé suavemente sobre esos pétalos de rosa, y muchachas indias, morenas y desnudas, traerán uvas y nectarinas para su desnuda rubia y soberana».

—¿Acaso los fuegos artificiales no producen un efecto mágico, mi desnuda y rubia soberana? —le dijo perversamente Martin.

Elsa se sintió indignada al ver que había descubierto la carta que ella creyó esconder muy bien, en medio de un aburrido libro: *Geschiedenis der Nederlandse Letterkunde*.

—¿Quizá te imaginas cuerpos indios morenos y deslumbrantes cuando estamos en la cama?

—Nada de eso tiene importancia —dijo, con calma—. Es pura fantasía, y, dado que él vive en América del Sur, tendrás que admitir que todo es bastante inocente.

—En ese caso, ¿por qué escondes las cartas?

—Si lo hago es por Erich. A veces puede ser muy extraño. Precisamente algo que le molestaría es que yo recibiese cartas de extranjeros totalmente desconocidos. En la situación en que tú y yo nos encontramos, no podemos permitirnos este lujo.

Fue una defensa muy inteligente.

—¿Te acostaste con este tipo cuando estuvo aquí?

—Creo que sabes bastante bien que no me meto en la cama con nadie más que contigo.

El final de este ridículo incidente ocurrió seis meses después, cuando Martin vivía de nuevo en casa de Elsa. Ésta había salido, pues tenía consulta con el dentista, y para ir a hablar con un amigo alemán de la fábrica de porcelana. Entonces estaba llena de entusiasmo por su trabajo. Regresó con las mejillas encendidas y en ese estado de gran calma que él sabía que en el fondo quería decir nerviosismo.

—Te has tomado mucho trabajo para impresionar al dentista.

Llevaba su mejor vestido: un traje que había costado cincuenta libra esterlinas, comprado, como todos los demás trapos, por Martin.

—Querrás decir para impresionar a Willy Munch. No está muy convencido de que las figuritas se vendan bien.

Se había peinado el cabello con muy poco cuidado, y casi se le

había deshecho el moño.

—Péinate bien.

Martin estaba a sus espaldas y se inclinó para besarla en el cuello. Ella se apartó con enfado. Ya no le daba ánimos.

—El pelo te huele a puro habano.

—Tonterías, es ese tabaco macedonio que fuma Willy Munch. Le acompañé al Museo Stedelijk y después tomamos café en Polen.

No había quien creyese estas historias, a menos que él mismo se tomase por tonto. Sin saber qué hacer, abandonó el tema. Su aspecto era el de una mujer que acababa de hacer el amor: tuvo que esperar tres años para que se confirmasen sus sospechas, cosa que sucedió cuando se lo contó Elsa a Sophia, como si fuese una broma muy divertida. Aquel día se había acostado con Marcos en la habitación del hotel que ocupaba en Amsterdam, ya que se encontraba en la ciudad por cosas de negocios. Martin la golpeó, pero después se sintió peor.

DURANTE ESTA ÉPOCA también hubo días muy buenos. Hasta algunos fueron felices, cuando él recordaba y hasta volvía a captar algo de la antigua camaradería detrás de las elaboradas fantasías sexuales. La noche en que fueron en coche hasta la playa de Zandvoort —cosa absolutamente prohibida—, en medio del invierno, y hasta hicieron el amor en la arena, a medio camino de Noordwijk: al regresar, un policía los detuvo, y Martin se explicó en francés y luego en alemán que en Francia no se le prestaba atención a los carteles que prohibían cosas. El día en que por capricho fueron a Apeldoorn y se amaron en el bosque de pinos, en una colina más bien empinada por la que una y otra vez se deslizaron debido a las hojas de las coníferas y no dejaron de reír un momento. En aquel mismo sitio, Martin le contó lo que sucedió aquel día que fueron a recoger manzanas años antes.

—¿Sabes una cosa? Si en aquel momento me hubieses abrazado, habría sido muy feliz.

Eran cosas muy mínimas que oponer al montón creciente de recuerdos amargos y corruptos. Ella tenía la costumbre de ir devorándole poco a poco, y sólo de cuando en cuando aparecían fibras de su carne, como si quedasen colgadas del esqueleto. Martin

volvió a dejar el apartamento y se mudó de nuevo a la casa de Elsa, ya que inesperadamente ocurrió algo bastante desconcertante: Erich van Kampen, aquel bueno y pacífico hombre, se hartó de la situación.

Quizá observaba toda aquella comedia con unos ojos mucho más agudos de lo que creían. Conocía a su esposa, y la ginebra no le habían anulado la facultad de pensar. Era lógico que creyese que de nada valdría fingir de cara al fracaso de su matrimonio, cuando el daño hecho a los niños fuese mucho mayor que el de una separación sin más disimulos. Su prolongada técnica de ser pasivo era buena; sin embargo, terminó harto de la misma. Quizá lo habría hecho mucho antes si la bebida no hubiese disminuido su determinación. ¿Acaso se sentía tan harto que ya no podía soportar más las cosas?

Sin decírselo a nadie, se buscó otro trabajo en La Haya, en un instituto de investigación de prehistoria con un nombre muy altisonante, y todo lo preparó con sumo cuidado. Cuando estuvo listo y sin decir ni siquiera una palabra antes de tiempo, habló calmadamente con Elsa y le dijo que se iba, que se llevaría a los niños, también todos los muebles y enseres que quisiera; el alquiler estaba pagado hasta fin de mes; ella podía hacer lo que le viniese en gana, pero él se largaría ese mismo día. Las personas encargadas de la mudanza llegarían a las diez y cuarto; no estaba preparado para discutir absolutamente nada, y, además, la estimaba sinceramente. Fuese lo que fuese lo que se opinara de este hombre, estaba claro que la forma en que había llevado esta situación era maestra.

Martin estaba en la cama cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. Elsa no le dijo muchas cosas, sencillamente que había abandonado a su marido y ahora le pertenecía para siempre. Se levantó, le sirvió una copa —ella temblaba y estaba blanca como el papel y cargada de dramatismo—, luego le dijo que se metiese en la cama y se calentase. Un poco después pensó preguntarle más cosas sobre la casa. Entonces pudo decirle más detalles, pues ya sabía que no la abandonaría.

—Pero allí no puedo quedarme a vivir sola.

—Me mudaré y te ayudaré a pagar el alquiler. No podemos permitirnos el lujo de perder ese apartamento, pues es mucho mejor que esta porquería.

Un día después los libros, ropas y máquina de escribir de Martin habían ocupado perfectamente bien el hueco dejado por Erich, quien al final apenas si se llevó más que sus herramientas personales y cosas semejantes.

Martin vendió el coche, ya que se estaba convirtiendo en un gran lujo. No ganaba dinero, y encima ahora tenía que hacerle frente a una casa al completo, pagando la comida, la luz y el carbón. No trabajaba en absoluto. Su libro sobre el puerto se quedó atascado en medio del lodazal cuando iba por la mitad, y desde entonces no había escrito ni una línea. Durante estos meses se sintió indiferente, como si estuviera en coma. Ni siquiera contestaba las cartas de su editor que le preguntaba en qué diablos consumía el tiempo. El mundo no le importaba. Leía muchísimo, tocaba una y otra vez los mismos discos, escribía fragmentos de diálogos para obras de teatro, para guiones de cine, para cuentos. Empezó, aunque de forma más bien indiferente, a recolectar materiales para redactar un ensayo sobre Ibsen. Con frecuencia decía: «Soy Peer Gynt»; también decía que tenía que aprender noruego: «Todas las traducciones son una mierda». Elsa estuvo pensando más de una semana antes de tomar una decisión.

—Voy a buscar trabajo. He perdido los mejores años de mi vida haciendo de ama de casa. Ahora quiero hacer algo verdadero.

Era típico de su temperamento el que creyese que ser ama de casa era algo irreal.

Cogió la costumbre de pasarse todo el día en la calle.

—Estoy harta de quedarme en este agujero apestoso, donde me he pasado diez años, sin salir nunca, observando cómo pasaba el panadero en su triciclo, chismorreando con el lechero, ¡bah!

Con un gran frenesí se puso a localizar a sus antiguos y queridos amigos, a los que no veía desde la época de McPherson y a veces desde mucho tiempo antes: figuras misteriosas de su período bohemio, que Martin no llegó a conocer.

NO TENÍA IDEA de cómo llegó a conocer a Herman Ketelboar. Sin embargo, cuando regresó a la casa estaba contenta, llena de una alegría y vida primaverales que Martin no había visto desde que pasaron sus primeros días juntos. No achacó tal sentimiento a un

amante, a pesar de los celos que lo corroían. Por primera vez se trataba de un nerviosismo intelectual.

—Creo que he descubierto una cosa que soy capaz de hacer —tenía su postura característica: todavía llevaba los zapatos de tacón alto y el abrigo puestos—. Le dije a Herman, como sin darle importancia, que quería hacer algo con mis manos. Tiene unas manos asombrosas; a propósito, es muy buen pianista. Se le ocurrió una idea muy interesante. Me dijo que debía dedicarme a la escultura; bueno, en realidad, al modelado.

Martin se sintió bastante molesto de que otras personas tuvieran que decirle a Elsa lo que debía hacer, y en especial algo que a él mismo no se le había ocurrido, y el que ella les escuchase atentamente, le pareció hasta peor.

—¿Qué tipo de cosas? ¿Personas, animales o abstracciones, o qué? ¿Qué quieres hacer: toros de porcelana, o prefieres inventar algo propio? No creo que sea una técnica muy fácil. Resulta sencillo decir que uno tiene talento para el modelado; en realidad creo que lo tienes, pero sin duda alguna necesitarás saber muchas otras cosas y tener práctica ante que puedas manejar los materiales con algo de libertad. Quizá podrías dedicarte a las cosas primitivas: bisontes de Lascaux, de las cuevas; figurillas *naive* de gorilas, como las del aduanero Rousseau.

—Ya pensé en todo eso y hablé con Herman. Conoce a una escultora y me dio una carta de presentación. Esta noche iré a verla: es *Madame* Pauline Ter Laan, vive en Haarlem. Herman la trató, ya que sufría artritis. En la actualidad tiene unos sesenta años y ya no trabaja; sin embargo, fue muy conocida antes de la guerra y solía hacer exposiciones en París. Herman piensa que si tengo talento, me enseñará el oficio.

Cuando volvió a pensar en todo esto, Martin se sintió muy complacido. Aquella idea le hizo sentirse orgulloso y contento, como si el hecho de que Elsa tuviese talento le confiriese a él mismo una oscura dignidad. El entusiasmo de la mujer aquella noche fue aún mayor.

—Cariño, qué bien se ha portado. Tiene una casa muy agradable, una de esas pasadas de moda del Friederikspark, llena de objetos ridículos y maravillosos y enormes muebles. Su marido fue médico en Indonesia: hay montones de cosas de Bali y Java por

doquier. Él tiene la afición de cultivar orquídeas; tiene unos setenta años. Tuvieron cinco hijos, uno es médico; sin embargo, la única que vi fue la más joven, que todavía vive con ellos. Supongo que tendrá unos veinticinco, es guapa, aunque no es tu tipo…

—Muy bien, no me hables tan deprisa.

—¿Es que no se me entiende lo que digo? Bien, la hija me dejó entrar y me hizo café. Después llegó *Madame*: tiene una figura esbelta y espléndida y me recordó a Sarah Bernhardt, y una voz preciosa. Estuvo de acuerdo con la opinión de Herman. También añadió que ya no trabajaba en serio; sin embargo, si yo quería, estaba dispuesta a enseñarme las técnicas elementales, pero nada de lecciones formales. De todas formas, me ayudaría. Tiene un estudio lleno de materiales, me lo enseñó: posee algunas cosas muy notables. Te gustaría conocer la casa y también a la señora; es una persona fascinante. No tiene nada de vieja, todo lo contrario.

Martin se sintió bastante aburrido, y aunque no sentía un gran entusiasmo por todo este jaleo artístico, por educación dijo:

—Y su marido, ¿todavía practica la medicina?

—Sí, supongo que sí, aunque me imagino que no de lleno. Está especializado en otorrinolaringología.

—Y tú, ¿qué piensas de esto? ¿Vas a ir a que te enseñe? ¿Vas a ver hasta dónde puedes llegar?

—Sí, podría ir todos los días, ¿no? Quiero intentarlo de verdad.

—Todavía no tengo una idea clara de lo que quieres hacer. ¿Vas en serio? ¿Quieres ver si puedes ser profesional?

—Sí, siempre que pueda.

Se quedó un rato pensativa y luego añadió:

—Necesito hacer algo importante, algo que me haga vivir.

MARTIN SE SINTIÓ MÁS CONTENTO cuando vio a Elsa metida de lleno en aquel trabajo, y aquella importancia y vigor le animaron a hacer algo. Decidió intentar acabar el libro sobre el puerto y llevárselo a su editor parisiense. Este caballero se llamaba *Monsieur* Jouhandeau. Superó las desventajas de apellido tan ridículo gracias a su sentido de los negocios y a su aspecto juvenil. Era un hombre elegante; vestía muy bien y tras aquella fachada petulante dejaba ver su inteligencia.

—¡Dios mío, pero si creí que te habías muerto!

—Estuve enfermo.

—No tienes buen aspecto, y se ve que no mientes. Estás tan pálido como el vientre de un pescado. ¿Me traes algo nuevo?

—Sí. Todo un libro. Lo he dejado en manos de tu secretaria.

—Vaya, por lo menos, una buena noticia. ¡Hay que ver la cara que has tenido al no contestar a mis cartas!

—Ya te lo he dicho. He estado enfermo.

—¡Enfermo! Ya conozco tus males. A veces yo también los padezco. No importa. Si el libro es bueno, te perdonaré. ¿Te has dado cuenta de que no has escrito nada durante dos años? Tu broma en inglés estuvo muy bien, y se vendió bastante bien aquí, cosa que es muy extraña; sin embargo, todos son más bien trivialidades. Es hora de que te hagas mayor, de que empieces a contar experiencias más importantes que las de los dormitorios y los tés de las casas británicas.

—Te traigo algo que te irá como anillo al dedo —Martin sonrió —. Es una obra seria que trata de una chica que trabaja en un burdel del puerto.

—¡Dios mío, como Dédé d'Anvers! No importa, a lo mejor hasta la hacen en cine. Esos temas de burdeles no gustan mucho en Estados Unidos, amigo, y allí es donde las ventas significan dinero. Nuestro agente en Nueva York quiere más obras tuyas, muchas, montones. ¿Y qué le diste? Esas boberías sobre turismo. No poseemos muchos autores que resulten bien a la hora de traducirlos, y tenemos que mantener el pabellón en alto. Ya sabes, un buen tema satírico —y añadió con una sonrisa malvada e indulgente—, con algo de cinismo. Los norteamericanos creen que los europeos somos muy cínicos. Deberías ver lo bien que se venden los libros de Simenon en Estados Unidos: es un autor muy astuto, muy astuto.

Hizo una pausa y continuó.

—Me gustaría que te fueses a Tahití o a cualquier otro sitio: esa condenada mujer que tienes en Holanda te está dejando seco, por lo menos así lo creo. Bien, no pongas cara de indignado. Venga. Comamos juntos. Parece como si necesitases una buena copa y una mejor comida. En realidad, tienes un aspecto terrible. Me gustaría que acabases con esa espantosa tipa. Estoy convencido de que terminará agotándote.

—No la conoces, ni tampoco te daré la oportunidad de que lo hagas.

—Ya sé, es todo cariño y muy maternal. No quiero conocerla, ya la detesto lo bastante sin haberla visto. Claire, mete ese manuscrito en mi maletín y estate atenta para que no se me olvide llevármelo esta noche. Si hubiera algo importante, estamos en La Méditerranée. Quizá veamos a Ludwig Bemelmans, ¿quién sabe?

Ya en la calle, dijo:

—¿Te gusta mi nuevo coche? Me he hecho un viejo y estoy lleno de canas esperando a que la Citroën sacase un nuevo modelo y, aunque se dice que está a punto de salir, he comprado este Lancia: a las chicas les encanta. Es precioso, ¿no crees? Un poco duro. Sin embargo, una aceleración como esta —en segunda y bum— es lo que se necesita aquí, algo que deje a los demás hijos de puta con la boca abierta.

Al llegar al restaurante, añadió:

—Ahora nos vamos a hartar de comer. Un gran pedazo de carne con mucho tuétano. Condenadas sean esas vacas blanquinegras de tu tierra. Lo que necesitas es un Charolais. Paul, dos Fernet-Brancas y una mesa, una buena, y no esa carcelaria que tienes debajo de la escalera. ¡Ah, que lo preparen todo con aceite, nada de mantequilla!: eso es lo más importante; no conoces a mi amigo, es holandés, así que nada de mantequilla. ¿Has tomado buena nota, Paul? A mí no me gusta ni el *alioli*, ni la *bouillabaisse*, ni las langostas; detesto todas esas porquerías de la Provenza. Sólo quiero salmonetes en pequeñas bolsas de papel.

—Sí —aceptó contento Martin.

—Bien —añadió Jouhandeau agradablemente, después de una comida copiosa y mucho vino—. ¿Por qué no te vas a Hyères o a Porquerolles y te pones un poco moreno y después de un mes el ajo te habrá quitado todos los gusanos del cuerpo y tendrás la cabeza llena de nuevas ideas? Entonces podrías venir a verme; si no tienes dinero, te puedo dar un anticipo y hablaríamos largo y tendido. Para entonces ya sabré si este tema del burdel es bueno o no. Me parece que has vivido demasiado tiempo en ese tipo de sitio. No tengo nada en su contra, a su debido momento, pero el vivir en ellos es posible que se convierta en una experiencia destructiva. No entiendo por qué diablos no vienes y vives aquí, pues este es tu

mundo; pero no importa. Porquerolles es el sitio que te vendría de perillas, y una buena italianita rellenita y de dieciséis años.

A PESAR DE TODO, VOLVIÓ sin dilación a la casa de Elsa. Le hubiera encantado irse a Porquerolles: era una idea no sólo buena, sino también completamente atrayente. Sin embargo, no sólo buena, sino también tenía un vago sentido del deber por ella, pues dependía para todo de sus ganancias, ya que no tenía ni un céntimo. Se sintió impulsado por dos cosas: la obligación que le unía a Elsa y la confusa idea de que cuando uno ama de verdad, todo al final se resuelve bien. Sabía que ella le comprendía, y pensaba que él también la entendía. Obligado por las circunstancias, así como por la lealtad, estaba seguro de que superarían el agotamiento producido por los problemas emocionales.

Habría habido algo cierto en todo esto si él hubiera comprendido bien el carácter de Elsa: su error consistió en atribuirle los mismos motivos generosos que él sentía: «¡Ah, encontrará otro amigo que la quiera, y si no!… Siempre queda el Reeperbahn». Sin embargo, él no pensaba de esta forma. Ya que era su amiga más antigua y su amante, se sentía profundamente obligado y atado a ella, viéndose movido por la lealtad.

El lazo físico que los unía ya no era tan fuerte. Él no estaba acostumbrado al hecho de que en el amor, la familiaridad da lugar al aburrimiento, en especial cuando no se está casado. Ahora que podía observarla, por ejemplo, mientras se lavaba —cuando se daba ociosamente la vuelta en el lecho y la tocaba siempre que quería— se convirtió en una especie de amante funcional, ya que eso parecía ser lo que se esperaba de él. Mientras iba en el tren, no se le ocurrió pensar en todas estas cosas tan evidentes.

A menudo, con mucha frecuencia en los últimos años, se preguntaría cómo pensaba en esta época. ¿Cómo era posible que con su pequeña experiencia de escritor y su conocimiento del mundo bastante considerable para sus veintisiete años, no hubiera sabido emplear todas estas cosas de manera útil en su propio entorno? Nunca pudo contestarse correctamente: más adelante pensaría que sencillamente no tenía el elemental sentido común.

Quizá ella era una bruja: en realidad, ¿había caminado todos estos años en un profundo sueño encantado, sin casi tener idea de cómo manejar y darle forma a sus propias emociones? ¿Se debería todo a que no tenía nada de madurez? Sin duda alguna, ninguno de estos pensamientos penetró su consciencia mientras, sentado en el tren, veía cruzar a toda velocidad el paisaje holandés. Simplemente se sentía feliz, como si fuera un perrillo.

Fue caminando desde la estación en vez de coger el tranvía. Al enfilar Leidsestraat respiró encantado: el olor de Amsterdam es embriagador. Estaba totalmente de buen humor cuando abrió la puerta de la casa de Matthew Marisstraat. En la sala de estar estaba sentada una chica que se levantó al verle, un poco sin saber qué hacer. Martin se sintió tan sorprendido como la muchacha.

—Lo siento —dijo, sin pensarlo.

Ella se quedó de pie, con el libro que estaba leyendo entre las manos.

—He venido con *Madame* de Charmoy. Ha salido, pero me dijo que no tardaría mucho. Soy Sophia Ter Laan —y extendió la mano.

Él se presentó:

—He oído hablar de usted, aunque me temo que muy poco.

—Espero que nada malo, ¿o sí?

—¿Y por qué tenía que ser malo?

Él sonrió:

—Sólo ha sido una frase de compromiso. Por favor, vuelva a sentarse. Me alegra mucho conocerle.

Mientras hablaban, Martin la observó. Tal como Elsa le había dicho, tendría unos veinticinco años. Sus movimientos eran serenos y delicados. Era alta, más que Elsa, y también esbelta; sin embargo, parecía fuerte y bien hecha. Los huesos de su cuerpo eran demasiado grandes para ser bailarina; no obstante, tenía la sutileza de una danzarina. Su cabello tenía un color extraño, no era castaño, sino de un oro muy profundo que tenía matices bronceados y puntas color de miel. Sus cejas eran largas y singularmente rectas. Sus ojos, algo rasgados y almendrados. Su rostro era de huesos finos y grandes mejillas, lleno de serenidad, con el color moreno y casi indio que uno ve junto al mar de las costas de Holanda: color de contrabandista, que es algo más que un mero tostado por el sol. En sus ojos no había ninguna nota gris, sino que eran de un

sorprendente y hondo azul, tan auténticos como un zafiro. Le sentaba bien el ir vestida con seriedad, y le quedaba a la perfección una sencilla falda negra y un suéter. Sus manos eran grandes y bien proporcionadas.

—¿Dice que Elsa hace tiempo que salió?

—Creo que ha ido a hacer la compra.

—Es que me gustaría que se quedase a cenar.

—Muchísimas gracias, pero sé que preferiría estar a solas con ella.

—¿Cómo lo sabe? —Martin frunció las cejas.

—Creo que no se trata de un secreto. ¿O sí? Le ruego que no me tome por grosera, pero quizá sea mejor que no la espere. En realidad, es hora ya de que me marche.

—No creo que sea grosera en absoluto; sin embargo, me enfadaré si se marcha. Por favor, acépteme un pitillo mientras intento buscar algo de beber.

La muchacha no se opuso, y volvió a sentarse, dueña de sí misma.

—Quiero saber más cosas de usted. Lo único que sé es que su madre ha sido muy amable con Elsa.

—A mi madre le encanta. Y a todos nosotros. Elsa es una amiga maravillosa.

—¿Se ocupa usted de llevarle la casa a su madre?

—No en realidad. La ayudo. ¿Tengo aspecto de ama de casa? —aquella pregunta la hizo con una total seriedad y sin ninguna hipocresía.

—No sé lo que usted debería ser —contestó Martin sorprendido de sus mismas palabras— pero tengo la seguridad de que todo lo haría muy bien.

Ella sonrió:

—También soy buena como ama de casa, pero no me gusta.

Habían dejado de decir puras fórmulas convencionales y empezaron a hablar de verdad, cuando de pronto se abrió la puerta de la calle, y apareció Elsa sonriéndole a Martin y con los brazos llenos de paquetes: aquella sonrisa complicada y calculadora. Su aspecto era juvenil y descansado, y estaba muy bonita: el aire humedecido por el rocío nocturno hacía que su pelo brillase y destacaba sus ondas, dándole a su cutis un aspecto nuevo y fresco.

—Hola, querido —su voz era profunda, aunque cariñosa—. ¿Por qué no nos avisaste? No importa, hay suficiente comida para la cena. Ya has conocido a Sophia, ¿no? Estuvimos en la Kalverstraat. ¿Por fin te aceptaron el libro?

—François se lo ha quedado. Lo sabré más o menos dentro de una semana.

—Supongo que no le habrás contado cosas terribles a Sophia, ¿o sí? ¿Te ha divertido o aburrido?

—¡Oh, es muy agradable! —su voz era mucho más profunda que la de Elsa—. Pero, sinceramente, debo marcharme a casa.

—Es una chica muy amable y educada —dijo Elsa, tras cerrar la puerta—. Sin embargo, es tan estúpida como una vaca.

Ésta fue la primera de muchísimas conversaciones que tuvo con Sophia. Para Martin era cualquier cosa menos estúpida. No se molestaba por parecer atractiva. Ni era cursi, ni caprichosa, ni le tomaba el pelo. Nunca coqueteaba. Hablaba con ella sin el temor de tener que repetir ni siquiera una palabra: atributo muy valioso, por cierto. Era licenciada en Historia por la Universidad de París, pero no sentía nostalgia ni de su época de estudiante ni de la Sorbona.

—Vivir en París y estudiar Historia: con ambas cosas uno aprende a ser filosófico.

No le gustaba confiar en sí misma, y se negaba a hacer lo mismo con los demás. Molestaba a la gente, ya que no tenía pelos en la lengua y un claro escepticismo sobre la honestidad de todo el mundo. La inmensa capacidad que tenía para quedarse callada, hacía que muchos la considerasen imbécil. No le interesaba casi nada el arte de su madre, y era bastante indiferente hacia todas las demás artes, cosa que escandalizaba a Martin, quien le daba largos sermones, acusándola de ser una vaga mental. Elsa no hizo nada para desanimarle a que siguiera viéndola, y hasta llegó a decirle a Sophia que se quedase a dormir en su casa cuando ella iba a Haarlem. Es posible que hiciera tal cosa para distraer a Martin, ya que sin duda alguna no consideraba que Sophia fuese digna rival suya.

MARTIN LLEGÓ A AFICIONARSE a la muchacha, y ésta poco a poco empezó a confiar en él. Era una chica solitaria y reservada que

no sabía qué quería de la vida. Para su madre era francamente pesada y no lo ocultaba:

—No sé si lo que quieres es encontrar marido, pero sin duda alguna no lo haces muy bien. No haces amistades, porque no te gusta mezclarte con gente de tu misma edad. Después vas y entablas amistad con alguien que no te va nada. Ésta es mi opinión. Te pasas todo el día en Amsterdam. Desde todos los conceptos, ese hombre es un neurótico, y además sabes que está muy enamorado de Elsa. A mí ella me cae muy bien, es muy inteligente y alegre, pero parece que su vida no ha sido muy fácil que digamos y no puedo creer que las ideas y opiniones de ese hombre tengan un gran valor.

—El problema con mi madre —le dijo Sophia a Martin al contarle todo esto— es que es inútilmente puritana. Su vida fue dura y tiende a creer que si lo pasas mal en la juventud ello te ayudará mucho después. Deberíamos morirnos de hambre en nombre de lo que nos guste, sea lo que sea. No confía de verdad en que tú tengas éxito. Deberías de pasarlo muy mal, llevando una vida muy sobria y levantándote a las cuatro de la mañana, todo por tu arte. Y yo debería ser útil como médico o misionera o cualquier cosa parecida. Odio las oficinas. Odio llevar una casa. Me pasé un año en Inglaterra como *au-pair*, para aprender el idioma y otro en Austria, haciendo lo mismo, por el alemán. Odié cada minuto que viví en estos países. ¿Por qué tengo que ser secretaria o azafata? Mi padre me quiere mucho, ya que para él todavía soy una niñita. Se limita a menear la cabeza y a hablar con sus flores. Lo he oído. A veces dice cosas como estas: «Es una niña y no sabe lo que quiere. Sin embargo, tampoco se divierte. Debería apuntarse al club de la opereta, ir a patinar, a nadar, conocer hombres jóvenes. Necesita divertirse, debería pasarlo bien y tener amigos. Se queda en casa oyendo la radio, fumando un pitillo tras otro y leyendo libros vulgares. ¿Qué le pasará?».

Martin se echó a reír: poco a poco hacía que aquella muchacha abandonase su torre de marfil. Elsa y *Madame* Ter Laan habían ido a una fiesta, a la cual no les habían invitado. Le alegró muchísimo averiguar que a Sophia le gustaban tan poco este tipo de reuniones como a él mismo. Decidieron divertirse por su cuenta. Cocinaron un pato salvaje con setas crudas y compraron una botella de Corton

Charlemagne. Sophia llevaba unos apretados pantalones grises y una blusa blanca. Estaba echada en el piso. Martin, quien había comido demasiado, fumaba un gran puro. Ambos se lo estaban pasando muy bien.

La muchacha puso unos discos de tango y fingió bailar una danza balinesa, grácil y ridícula a la vez. Más tarde tuvieron una larga y tonta discusión: tras cruzar el Pont des Arts parisiense, y camino del Luxemburgo, ¿cuál es la calle que uno toma, la Rue de Seine o la Rue Bonaparte?

—¿Te gustaría vivir en París?

—No. Cuando era estudiante me encantaba, pero no para vivir, a menos que tuviera montones de dinero, y una casa con jardín. En París no hay jardines. Y a ti, ¿te gustaría?

—Si tengo que ser sincero te diré que prefiero esto.

—Pero no eres de aquí, quiero decir, de esta casa. Como perrito faldero, la verdad es que no te veo.

Había hablado demasiado y se apartó de aquel tema. Cuando iba a llevarse el cenicero —odiaba verlos llenos de cenizas—, él la agarró por la mano e hizo que se sentase en su regazo, donde se quedó rígida como un palo.

—Pronto te vas a cansar de mí. Peso más de lo que parezco.

—No hables tanto —la besó. Respondió educadamente a la caricia, y hasta con generosidad, pero pronto se levantó.

—Lo siento, pero la verdad es que no estaba muy cómoda. Y a ti sólo se te ocurrirían cosas picantes sobre cómo desnudarme.

—No he pensado en tal cosa.

—Todo el mundo las piensa —dijo plácidamente—. Soy una mujer tremendamente fría. Así me lo decían veinte veces cada día que pasé en París y debido a ello nadie me consideraba muy bien que digamos. Hasta aquí lo sabe todo el mundo: debido a ello tengo pocos amigos. No le doy ánimos a nadie y lo sé.

—A mí no me los has quitado.

—¿No crees que es una grosería el besarme en casa de tu amante?

—Ésta es mi casa, yo pago el alquiler.

—No quise decir eso. No me expresé con claridad. Digamos que no me gusta mucho que me beses en la casa que tú mantienes para otra mujer. Ella es también mi amiga.

—Aparte de eso, ¿te importa que te bese?

—Me gusta —luego añadió con seriedad—: De todas formas, estimado amigo, no deberías pagar el alquiler. Espero que por lo menos recibas el equivalente de lo que pagas.

—De eso no siempre estoy muy seguro —dijo con bastante sorna.

FUE AL CABO DE UNO o dos meses, tras un frío y húmedo otoño que iniciaba un invierno igualmente húmedo y frío, cuando Martin, a quien le pilló la lluvia en la calle sin gabardina, calándose hasta los huesos, y tuvo después que esperar media hora a que llegase el autobús, cogió una gripe. Se quedó en casa, cubierto por varios sueters, bebiendo coñac y tomando aspirinas. Cuando cogió una hoja de papel y la pluma, su ortografía era torpe y pueril, enervante.

—Tengo gripe hasta en las orejas —le dijo a Elsa.

—Pobrecito mío: qué mala suerte. Espero que por lo menos yo no la pille. Ahora precisamente tengo que estar muy despejada. Sin embargo, en parte tienes la culpa, no respiras suficiente aire puro y cuando lo haces, te pasas y te arriesgas tontamente.

—Voy a meterme en la cama de la otra habitación. Es muy probable que no duerma muy bien y me mueva demasiado.

—Sí, no es mala idea. Siento que parezca que no te tengo lástima, pero intento que los de la fábrica me pinten y vidrien una figura. Desde luego, no les interesa, condenados holandeses. Diez mil espantosos molinos de porcelana cada año. *Madame* Ter Laan ha pensado en varias personas que viven en Alemania y que podrían ayudarme…

Se marchó tras buscar por todas partes un par de medias sin carreras.

Martin se quedó sentado junto a la estufa. Se sentía muy mal. Cuando sonó el timbre y oyó por el telefonillo la voz de Sophia, se sintió como un marinero arrojado a la mar que de pronto ve un leño al que agarrarse: se sentía tan mal que no le importaba hasta qué punto era capaz de mezclar distintas metáforas.

—Oye, oye, ¿qué te pasa?

—No me siento muy bien. Me duele todo el cuerpo. Tengo un

resfriado tremendo, eso creo.

—Tonterías. Voy a cuidarte. Sin duda alguna, tienes la gripe, amigo mío. Vaya aspecto…, ¿por qué no te has metido en la cama?

—De cama nada, a menos que tú también te metas, claro.

—Vaya forma de tranquilizarme. Malo lo estás, pero no mucho. Primero a la cama. Duermes con Elsa, ¿no?

—No. Voy a acostarme en el otro cuarto.

Sophia observó la habitación con la sonrisa sarcástica que Martin conocía: era una virgen frente al adulterio. Con manos profesionales y bastante brutales, le desnudó y le empujó hacia el lecho.

—Eres demasiado superior para usar pijama. Qué lástima que no tenga aquí uno de los míos. Ahora quédate tranquilo. ¿Hay un termómetro en la casa? Claro que no. Primero me ocuparé de que te sientas cómodo. Ya veo que tienes fiebre, aunque no importa mucho saber cuánta con exactitud.

Se sometió con el deleite pasivo que sienten todos los hombres cuando se hallan un poco enfermos y se imaginan que están a punto de morirse y desean que una mujer amorosa y preocupada esté junto a su lecho de muerte.

—Tengo que decir que no me gusta nada el ruido que haces al respirar. Tiéndete boca arriba. Voy a auscultarte.

—¿Sabes cómo hacerlo?

Observó aquella cara preocupada que colocaba un oído sobre su desnudo pecho y sintió cariño al mismo tiempo que deseo.

—Soy hija de un médico, solíamos hacer esto cuando éramos pequeños. Amigo mío, tienes pleuresía. Supongo que no es un caso muy serio, pero tendré que ir a casa y coger varias cosas. Regresaré a principios de la tarde. Ahora vas a beber té con limón muy caliente y esta noche te haré *soupe au vin*.

Se marchó llevándose las llaves de Martin, mientras este se quedaba más bien triste, y hasta que regresó con una bolsa llena de cosas, se fue sintiendo cada vez más deprimido.

—¡Ah! ¿Te sientes mal? Estupendo, me ocuparé de resucitar al cadáver. Descúbrete. Te voy a poner una buena inyección de penicilina. No eres alérgico, ¿o sí?

—No.

—¿Hace poco te has puesto alguna otra inyección que pueda

ofrecer resistencia a esta?

—No.

—Después un trago. No creas que fui estudiante en Francia para perder el tiempo. Ésta es una especialidad. Flores de azahar, *verveine*, anís y *tilleul*, y la vas a beber a litros. Ahora: ¡arriba! —mantenía en alto la jeringuilla y trataba de sacarle la burbuja de aire—, es intramuscular. Dios mío, pero si apenas hay carne donde clavarla en ese pompis tan pequeño que tienes… Me quedaré toda la noche, pero seré virtuosa. Dormiré con Elsa. ¡Ja, ja! Estará encantada de no tener que preocuparse de ti. Me está empezando a caer mal. Vaya, la fiebre es bastante alta, más de treinta y nueve, cosa que es normal con una congestión pulmonar. Ya está lista la tisana. Bébela todo lo caliente que puedas… Pobrecito mío, estás temblando. Trata de dormir todo lo que puedas. Voy a comprar varias cosas y después limpiaré un poco la casa. El salón de estar es una cochiquera.

SI HUBO UN MOMENTO CONCRETO en que empezó a amarla, es probable que fuera este. Encerrado en el cuarto de invitados, le prestó toda la atención a los pequeños ruidos de la casa: sus pisadas, el chocar de las tazas y platos, el zumbido de la aspiradora, los característicos del inodoro. Desde la cocina llegaban frases de canciones cuando empezó a quedarse dormido.

El amor se convirtió en una cuerda de flores francesas: azahar, *verveine*, anís, *tilleul*, Sophia. Era como una letanía. Cantaba una melodía de Schubert: *Alle Seelen ruhn in Frieden*, se dijo a sí mismo, casi ya dormido del todo.

Nunca pareció insinuarse en ningún sentido. Como enfermera era excelente, y sabía con exactitud cuándo quería comer y cómo hacer para que la cama le resultase más cómoda, además le obligaba a afeitarse, y las tardes se las pasaba callada a su lado, tejiendo.

—¿Quieres escuchar el tocadiscos? ¿Qué pongo?

Le encantó que escogiese sus sinfonías favoritas de Stravinsky, aunque le desilusionó el comprobar que apenas si conocía el apellido del compositor.

—Vi su foto en algún sitio: qué aspecto tan soberbio, y pensé

que me gustaría su música. Un razonamiento típico de mujer.

—¿Y te gustó?

—Bastante. En realidad nunca me gusta nada con pasión la primera vez que la escucho.

Sin embargo, era mordaz. Después de dos días de fiebre, Martin empezó a sentirse mejor y un tanto excitado sexualmente, aunque de manera frívola. Fue lo bastante tonto como para darle una palmadita en el trasero. Sophia no reaccionó y se limitó a apartarse, pero cuando le llegó el momento de ponerse la siguiente inyección, ésta le dolió bastante.

—Lo hice a propósito; cogí una aguja despuntada y te la clavé hasta el fondo. Si te tomas libertades con mi pompis, mejor será que vigiles el tuyo, camarada. Cuando estés mejor, cosa que no tardará mucho, podrás correrte una buena orgía con Elsa.

—¡Vengativa!

—Hemos hablado muchísimo las dos, pero no creas que de ti. No te creas tan importante.

—Ya sé: espantosas confesiones íntimas de mujeres.

—Nunca pienses que sea capaz de confiarme a otras mujeres. Qué cosa tan desagradable.

Apenas si veía a Elsa: dos o tres veces metió la nariz en la habitación sólo unos cuantos minutos para desearle que se mejorase. Con Sophia que se ocupaba de llevar la casa, se pasaba alegremente todo el día en la calle y cuando regresaba parecía apartada y meditabunda. Tampoco se sintió muy feliz cuando estando Martin bastante mejor volvió a dormir en la misma habitación con ella. Refunfuñó mucho cuando hicieron el amor, adoptando más bien el aire de hacerlo por motivos terapéuticos.

Respecto a Martin y Sophia, ella ideó una trama maestra. En esencia era esta: en este momento los adultos no tienen tiempo que perder con juegos, sin embargo les encanta ver cómo se divierten juntos los niños sin darle dolores de cabeza. Siempre hablaba mucho, según Sophia, con *Madame* Ter Laan en el estudio, de profundos temas filosóficos.

—Me pone mala el escuchar todas esas tonterías. En gran medida habla de todo lo paciente y sufrida que ha sido contigo. Dice que eres un inútil nervioso y desequilibrado, medio alcohólico, prácticamente es imposible vivir contigo a menos que te lleve de la

mano y gracias a que conoce muy bien tus gustos personalísimos. En resumen, no son sino sus buenos consejos y su influencia estabilizadora los que te mantienen alejado de tu destrucción completa. Madre, desde luego, asiente y es probable que le cuente lo difícil que fui yo de niña, claro, esto se lo cuenta cuando yo no estoy.

Se calló, pero luego siguió:

—También habla de su marido, que la abandonó por borracho y disoluto, y salió huyendo hacia La Haya. En realidad, es la cerillera del cuento de Andersen, que intenta emplear su talento para tener un buen éxito comercial y poder ganarse así su propio sustento. No ha hablado para nada ni de tu capacidad ni de tu aptitud para ganarte la vida, y todo esto me pone furiosa. Sé que no soy como solía, pero ella es muy descuidada y desagradecida. Es como si nunca hubiese tenido a nadie que la cobijase.

—Querida, eres refunfuñona.

MARTIN, EN REALIDAD, no creía mucho en lo que oía y concluyó, quizá sin darse cuenta, que Sophia estaba celosa.

Ella no estaba dispuesta a responder a estas triquiñuelas ni mucho menos a ningún esfuerzo de seducción, ya que si se sentía medio enamorada, que se condenase si creía que iba a ser un segundo plato, y que se iría a la cama cuando la señora estuviese de mal humor o tuviese la regla. Martin empezó a oscilar entre ambas y se dio cuenta de que era una sensación desagradable.

Mentalmente empezaba a darse cuenta poco a poco de que la vida con Elsa no sería algo permanente, ni deseable, ni siquiera muy probable. No había llegado a ninguna conclusión lógica; de sus sensaciones era aún el amo y no pudo decidirse. Presentía una nueva y fuerte atracción por una mujer más joven y guapa, quien además tenía un carácter más comprensivo y sincero. Frescura, inocencia y una falta de egoísmo en vez de la conocida y usada carne de una mujer de edad madura que nunca tuvo éxito en sus relaciones con los hombres. Éstos eran sus sentimientos cuando Elsa no estaba allí.

Cuando regresaba él recuperaba su lealtad y su sentido del agradecimiento. Ambas cosas aumentaban por la seducción

incomparable de ella. Entonces se preguntaba qué diablos veía en una muchacha inmadura y remilgada, que sin duda alguna era muy agradable, inteligente, amable y divertida, pero ¿cómo era posible compararlas? Resultaba ridículo decir que Elsa era madura: tenía menos de treinta y cinco años como mucho, y quizá ya no poseyese la sutil esbeltez de la juventud, aunque sí la total brillantez de una belleza singular y de una seducción incomparable. La amante perfecta, con la inteligencia y el ingenio que convierten a una buena cortesana en una amiga sin par. Marguerite de Valois, Léa de Longval: *Madame* de. No se trataba de una La Vallière, ni siquiera de una Montespan, ni en realidad de la *sincère et tendre Pompadour*. Pero sí decididamente lo que *Sir* Charles Mendl llamaría una criatura encantadora. La historia siempre se había visto realzada por este tipo de mujeres. Deleitado con esta obra maestra de autoengaño, Martin se lanzó a vivir el veranillo de San Miguel de su amor.

La ausencia de Sophia lo hizo todo más fácil. No había dejado de verla: simplemente la olla hirvió de pronto y apagó el fuego que la alimentaba. Varias veces le había dicho:

—La Rochefoucauld dice que toda mujer es una ciencia.

—¿Coleccionas epigramas? Yo conozco uno muy bueno de John Donne.

—Dímelo, pues.

—Klockius había jurado tan hondamente / nunca más ir a una casa de mal vivir / que no se atrevió a regresar al hogar.

—¡Oh!

—La literatura amorosa nos enseña algunas verdades mordaces, o por lo menos así debería ser —dijo Sophia, y estalló en lágrimas.

Entre ellos se desató la clásica tormenta. Desde el frío desdén y las observaciones amargas, hasta el encantador cataclismo de la unión emocional. Él la consoló entre sus brazos y le acarició la frente.

—¡Oh, cariño, cariño, cómo me gustaría hacerte creer que te quiero muchísimo!

—Por favor, no afirmes que me quieres: sé que te caigo bien, pero la palabra amor no es la llave que conduce a mi dormitorio ni una aspirina para tranquilizarme. Quizá el que tú mismo te digas que me quieres te tranquilice a ti, pero yo no lo creo. Estás en

medio de un dilema y no puedes liberarte. Yo soy muy desgraciada: no sé si te quiero o no, pero detesto verte atado como estás. A ella la conoces y la has amado durante ocho años, yo sólo te conozco desde hace ocho semanas, pero ella te está destruyendo. Es verdad lo que dice: tú eres un desastre. Cada día que pasa sostienes una guerra mayor contigo mismo y te sientes inseguro de poder sostenerte sobre tus pies. Las personas a las que el amor destroza son patéticas. Si tuvieras un trabajo y no te pasases el día entero en casa, quizá sería más fácil: ya sabes, el sobre del salario al final del mes. Tendrías otras lealtades, otras obligaciones. Preocupaciones y pequeñas ansiedades de *Kleine leute*. Siempre estás en esta espantosa casa devorándote a ti mismo y tu vida se ha convertido en una fantasía completa ilustrada por dichos de La Rochefoucauld. Estoy tan furiosa conmigo misma que no puedo hacer nada.

AQUELLA DISPUTA NO RESOLVIÓ NADA. Como la mayoría de las discusiones no tuvo una clara conclusión. Martin se dio cuenta de que ella se le había metido más adentro de lo que creía, pero se limpió la conciencia pensando que no volvería a verla. Se comportó de manera comprensiva y gentil con Elsa. Y hasta con cierta ostentación, aunque esta pareció no darse cuenta.

Elsa quería ir a Alemania para visitar la fábrica de porcelana, pues había recibido una carta amable y florida, aunque de negocios.

—Están interesados en cualquier obra original que se pueda reproducir bien, pero hay toda una larga lista de consideraciones cuidadosas que tener en cuenta. Me sugieren que visite la fábrica y que lleve algunas piezas, entonces considerarán si bla, bla…, cariño, ¿crees que podría ir?

—¿Qué piensa *Madame* Ter Laan?

—Dice que en verdad no lo sabe, aunque fue idea suya. Hice varias figurillas y me sugirió que podrían resultar muy bien, aunque hay problemas que ella no conoce: el pintado, el vidriado y otros por el estilo. Después está el asunto de si hacerlas en porcelana, o loza y, en fin, quiero ver lo que hacen esta gente aunque no me acepten nada, y enterarme por lo menos de los procesos económicos y de lo que costaría.

—Supongo que por tren no tardarías más de cuatro horas.

Además podrías traer unas buenas salchichas. Claro que debes ir.

—Aunque tú no soportas la idea de estar separado de mí un día.

—Eso es, ni siquiera un día. Sabes, a veces me pregunto cuánto te quiero.

Elsa le acarició el pelo: se hallaba sentada en el brazo de la butaca junto a él.

—Lo que me duele es que me quieras, aunque te cueste mucho trabajo confiar en mí, cuando yo sé, positivamente, que soy más digna de confianza que de amor. Para nosotros el amor es diferente: recuerdo que me puse muy furiosa por lo de Catherine y me dolió, aunque sabía que para ti aquello no significaba nada y que me seguías queriendo. No quiero que se interponga entre nosotros, ni siquiera cuando te metes en la cama con Sophia cada vez que tienes la oportunidad, siempre que sepa que es a mí a quien quieres. ¿Dónde vas esta mañana?

—A la biblioteca a hacer unas consultas: Keizersgracht, a buscar unas cosas sobre Ibsen. Llama a los ferrocarriles y trata de averiguar cuánto dura el viaje.

—Yo creo que no pasaré allí más de un día y una noche. Si llego a la hora de la comida, es probable que regrese en el tren de la mañana siguiente o supongo que como muy tarde en el de la noche. Querido, una cosa, no pienses que he tratado de cogerte *in fraganti*, ya sabes, regresar de pronto o algo por el estilo. Pero si estás aquí con Sophia te ruego que no la metas en nuestro lecho: sería algo espantoso que me heriría muchísimo. En mi nombre, por favor, no lo hagas.

Martin, camino del Keizersgracht, pensó: «Cómo es posible que esté tan segura de que yo me acuesto con Sophia, ¿acaso me está dando ánimos para que lo haga y así poder ella echar una cana al aire por su cuenta? ¿Qué habrá detrás de todo esto?».

ELSA FUE A ALEMANIA al día siguiente. Martin no vio a Sophia. ¿Acaso la otra le habría insinuado algo? Para él aquella situación era oscura. Él había juzgado equivocadamente a Elsa y esta había hecho lo mismo con Sophia, ¿quién se burlaba de quién? Él no podía ser muy objetivo.

No tomó en serio la disputa, estaba inmunizado a este tipo de

cosas. Con Elsa siempre seguían una pauta definida de invectivas y objetos arrojados: una maceta o una bolsa de agua caliente que estalló espléndidamente al chocar. Para el actual *Sinterklaas* de Sophia le envió un regalo precioso y caro: una combinación y conjunto de seda azul marino, adornado de pequeñas estrellas y lunas crecientes de plata. Aquello fue una falta de tacto y no debió de haberse sentido tan molesto cuando le devolvió el paquete con una amable nota: «Son unas prendas muy bonitas y te las agradezco, pero debes comprender que no puedo aceptar ningún regalo tuyo».

Se sentía desilusionado y furioso, sin embargo no dijo nada y se los dio a Elsa como si se los hubiera comprado para ella, cosa que le encantó. Esta hipocresía se hizo insoportable cuando ella le preguntó:

—¿No le vas a regalar nada a Sophia por el *Sinterklaas*?

Con voz beatífica le contestó:

—Querida, tú eres la mujer a la que hago regalos.

—¿Has discutido con ella?

—No, pero hace tiempo que no la veo. Es muy sensible, debo de haber sido grosero con ella sin darme cuenta.

A Elsa la habían recibido muy bien en Alemania.

—Fueron muy educados y pareció que estaban interesados. Me dijeron que ninguna de las cosas que llevé era realmente buena, aunque mostraban que tenía talento. Y añadieron que seguían interesados y que tomarían en consideración cualquier cosa que les enviase. Me dijeron muchas cosas por el estilo y que debería pensar en objetos que atrajesen a los turistas, como el Radschlager de Dusseldorf. Los alemanes son muy vulgares. He intentado pensar en algo, desde luego no en pequeños *mannetjes* de Hummel, sino en algo parecido a la sirenita de Copenhague. Piensa en algo que sea típicamente holandés.

—Badeloch y Gijsbrecht de Amstel.

—No seas bobo, algo que conozcan los turistas.

—¿Qué te parecen los retratos? Ya sabes, del doctor Plesman.

—No creo que esos sean muy buenos, pues tienden a convertirse en parodias, ya sabes, Churchill en una jarra de cerveza. Quiero evitar este tipo de cosas. Me dijeron que no valía la pena producir una cosa únicamente para un mercado de lujo, pues los costes son

tremendos. Me pregunto si…

—¿Qué?

—Si tendré que enfrentarme a la realidad de que nunca tendré bastante talento para hacer algo valioso. Acuérdate de Ginette, que terminó tocando el piano en una sala de fiestas.

Siguió yendo todos los días hasta Haarlem y desarrollaba los ejercicios que le mandaba Mme. Ter Laan. Sin duda alguna progresaba. Manejaba el material con más libertad y ánimo. En su casa modelaba cosas que le interesaban en momentos determinados: dioses hindúes con muchos brazos dedicados a actividades obscenas, ídolos de madera africanos, piezas góticas talladas en piedra, innumerables animales, todos los cuales le ayudaron a dominar el movimiento.

—Estoy harta de hacer gárgolas y de los orangutanes del zoológico.

—Eso te sirve para agudizar la vista.

—Supongo que sí. En realidad hasta siento vergüenza de las cosas que llevé a Alemania.

—Ves cómo tengo razón.

Martin se dio cuenta de que Elsa estaba cada vez más influida por Herman en muchos aspectos: si hablaba con él de arte era por cierta buena educación. Pero ella actuaba según la opinión de Herman, a quien visitaba con frecuencia. Y sin querer ocultar estas visitas, prefería hacerlas secretamente y a escondidas.

—La vieja de Herman ha muerto —le dijo un día de pronto mientras tomaban café.

—¿La vieja?

—La que se ocupaba de la casa.

—Vaya, lo siento por él, pero más lo siento por ella. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Detesto muchísimo que me mantengas. No está bien. Como ya sabes, estoy estudiando modelado con la idea de ganar un poco de dinero si puedo, así como por el autorrespeto de ser capaz de usar mis manos para un cometido determinado. Pero durante una breve temporada quiero hacer cosas sencillas, podría disponer de tiempo. No sería como trabajar en una oficina. No obstante, este trabajo sería sólo por las mañanas: medio recepcionista y medio chacha: ya sabes, mantener la casa limpia, cocinarle la cena, tomarle las citas y

llevarle las cuentas. Él no ha pensado en ello, he sido yo, pero supongo que le gustará si se lo pido, ya que sabe que no tengo ni un céntimo. Entonces, de todas formas, podría ayudarte: creo que no es justo que tú cargues con toda la responsabilidad de la casa.

Aunque no le gustó en absoluto la idea, terminó accediendo tras mucho rogárselo. Sería un egoísmo el negárselo, y a la hora de la verdad, aunque él no lo admitió, el dinero vendría bien. Cuando llegó a casa con los billetes que había ganado, orgullosa como una chica de diecisiete años, él se emocionó. Además, él gastaba más de lo que debía y hasta el límite de sus ingresos.

Jouhandeau no se sintió muy entusiasta con el libro sobre el puerto: sin rodeos, le dijo que era una porquería y se lo vendió a una revista que se especializaba en seriales groseros, negándose a publicarlo él mismo. Añadió que no le haría bien a la fama de Martin, pero le ingresó dinero en el banco cuando mucho lo necesitaba. Todo parecía terrible. Urgido por Sophia, hizo una serie de artículos sobre los muelles que envió al agente de Nueva York, en los que hablaba de Hamburgo, Copenhague, Rotterdam, Amberes, Burdeos, Marsella y Génova, los cuales, con sus crónicas anteriores, se reimprimieron en forma de libro y, aunque no mucho, le daban algo de dinero.

De mal humor, Jouhandeau, le dijo:

—Todo eso son niñerías.

No le preocupaba mucho el que trabajase tan poco, pues sabía que no estaba agotado, sino que sufrió un proceso de maduración que se acumulaba en su interior y estallaría cuando estuviese a punto.

Por esta época, Elsa nunca se mostraba ni ansiosa, ni siquiera curiosa por el trabajo de Martin. Sin embargo, es justo reconocer que él siempre se negó a hablar del tema y hasta se volvió muy susceptible cuando ella lo mencionaba. Con la misma franqueza de siempre, Sophia le dijo que si uno se veía cogido en un nudo psicológico, era lógico que hiciera todo lo posible para zafarse. Martin recibió esta observación de manera indignada.

PASARON LA FIESTA de Nochevieja en el bote de Herman. Fue una buena idea, pues la barca era grandísima. En su interior, el

salón tenía unos tres metros de longitud, mucho más de lo que uno se imaginaba desde el muelle. Se entraba por una escalerilla y tras bajar los escalones se llegaba a la cocina que siempre olía muy bien. Junto a esta estaba la sala donde esperaban los pacientes y Herman comía. Mientras, todos leían periódicos rarísimos, con lo cual era frecuente ver amas de casa con el *Connoisseur* y predicadores de la iglesia protestante con el *News of the World*. Un aviso muy bien dibujado decía: «Si tiene cita toque una vez el timbre y espere. En caso contrario, hágalo dos veces y espere. Horas de consulta: de diez a doce y de dos a cuatro. Sólo mediante cita convenida». En esta habitación había un bellísimo jarrón de cristal lleno de hermosísimas flores: Herman cada día compraba flores frescas y decía que su valor terapéutico era increíble.

Una puerta desde aquella habitación llevaba al salón principal, donde Herman vivía y trabajaba: dormía en un cubículo en la parte delantera del bote, y el baño estaba al otro extremo. El gran salón era largo, ovalado y estrecho, y el suelo estaba cubierto por esteras de paja china. El mobiliario era sobrio; en las paredes había bancos; encima, estantes de libros, y aparadores, debajo. Una gran mesa de trabajo, un sofá donde auscultaba a los enfermos, un escritorio y un piano vertical. No había butacas y sí una estufa de porcelana y una mesa de centro. Esto era todo. Las paredes estaban recubiertas de teca sin barnizar y los asientos de piel sin repujar.

—Tiene algunos objetos bastante buenos de jade y cristal, pero los hemos escondido; sería un absurdo arriesgar estas cosas buenas con la casa llena de gente.

Elsa bebía y se iba animando, Martin se encontraba en buena forma. Fueron los primeros en llegar ya que ella «tenía que acabar de preparar la comida», y él y Herman se quedaron solos media hora. Bebía pernod y hablaba de Félix Kersten, bailarines rusos; Balanchine, El Bosco y los coches Porsche. Aunque no sabía mucho sobre estas cosas, sabía cómo llevar una conversación y hacer que la gente hablase. Simpatizaron el uno con el otro y se entendieron.

El doctor era tan alto como él, aunque más ancho. Tendría unos diez años más de edad y era mucho mejor parecido. Sin duda alguna, conocía su profesión, era muy culto e inteligente. Aquella debería ser una buena fiesta. Elsa representó el papel de ama de casa, cosa que sabía hacer muy bien, y en las conversaciones se

desenvolvía tan bien como él, parecía que conocía a todo el mundo incluida una media docena de hombres que él nunca había visto antes.

¿Por qué Martin sabía que no era feliz? ¿Sería debido a que Elsa representaba el papel de dueña de la casa?

Sophia, con un sencillo traje verde oscuro, no intentó evitarle y le presentó a su madre, quien le impresionó mucho: era una señora agradable y divertida. ¿Por qué se sentía tan triste?

CUANDO SONARON LAS DOCE de la noche, todos salieron a la cubierta para escuchar las sirenas y ver los fuegos artificiales. Elsa, que bebía muchísimo, le abrazó con una pose bastante sentimental.

—Espero que este año sea mucho mejor para nosotros que el pasado.

No se sentía bebida en absoluto y muy poco optimista. Hubiera preferido besar a Sophia, que trataba de quitarse de encima a un empleado alcohólico de una editorial. Le sonrió cuando se le acercó.

—No estás muy contento.

—Ya sabes lo que dice Raymond Chandler: todas las fiestas son iguales, hasta el diálogo es el mismo.

—Has impresionado mucho a mi madre.

—Creo que ella también me ha impresionado mucho.

—Me alegra. Hiciste muy bien en ser tan educado, pues pensé que te comportarías fríamente y estarías molesto después del episodio del *Sinterklaas*.

—¿Te diviertes?

—Nada. Mira a Elsa, cómo goza en medio de los piropos. ¿Te has dado cuenta de que los que no estamos bebidos: tú, mamá, Herman y yo, nos hemos apartado del grupo, como si fuésemos niños negros que fuesen a una escuela de blancos?

—Larguémonos de aquí.

—¿No crees que sería una grosería?

—Ni siquiera se darán cuenta. ¿Cómo has venido?

—Mamá me trajo en el coche de papá.

—Entonces no, no nos podemos marchar, pero pongámonos los abrigos y sentémonos en cubierta.

Una hora más tarde, Mme. Ter Laan apareció con Herman y se

les unió.

—¡Benditos seáis, chicos! ¿Pero no tenéis frío?

—Estudiamos astronomía.

—Está bastante cubierta para hacer esto —dijo serio Herman.

Madame Ter Laan empezó a ponerse los guantes.

—Ha sido maravilloso verte, amigo mío, y gracias por una velada tan agradable. ¿Te llevamos, Martin?

—No, *madame*, muchísimas gracias, iré caminando, no está muy lejos.

—Tienes que venir a cenar una noche a Haarlem.

—Lo haré con sumo gusto. Buenas noches. Herman, encantado de conocerte.

—Que todo te vaya bien, camarada —le sonrió.

Se entendían y se dieron las manos.

Martin se tomó una taza de chocolate, sonriendo de vez en cuando y se metió tranquilamente en la cama. Se despertó a medias unas tres horas después, cuando llegó Elsa, hablando muchísimo y tardando una eternidad en quitarse las medias. No había quien negase que estaba bebida y era la primera vez que él recordaba tal cosa. Cuando él se despertó por la mañana, ella seguía aún durmiendo, después de haberla llamado dos veces.

Preparó café y tomó dos tazas mientras, sentado, pensaba y fumaba un cigarrillo tranquilamente, antes de regresar al dormitorio.

—Toma café, te lo he traído.

Ella se incorporó muy desarreglada y haciendo sonar mucho la taza contra el plato en aquel silencio.

—Oye, ¿por qué no me esperaste anoche?

—Me di cuenta de que estabas bien y pasándotelo en grande, y tampoco quería abusar de mi primera visita, así que me largué.

—O sea, que me dices que me quedé mucho tiempo. ¿Quién crees que se ocupó de limpiarlo todo cuando se acabó la fiesta? Bien que no me echaste una mano.

—No, no, no he querido decir que te quedaras demasiado tiempo, todo lo contrario.

—Ya te he dicho otras veces, que no estoy decidida a tener que aguantar ni tus vulgaridades, ni tus insultos, ni tu grosería gratuita. Anoche fuiste grosero y ahora insufriblemente vulgar.

—Nada de eso. Di las gracias por la magnífica fiesta como un niño bien educado.

—¿Y de mí, qué me dices? Supongo que no tiene consecuencias el que seas grosero conmigo.

Elsa saltó de la cama y se quitó el camisón, arrojándolo con furia.

—Ni pensé, ni pienso que tenía por qué preocuparme de que te quedases sola.

—¿Son esas las maneras que debo esperar del hombre con el que todo el mundo sabe que vivo? ¿El que te marchases con esa pájara, con sus sentimentalismos y me dejaras volver sola a casa?

—No le sienta bien el llamarla pájara a la anfitriona encantadora, alcohólica y bien dispuesta.

—Me humillaste adrede porque no te dediqué toda mi atención.

Su voz surgió apagada por la toalla:

—Cosas típicas de un niño —añadió.

—Tú misma te humillaste: el ama de casa. ¿Crees que no quedó claro a los ojos de todos?

—¡Ah!, estás celoso de nuevo. Esos celos insensatos y molestos que han terminado por ocupar el lugar de todo lo que sentías por mí.

ELSA NO PRESENTABA UN ASPECTO muy digno, ya que estaba totalmente desnuda frente al lavabo, con el pelo despeinado y la cara desencajada. Por primera vez para Martin resultó ridícula. Vio cómo se lavaba los senos con agua fría, y le resultó más fácil de lo que esperaba que sus palabras fuesen desdeñosas. En aquel momento ella rebuscaba un sostén entre un montón de prendas.

—Si todavía estuvieras celoso y tuvieras algo de dignidad, lo soportarías, pero a veces te comportas como si yo fuese una puta.

Martin perdió el control:

—Después de pensarlo larga y cuidadosamente, he llegado a la conclusión de que eres una puta.

El rostro de Elsa se distorsionó lleno de rabia, tomó aliento como si fuera a sollozar, aunque pensó que era mejor hablar, y después de mirar hacia todas partes como una loca, cogió las tijeras de coser y se le enfrentó.

—*Mais, ça ne va plus, toi!*

Martin detuvo el brazo que se acercaba a su rostro y la hizo girar, echando aquel cuerpo desnudo, con fuerza, sobre el lecho. Mientras ella recobraba la calma, él se puso el sombrero y el abrigo y salió de la casa.

Al principio, se sintió contento y extraordinariamente optimista, recuperando la calma en frente de un Vermeer del Rijksmuseum. Aquel era un buen sitio para serenarse. Sin embargo, había demasiada gente, fue hacia las galerías dedicadas a los muebles antiguos y procuró pensar. En el pequeño vestíbulo intentó fumar un cigarrillo, con los ojos fijos en los peces dorados, tomó una decisión: salió y subió a un autobús en dirección a Haarlem.

NO CONOCÍA LA CASA, y durante cierto tiempo fue de un sitio a otro del Frederiksplein Cuando la descubrió y tocó el timbre, una señora mayor le desconcertó al abrirle y decirle de sopetón:

—Si quiere una cita vaya por la puerta lateral.

—Perdone, pero quiero ver a *mademoiselle* Ter Laan.

—¿*Mademoiselle* Sophia? Creo que está en casa. Entre, y si no le importa esperar, iré a buscarla.

Un minuto más tarde apareció Sophia. Llevaba pantalones y un cardigan con las mangas zurcidas.

—¡Qué sorpresa tan agradable!, aunque es una lástima que mamá no esté aquí, ha ido a Amsterdam.

—He dejado a Elsa y no regresaré a esa casa.

—No tienes por qué hacerlo, todo irá bien. Te comprendo.

Se echó a llorar, cosa difícil y dolorosa para un hombre; en el sollozo le temblaba todo el cuerpo y le parecía estar partiéndose en pedazos.

Sophia le llevó suavemente hasta el sofá y le consoló. Cuando se tranquilizó, le dijo:

—Vamos, pasaremos un buen día juntos. Mi padre tiene que comer en la ciudad con unos suecos, así que estamos solos. Estaba cocinando cuando llegaste. Pensaba hacer una tarta, ahora prepararé café.

—Te ayudaré con la tarta, sé hacer buenas tartas.

—De acuerdo —dijo inmutable Sophia—. Después echaremos

una partida de ajedrez sin preocuparnos mucho, y luego daremos un paseo y charlaremos tranquilamente. ¿Te gusta el programa?

—Sí.

—Por la noche iremos al cine: echan una muy buena en el Franz Hals. Y puedes quedarte toda la noche, y mañana, si quieres, iré a recoger tus cosas.

En la cocina le contó lo que había pasado.

—Habla en francés. La vieja Annie entra y sale con los oídos bien abiertos y no tengo por qué darle más pruebas de que mis amigos no son muy respetables.

—Fue el comportamiento de Elsa anoche, lo que al final me hizo ver las cosas claras. Allí me quedé tres horas sentado observándola cómo se relamía los labios, planchando las camisas de Herman, haciéndole la cama, preparándole café: «Señor, ¿puedo hacerle otra cosa?». Todo el mundo puede ocuparse de llevar la casa de otra persona, pero uno no tiene por qué regresar a esa casa y divertir a los invitados de una fiesta, a menos que quiera dejar bien claro que es la dueña de esta.

—Desde luego que me di cuenta. Hace semanas que lo sé, igual que mi madre, y hasta quise decírtelo, pues estaba llena de rabia, pero mamá no me dejó y me dijo que uno no debe nunca meterse entre un hombre y su amante bajo ninguna circunstancia, cosa que es cierta, pues cuando lo hice anteriormente, a ti no te gustó nada y hasta te pusiste de mal humor conmigo.

—Sí, y encima llegó borracha a casa. Nunca la había visto antes en tal estado, y empezó a gritarme porque no la había esperado, como si yo fuera su lacayo. ¿Habrá llegado a pensar que soy el felpudo de la puerta?

—Sí, aquí lo ha dicho más de una docena de veces. ¿Crees tú que ella abandonó a su esposo por ti y que Erich se marchó por orgullo?

—Eso es lo que ella me ha dicho siempre.

—Erich le dio el pasaporte, con lo cual ella fue y se pegó a ti. Y te ha chupado la sangre hasta que casi ya no te queda ni una gota. Ante mí se ha vanagloriado de que tú nunca la abandonarías, pues no sabrías vivir sin ella. Me sentí desesperada después que te dije, y tú no quisiste escucharme, que había afirmado que tú estabas cada vez más alcoholizado y que, además, eras un psicópata en estado

muy avanzado.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Llegué a pensar que te tenía tan atado, tan castrado, que nunca te marcharías hasta que ella acabase contigo y luego te echase en la cuneta, pues pensaba que tú terminarías por darte cuenta, pero que hasta que esto sucediese, yo no podía hacer nada. Sin embargo, el observar todo eso ha sido terrible para mí. No has hecho nada que valga la pena desde que te liaste con ella. Jouhandeau sabía todo esto, pero tampoco quisiste prestarle atención. Esto será un golpe terrible para el orgullo de Elsa, ya que yo también estoy metida en el lío. Yo, la niña tonta, a quien le metía todo el rollo de su inteligencia y de sus conquistas.

Tras hacer una pausa, continuó:

—En lo referente a Herman, te diré que mamá habló muchísimo anoche con él, y en su opinión, cree que no le importa Elsa en absoluto. No se trata de la misma devoción centrada en ella que tú le diste, sino siempre, según mi madre, de algo que ayudará a que Herman se sienta más cómodo y divertido. ¿A quién le importa? Ya has roto el encantamiento.

—Te toca mover a ti, yo ya he movido el castillo.

—¡Oh, sí! ¿Dónde me quedé? Creo que la esencia del carácter de Elsa es un impulso de penetrar y absorber y no tanto de dominar. De entrada, la emociona ver una habitación llena de hombres arrastrándose tras ella. Entre el montón escoge a uno, y tras lavarle el cerebro le convierte en un desastre al que permite el privilegio de respirar el mismo aire. Fíjate en este pobre y desgraciado McPherson que regresó al cabo de dos años como un perrito. Si tú no hubieras vivido en la misma casa, ella le habría hecho regresar para divertirse con él un poquitín más. Fíjate en Marcos, a quien ella prometió pétalos de rosa y todo. Le obligó a regresar, se limitó a desnudarlo una vez en la habitación de un hotel, y luego le dio el pasaporte, y nada menos que vino de América del Sur. Fíjate en Erich, a quien nunca conocí, y verás que el comportamiento es el mismo. Una vez Elsa me contó, llena de orgullo, que él solía arrodillarse rogándole que durmieran juntos y que si ella quería él hacía la vista gorda ante todo lo que pasaba. Eso es lo peor, ella degrada a los hombres, los desprecia, habla de ellos con desdén. Eso es imperdonable. Les permite que entren en contacto con su real y

antiquísimo coño porque sexualmente es insaciable, pero ella no se molesta en absoluto por ellos, salvo que los esteriliza y paraliza. Sí, he aprendido a odiarla la. En comparación con ella, una mantis religiosa es la Monna Lisa. No sé si te habrás fijado dónde he movido el alfil, pero estás acorralado.

Sophia ganó la partida.

—Hace tiempo que no juego, la próxima vez te ganaré yo.

—Te dejaré que ganes —dijo Sophia amablemente.

SALIERON A DAR UN PASEO por Haarlem, junto al Leidse Vaart y regresaron por el bosque.

—Camina por la parte exterior, como si yo fuera tuya. Estupendo, ahora soy tu novia.

—¿Quieres devolverme algo de respeto, por mí mismo?

Cortante, dijo:

—No haría tal cosa, eso es labor tuya. Tienes mucho que aprender. La primera es que cuando digo algo suele ser verdad. No cuento mentiras.

—Soy plato de segunda mesa, ¿eso no te preocupa?

—He notado dos cosas: que nunca te has comportado conmigo como con ella y que nunca has hecho las cosas que ella me dijo que harías. Ella tenía un concepto de ti totalmente equivocado, tan equivocado como la manera en que creía que eras tú.

Hubo una pausa de silencio mientras Martin pensaba en esta frase.

—¿Dónde quieres ir? —le preguntó de sopetón Sophia.

—Sí, lo he estado pensando, quizá a Porquerolles. Estamos en la mitad del invierno, pero esto no me preocupa, por lo menos no habrá ningún maldito turista. Quizá sean dos meses de mistral constante, así es mi suerte, pero podría trabajar.

—Eso es lo que tú quieres, trabajar y trabajar hasta agotarte. ¿Cuánto te lleva escribir un libro?

—Una vez hice uno en seis semanas. En San Juan de Luz. ¡Dios mío, cómo me picaron las chinches!

—Digamos dos, tres meses. ¿Puedes vivir todo este tiempo? Quiero decir, ¿tienes dinero?

—Sí, ¿y qué me dices de ti, me acompañarás?

Estaban en medio del bosque, y salvo un triste anciano no había nadie por allí.

—No, cariño, no iré, pero dame un beso. Te quiero y me siento orgullosa de ti.

Cuando regresaron y Martin comenzaba a sentir las manos tras el húmedo frío, notó cómo en su sangre volvía a correr el valor. Sophia cortaba la tarta y el té ya estaba en la mesa, cuando sonó el timbre.

—Alguien ha olfateado la tarta.

Fue a mirar por la mirilla y regresó engurruñando la cara:

—Es *Madame* en persona. Viene en son de guerra. Déjamela de mi cuenta.

—Nada de eso —dijo Martin—. Me toca tirar a mí.

Se sentía cansado, vacío, de mal humor y totalmente preparado para hacer frente a la nueva situación. Su nueva libertad estaba a punto de mostrarse de manera inesperada.

Por primera vez en ocho años vio entrar a Elsa en una habitación sin sentir aquel impulso inevitable y conocido en su corazón. La observó con mucho cuidado y se sintió bastante indiferente. Iba muy bien vestida y quedaba claro que se había esforzado en tener su mejor aspecto. Su comportamiento era impecable, con una sonrisa encantadora que hizo que aquella habitación oscura pareciese un faro. Sophia corrió las cortinas y encendió las luces con un rostro inexpresivo que negaba todo sentimiento.

—Hola —dijo Elsa con su voz patética, profunda y algo temblorosa—. Creí que a lo mejor estabas aquí.

Tenía las manos en los bolsillos y sus arqueadas y altas cejas le daban un aspecto indefenso que en otras circunstancias hubiese sido muy efectivo. Su sonrisa era triste.

—He venido para decir que lo siento, que esta mañana me comporté muy mal.

—¿Quieres té? —le preguntó Sophia—. Sólo tengo que ir a buscar otra taza.

—Bien, si no es molestia…

Cuando salió la muchacha, su sonrisa se hizo un poco más decidida, como un dulce y tímido conejo que no está completamente seguro de si gusta a los niños.

—No me sentía muy despejada, pero sí sé que estuve muy desagradable.

No podía soportar que sucediese eso entre nosotros. Dios sabe que hemos tenido muchas discusiones, pero siempre las hemos resuelto sin dilación.

—¿En la cama?

Ella se sonrojó bastante.

—En ese o en otro sitio.

—Yo también lo siento, pues hablé groseramente. Me gusta verte y poder decírtelo.

Sonó la taza contra el plato y ella dijo aclarándose la garganta:

—Gracias. Veo lo que te molestó y estoy de acuerdo en que no obré bien, fue un egoísmo por mi parte y una falta de amabilidad. Todas las cosas que hemos compartido y compartimos desde la guerra, me han hecho ver que tenía que aclarar esto sin perder el tiempo. Para mí lo es todo, sin ti me siento muy incompleta. En cierto aspecto creo que también es bueno que diga esto frente a Sophia, pues sé que tú le importas y que a ti te cae muy bien. Sé que te herí mucho, pero debes comprender que me siento muy obligada con Herman, ya que me ayuda muchísimo en mi trabajo, que como sabes es muy importante para mí. Y en esta ansiedad perdí de vista los otros aspectos de la cuestión. Los tres somos muy amigos y quiero que así siga. Cariño, nosotros nos pertenecemos totalmente, hemos vencido muchos tormentos juntos. Mentalmente estamos muy cerca y eso es en realidad mucho más importante que la cercanía física, que siempre ha significado mucho para ambos.

Se bebió el té en silencio.

—¿Te vas a quedar a cenar con Sophia o vas a ir a casa? A propósito, como es lógico, no he tenido tiempo de decirle nada a Herman sobre nosotros, pero cuando he ido esta mañana a hacer la limpieza, me mencionó que le habías caído muy bien y sugirió que fuésemos esta noche a tomarnos una copa a su casa. Aunque no sabía lo que pensabas hacer, de momento, acepté.

SU VOZ VOLVÍA A SER NORMAL. Había rebasado los escollos eligiendo las palabras con sumo cuidado. Sin alterarse, Martin, dijo:

—No me esperes, no iré.

—Muy bien —añadió alegre Elsa—. Iremos cuando te vaya bien.

—No me volverás a ver.

Escuchó estas palabras con rostro desconcertado.

—Me gustaría decirte lo que te voy a decir de una forma menos súbita, pero quiero a Sophia.

—¡Cariño, desde luego, eso lo sé!

—No, no de la forma que te imaginas. Nunca nos hemos acostado ni tampoco está embarazada. Nos entendemos el uno al otro, la quiero, así de sencillo y eso quiere decir que mi vida va a cambiar, y entre otras cosas, que no te volveré a ver.

Elsa se puso en pie y se quedó en una postura característica, con los hombros bastante hundidos y las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos, lo que hacía que su abrigo se deformase. No se esforzó por que su voz sonase natural.

—Estoy segurísima de que no has llegado a esta conclusión por ti solo, pobrecito mío, siempre has sido muy vulnerable. Con mucha frecuencia he deseado que los pequeños problemas de la vida nunca te afectasen mucho. Al verme hablar educadamente con algunos extraños y bastante desinteresada, pues no me atraían en absoluto, me llamaste puta, y esto es una exageración, aunque sé que siempre te expresas de una forma exagerada y muy colorista. Ahora estás en una situación difícil porque hemos discutido y te sientes en parte atraído emocionalmente por Sophia, a mí me cae muy bien, y dices que la quieres. Estoy seguro de que ella estará de acuerdo en que todo esto es pura imaginación y fantasía, ya que tiene demasiado sentido común para tomar en serio lo que dices literalmente. Cariño, te conozco muy bien, no creas que he perdido el tiempo durante todos estos años cuando he pensado con mucho detenimiento en todos tus problemas.

Ella miró a Sophia que no hizo ni dijo nada. Martin fumaba un gauloise azul. Fumaba demasiado.

—Lo siento.

La voz de Martin era tranquila.

—La quiero y ella me quiere y pensamos casarnos lo antes que podamos. Y si tengo neurosis o soy inmaduro, cosas muy probables, vamos a hacerles frente juntos.

Por primera vez empezó a mostrar irritación en el tono de su voz y en las arruguillas que se formaban en torno a su boca. ¿Por qué

los hombres, sin venir a cuento, se negaban a escuchar a la dulce y razonable voz que durante tanto tiempo los ha enviado a dormir?

—Esto es ridículo: sois dos niños perdidos en el bosque que os engañáis con fantasías de adolescentes.

—*Pardon: il y a un erreur*.

El idioma francés hizo que su voz sonase divertida.

—Podrías muy bien decir que he dejado de engañarme a mí mismo —añadió.

—¡Oh, no voy a ponerme a jugar con las palabras, aunque sé que a ti eso te encanta! Es demasiado pueril y tonto. ¡Ah, si pudieses escucharte! Eres un estudiante de diecisiete años en medio de una sociedad que discute y discute. Has madurado muy poco.

Elsa se volvió a Sophia, despreciándolo a él por irresponsable.

—Sophia, no puedo evitar pensar que le has dado ánimos a Martin en todas estas tonterías, y tengo que decir que creo que es una deslealtad por tu parte y no lo que esperaba de ti. ¿No te has dado cuenta de que no ha habido ni un solo problema humano, por muy pequeño que sea, que yo no le haya resuelto en los últimos cinco años?

Con voz grave, Sophia contestó:

—Es muy posible, y si así ha sucedido ha sido por tu culpa. Desde ahora en adelante va a ocuparse en resolver sus propios problemas. Ya ves, ha empezado.

—¡De verdad! Cómo me gustaría que tu madre estuviese aquí para escucharte, pues, según ella, tu obstinación es deplorable ante las cosas que no entiendes.

Con calma, la chica respondió:

—Si no tienes nada más que decir, lo mejor será que te marches.

El rostro de Elsa se irritó y ruborizó.

—¿Crees tú que voy a tomar en serio lo que una mocosa me dice, quien, por cierto, no ha hecho otra cosa en su corta vida más que leer revistas?

Elsa no pudo evitar, al final de esta larga frase, que su voz sonase chillona.

—Por favor, no empeores las cosas siendo grosera en mi propia casa.

—¡Tu casa!

—Sí, mi casa, de la que te vas a ir ahora mismo, por favor.

¡Adiós!

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Ésas son tus maneras? ¿Y tú hablas de grosería?

Sophia se puso en pie y su voz sonó singularmente profunda:

—¡Sí, me atrevo a hablar así, y mucho peor, a las putas! ¡Fuera!

Elsa se quedó un momento clavada en el sitio, luego giró de golpe y se marchó. El rabioso taconeo de sus zapatos sonaba como tiros de pistola en aquel vestíbulo de alto techo. La puerta de la calle se cerró como si fueran dientes que rechinasen. Silencio.

—¡Oh!

Martin hacía girar sus pulgares según el gesto clásico francés. Sophia observó las arruguillas de ironía que se formaban en su rostro y pensó que no parecía tan niño.

—¡Vaya, se puso nerviosa!

La muchacha estaba con los brazos cruzados sobre su pecho y refunfuñando, añadió:

—Si tengo que ser justa, diré que también yo me puse nerviosa, pero estaba harta y me repugnaba. Todo ese esfuerzo deliberado por mantenerte inmaduro y tratarte a un nivel meramente emocional. Sin embargo, no tenía por qué suponer que volverías a rendirte ante su dulce mirada, su voz a punto de llorar y el hermoso jardín de pensamientos como flores. Te ha perdido para siempre. Y nosotros pensamos casarnos tan pronto como podamos, ¿no es así? Amigo mío, yo no estoy tan convencida. De todas formas…

Volvió a enfurruñar el rostro y luego estalló en carcajadas.

—«¡Dos niños perdidos en el bosque!». Eso sí que no se lo iba a perdonar a esa furcia.

El rostro irónico de Martin se volvió hacia ella.

—¡No te irás a casar conmigo para darle en la cabeza!, ¿no? ¿Qué tal estuve?

—No estuviste mal. Un poco altisonante. Anda que cuando dijo lo de la sociedad que discutía y discutía, se lució. Pero no estuviste grosero, yo, sí. Estabas nervioso y esto te tenía un poco rígido. Tuviste que esforzarte, ¿no? No importa, alégrate, ha sido tu *adieu* a Matthew Marisstraat.

Casi al cabo de tres meses, Sophia, saltó del bote que la llevó desde Hyères hasta la isla de Porquerolles. El mistral soplaba incesante. El sol brillaba sobre un mar embravecido, y aunque el

bote se movía muchísimo, ella parecía imperturbable. Al ver a Martin le besó cálidamente.

—El olor que tienes a ajo es muy molesto, y, de verdad, creo que hubieras debido afeitarte.

3
PRISIÓN PREVENTIVA

MARTIN DURMIÓ MUY BIEN y al despertarse se acordaba de los ridículos sueños que había tenido, aunque no de los detalles. La noche anterior y la irrealidad de todo permeó su descanso: el apartamento de Josef Israelskade, el mobiliario amontonado como si esperase a un camión de mudanzas, el rostro de Van der Valk, arrugado y sepulcral en los vagos y antiguos reflejos de la coqueta de Elsa, la voz irónica, charlatana del policía que hablaba con una espantosa familiaridad con un cadáver. Una de sus manos, que sostenía los montones de fotos, el secreto de Elsa detrás del espejo. También había otro sobre de fotos, de él, en el escritorio, ahora totalmente desguazado. ¿Serían también de él? El policía se había dirigido a Elsa y dicho: «Nuestro amigo». ¿Quién era nuestro amigo? ¿Era él mismo? Entre el sueño y la vida, Martin no tenía idea.

Se afeitó y vistió como solía hacerlo, y desayunó: dos tostadas con queso y una con mermelada de jengibre, mientras esperaba, bastante estúpidamente, una revelación. No apareció ningún ángel, sin embargo, a las nueve en punto se presentó Van der Valk y le mandó llamar su oficina. Aquella era una de las mañanas de carácter oficial y sobre la mesa de trabajo había una carpeta llena de hojas mecanografiadas.

El policía le dijo:

—Escuche con atención y deténgame cada vez que algo le cause duda o no esté de acuerdo con ello.

Con voz monótona y aburrida leyó la declaración verbal. Todas aquellas palabras parecían no tener sentido. Un inspector jefe de la

Policía, con aburrido rostro inteligente y un traje caro, estaba apoyado contra el marco de la ventana mirando hacia afuera. Resentido, Martin pensó que era un hombre al que era fácil sobornar, y aún se sintió más resentido cuando entre ambos hombres hubo una conversación en voz baja en el otro extremo de la habitación, mientras le miraban fijamente.

Van der Valk parecía en plena forma y descansado, aunque se limitó a decir sólo monosílabos. Finalmente, le dijo a Martin que le esperaba en el cuarto del vigilante. Y tras recoger los papeles se marchó al despacho del inspector jefe. Durante casi una hora, Martin tuvo que esperar crispado, aunque se sintió aliviado cuando volvió a ver a Van der Valk, que regresaba sonriente y alegre.

—¡Vamos a ver al hechicero! Apriétese bien el cinturón.

Martin le siguió hasta la oficina de investigación.

—Bien, dos cosas, ahora puedo decirle algo: hay otro amante que no es usted. Existe y es probable que viva en esta ciudad y esperamos conocerlo bien pronto, quizá dentro de un par de días. Pero hay que hacerlo con mucha cautela. Acaso se dé cuenta, y será mejor no afirmarlo, de que intuyamos algo tras el registro de Josef Israelskade e intente largarse. No sé su nombre ni qué aspecto tiene, ni nada sobre él con excepción de su *hobby*, que podría también ser su modo de ganarse la vida.

—Dígame cuál es, me está matando.

—La fotografía —dijo Van der Valk con una sonrisa feroz. Como un león que viese escaparse a un cristiano en un circo romano.

—Bien, le he dicho al jefe lo que sé y creo que él está de acuerdo conmigo. Así, así. Ahora escúcheme con atención, pues, aunque parezca que vamos a abusar de usted, espero que usted crea que no todo es tan absurdo como parece. Si este tipo se entera de que estamos tras él, se largará y nos quedaremos en medio de la mierda, y posiblemente no lo cojamos. Habría que llamar a todas las fronteras, armaríamos un taco a los de emigración y él se marcharía sin ningún problema, pues nadie sabe verdaderamente qué aspecto tiene. Así que para cubrirlo todo, voy a acusarle a usted oficialmente de haberla matado. Bien, no se ponga nervioso. Yo sé que este hombre existe. Ahora bien, identificarle y cogerle es otra cosa. Hasta entonces, usted será el asesino. Le diremos a la Prensa que le acusamos, ya que todas las pruebas le señalan, y que el

magistrado de la investigación le someterá a interrogatorio, lo cual tendrá la ventaja de ser cierto, quien sin duda alguna dará a conocer aquellos detalles del horrible crimen que crea deban saberse a su debido tiempo. Todo esto hecho como si fuera verdad. El objetivo es hacer que nuestro hombre siga durmiendo tranquilamente en su cama hasta que yo le eche el guante. Si le digo todo esto es para tranquilizarle. No le vamos a dejar a usted todo el tiempo en medio de la fría noche. Además, dentro de poco verá a su esposa en el Palacio de Justicia y podrá explicarle la situación. Después, quedará incomunicado y no verá a nadie. Sin duda alguna le encerrarán en Huis van Bewaring y posiblemente en una celda solo. Nadie podrá visitarle y censuraremos su correo. No se preocupe, no tardará mucho, bastará con que no hable y tenga paciencia.

Tomó un profundo aliento y siguió:

—Punto número dos. El magistrado del caso no conoce la prueba que yo tengo. Quizá usted se sienta tentado a hablarle de ello. No lo haga, pues entonces usted sería tomado por el verdadero asesino de Elsa. Quiero que esto quede claro. Él insiste en acusarle a usted, cosa que está en contradicción directa con mi informe que dice lo contrario, tan pronto como uno se fija más allá de las apariencias superficiales, ya que usted no ha hecho absolutamente nada. En realidad, el magistrado tiene una teoría de que la Policía somos un montón de vagos, bebedores de té que casi siempre detenerlos al tipo equivocado. De mí, en particular, piensa que me paso de listo y que soy capaz de complicar un asunto sencillo con ideas fantasiosas. Habla de la «percepción psicológica de la Policía», con un tono especial de voz.

Se aclaró la garganta y siguió:

—Bien, nosotros somos un poco exigentes con nuestra buena reputación. De acuerdo, él insiste en cogerle a usted. Pues bien, le tendrá, le entregaremos a él. Nuestra intención es echarle el guante a ese aficionado a la fotografía para luego saltar gritando: «Aquí estamos» y hacer que el magistrado se coma su tupé. Por consiguiente, lo que tiene que recordar es eso: él, el magistrado, tiene el informe de todo lo que se ha hecho o dicho, salvo lo de anoche. Usted ha ido conmigo a la casa de Josef Israelskade por un motivo u otro, pero por su propio bien, usted no ha visto ni sabe

nada de unas fotos. Ni yo se las he mostrado ni las va a ver. Sólo recuerde, que si usted no nos vende, nosotros no le venderemos. Bien, ya es hora de que nos ocupemos de los detalles pintorescos.

VAN DEL VALK LE ESPOSÓ y, unidos de esta manera y ostentosamente, salieron hasta el Volkswagen. Varias cámaras dejaron oír sus clicks entusiasmados. Martín pensó que hicieron una entrada impresionante en el Palacio de Justicia.

Llegó hasta una especie de vestíbulo lleno de uniformes de la policía estatal, con sus calzones y chaquetas azules. En una oficina interior tuvo que firmar: se ha recibido un cuerpo en buenas condiciones. Y allí le dejaron para que se le enfriasen los pies, mientras Van der Valk charlaba de tonterías. El policía estatal le miraba con frialdad. Estaba a punto de impacientarse cuando Van der Valk regresó y le llevó por un pasillo lleno de abogados con togas arrugadas, la mayoría con unas manchas que hubieran desaparecido con un buen lavado. Vio a una mujer bonita y joven con una toga deslumbrante y pensó: esta es la mía. Aquel entorno disminuyó un poco su confianza, aunque revivió al llegar a un cuarto de espera con bancos y ver a Sophia vestida con un traje negro formal. Ella le sonrió anhelante.

Van der Valk se sentó por casualidad, cerca de donde pudiera oírlos y sacó un arrugado periódico de la mañana.

—Alguien tiene que estar cerca de ustedes mientras hablan, no se preocupen por mí, mejor será que sea yo que no uno de esos bobos.

Sophia miró sin saber qué hacer.

—Han tramado una cosa. Todo está arreglado y están seguros de que no he sido yo, y ni siquiera me llevarán a juicio. Intentan crear una pista falsa. Sin embargo, no puedo evitar sentirme algo intranquilo.

—No me sorprende que te sientas intranquilo, yo me siento como en esa novela, ¿de quién?, de Dickens, cuando junto al río cogen al pájaro de presa.

—Eugène. Dos falsificaciones, tres robos y un asesinato nocturno. Me siento tan culpable como el que más, pero me explicaré. Mira, el poli ha descubierto algo de Josef Israelskade. No

me ha dicho de qué se trata, pero ha servido para confirmar sus ideas. Hay alguien a quien esta muerte apunta de manera muy señalada, tan pronto como se sepa de su existencia. Elsa lo mantenía en secreto. Aún no lo han identificado. Es muy importante que este tipo no sospeche nada. Así que para tranquilidad y debido a la política de la Policía, y para satisfacer al fiscal, que no sabe de la existencia del otro, me van a acusar a mí. Luego le dirán a la Prensa lo de esta acusación y el villano dormirá tranquilamente, hasta que, esperamos, la Policía llegue a todo galope. Yo no me siento muy contento que digamos, pero Van der Valk dice que él tiene una gran confianza.

Sophia le besó.

—Creo que lo entiendo, aunque todo es muy peculiar y serás víctima de los periodistas, pero supongo que eso es justo. Todos leemos con ansia las desgracias de los demás. Sin embargo, chillamos cuando nos sucede a nosotros. ¿Será muy malo para ti? Espero que no. Quizá sea mejor que la comisaría.

—Me encerrarán en Huis van Bewaring, ¡vaya nombre siniestro!, ¿no? ¡La casa-internado! El aire que corre por el Wateringschans es fresco y agradable. No podré verte y censurarán el correo, pero me ha dicho que sólo durará dos semanas. ¿Puedes darme algo de dinero y tabaco?

—He traído ambas cosas, ¿qué te parece? El mejor de picadura. ¿Cuánto dinero quieres? ¿Un par de veinte?

—¡Oh, es bastante! Tienes buen aspecto.

—Sí, pensé que así te tendrían más lástima.

Martin pensó que aquello era como esperar un tren. ¿Por qué en estas ocasiones uno no podía decir otro tipo de cosas que no fuesen trivialidades?

Sin embargo, ella lo entendió todo, y si él podía confiar en que Van der Valk evitaría que le juzgasen y presumiblemente condenasen, era de suponer que también podía confiar en él para evitar que Sophia sufriese innecesariamente.

Se volvió hacia el policía y con bastante impaciencia, le dijo:

—Acabemos de una vez.

Como buen policía que era, Van der Valk estaba sumido en la lectura sobre fútbol.

—Ese condenado e inútil Ajax ha vuelto a perder.

Martin le dio un gran beso a Sophia.

—Recuerda los versos de Cyrano: *Les vers du vieux Bara volant moins que zero / Je les interromps sans remords*. Mientras caminaba junto a un policía pensó en otra cita, en la observación que hizo el mariscal Ney, al encontrarse en un momento difícil de la batalla de Jena: «El vino está servido y hay que beberlo».

Se encaminaron hacia el sótano.

Vio una larga fila de pequeñas celdas iluminadas únicamente por minúsculos canalillos apenas al nivel del suelo. A través del pequeño y grueso umbral, adivinó que era un día grisáceo.

—¿Quiere ir al servicio? —preguntó indiferente el policía.

No eran como los vigilantes corrientes, sino que llevaban uniformes ligeramente teatrales: las botas muy brillantes y tenían más aspecto de andar entre oficinas que por la calle; tenían el rostro pálido y no se les veía con claridad. Las manos blancas y sin callos. En conjunto, tenían la textura enrarecida, grasienta y con olor a papel de los criminales; hasta olían ellos mismos a papel y un poco a desinfectante. Para Martin estaba claro que prefería con mucho, a la policía de las comisarías. Echaba de menos las fanfarronas bromas vulgares, los bostezos y el rascarse sin disimulo, y el corriente burbujeo del café caliente, los sonidos simpáticos y espontáneos de la digestión y del sentirse bien: «Ojalá se los llevase el diablo. ¡Parece que comiesen papel en lugar de queso con las tostadas del desayuno!».

Estuvo allí unos veinte minutos antes que el ruido familiar de las llaves le obligase a abandonar una ensoñación que le absorbía completamente. *Camino real*, pensó, obedeciendo a los gruñidos que sonaban detrás de él.

—Bien… Suba las escaleras… A la izquierda… Deténgase.

Se halló en un amplio corredor del primer piso, colocado por encima de los tribunales y de los abogados. Estaba de pie sobre un parqué muy pulimentado y frente a paredes cubiertas de paneles de madera también muy brillantes. Había una especie de hueco en la pared donde se encontraba un banco de madera, pulido por muchos pares de pantalones llenos de aprensión. El carcelero le hizo señas para que se sentase. Se encontró de frente mirando a una puerta donde se veía una placa oficial discreta: «J. F. R. Slotemaker de Bruin. Officier van Justitie». Por fin se hallaba frente al coco.

EL OFICIAL DE JUSTICIA EN HOLANDA es un funcionario cuyo trabajo no se corresponde exactamente ni con el de *Procureur de la République* ni con el de *Juge d'Instruction*. En gran medida combina los deberes de ambos, es decir, estudia las pruebas con vistas a recopilar una acusación eventual, y en el tribunal hace de fiscal. Sin embargo, no acompaña las investigaciones policiales de un caso criminal en el sitio donde se cometieron ni tampoco entrega su expediente, por así decirlo, en la puerta del tribunal. En cierto sentido es como el fiscal del distrito en Estados Unidos, sin embargo, su puesto es puramente policial y bajo ningún sentido político: se le nombra, no se le elige. Uno nunca encuentra de golpe a los magistrados holandeses hablando a las multitudes. Y aunque se ocupan de hacer investigaciones y la Prensa los entrevista, tampoco son dados a hacer pronunciamientos divinos ni comentarios paletos. En una gran ciudad como Amsterdam suele haber varios. Como todos los miembros del poder judicial, sus opiniones varían muchísimo, desde la liberal y progresista hasta la rígida y reaccionaria.

El vigilante se apartó de la puerta y manteniéndola apenas abierta tras de sí, le hizo una seña a Martin. Era como un desfile de rebeldes en el ejército, era lo que esperaba.

—¡Quítese el sombrero!

Sin embargo, una vez dentro, el parecido desapareció de golpe. La grande y cómoda oficina estaba recubierta de paneles de madera como el corredor y llena de libros. No había índice de archivos ni de otra tontería burocrática, excepto que en la gran mesa de trabajo de nogal, hermosamente pulida, había una carpeta de cartón verde. El hombre que estaba detrás de ella se hallaba sentado en un ángulo y hasta la mesa estaba también en ángulo. Había un ramo de flores en un jarrón sobre la mesa y en la repisa de la ventana otro con cuatro rosas de tallo largo. Era un despacho agradable, elegante, soleado y civilizado: sitio para estudiar, charlar u oír música.

El hombre de detrás de la mesa leía un documento escrito a máquina cuando el vigilante hizo entrar a Martin, y no levantó la vista. Éste se quedó de pie frente a la mesa y tuvo un momento para examinar a su nuevo y formidable adversario. Nunca antes se había llevado una sorpresa mayor en su vida.

Debido a las palabras de Van der Valk, se había imaginado a un anciano, cuyo parecido estaría muy cerca de Neville Chamberlain: inteligente, aunque anticuado, envarado, honesto, aunque en cierto aspecto mezquino, obstinado y tozudo. Sin duda alguna vestido con chaqueta negra y hasta con cuello duro. Ante él tenía un señor mayor, si tal descripción era adecuada para un hombre delgado y tieso de unos sesenta años. Su rostro era pequeño, aunque tranquilo y sereno y cada una de sus arrugas demostraba carácter e inteligencia. Hicieron que se acordara de Conrad, tanto el actor, Veidt, como del político Adenauer. Tenía manos largas, finas y morenas, y en una vio con envidia, que había un magnífico puro. Llevaba un traje gris pálido y una camisa blanca de seda. En su corbata había dibujos de rosas y diamantes grises. En la muñeca lucía un sencillo reloj de oro; en uno de sus dedos un ancho anillo de compromiso. En la mano izquierda brillaba un viejo sello con pequeños diamantes.

Al levantar la vista vio que eran de un gris claro y verdoso. Su cutis no estaba enrojecido, sino que era joven y moreno, la piel de un hombre que pasa mucho tiempo en barcos. Su pelo tenía el color de la ceniza del puro y era muy corto. Llevaba gafas de concha y fumaba con una boquilla, sin chupar nunca el extremo del puro.

Habló con una voz suave y serena. Su holandés era excelente, aunque tenía la tendencia de usar palabras francesas.

—Sí. Bien…

Colocó las páginas encima de la mesa y siguió estudiando a Martin con ojos serenos.

—Perdóneme, tenía que leerlo, sin embargo, no quería que usted esperase ante la puerta.

Se puso en pie y saludó ligera y gravemente inclinando la cabeza dejando asombrado a Martin.

—Molenaar, ¿sería tan amable de traernos una silla?

Martin se sentó sintiendo como si le hubiesen disparado justamente en el corazón. El magistrado abrió un cajón y colocó un paquete sin abrir de «Everest» junto al acusado, en la mesa.

—Le ruego que si quiere fumar, lo haga. Me temo que ya he tomado café, de lo contrario le ofrecería, ya que la jovencita que lo sirve es muy amable.

MARTIN NO COGIÓ ningún pitillo, aunque estaba loco por fumar y pensó: «Todo esto es demasiado bueno. Es *la chansonette* elevada a arte».

—Bien, si no le importa, me gustaría conversar con usted. Espero que no le moleste que esté presente el vigilante, pero le aseguro que es totalmente discreto, es una regla que todos tenemos que respetar —sonrió con un deje de ironía agradable—. De vez en cuando tengo que recibir en este despacho a personas que me tienen ojeriza, creen que les castigaré, que soy la encarnación de una sociedad vengativa. También les gustaría a ellos el ser vengativos y quizá dar el primer golpe. Desde luego, la justicia tiene un aspecto punitivo así como otro protector, ello es inevitable. Sobre las puertas del Old Bailey, nombre bastante caprichoso, por cierto, que sin duda alguna usted conoce, el Tribunal Supremo de Londres, aparecen escritas las siguientes palabras: «Protege a los hijos de los pobres y castiga a los malvados». A menudo ambos coinciden.

Le dio una chupada al puro.

—En general preferiría que, entre mis deberes, no se incluyese la segunda cláusula. Hum… Usted se cree que soy bastante aburrido y pomposo, sin embargo, este es para usted el prólogo a la administración de justicia del Reino de Holanda, y creo que precisa de explicación. Tanto sus opiniones como las mías, deben someterse al escrutinio y decisión del estado. Por desgracia, muchísimas personas ignoran el dudado con que el Estado considera los asuntos. En este caso la Prensa no está libre de culpa. Tampoco los funcionarios del Estado, incluyéndome yo mismo. Con demasiada frecuencia la gente sólo ve las demoras y las estupideces.

Volvió a inclinar la cabeza hacia Martin.

—Espero que nosotros podamos eliminar la mayoría de estas cosas.

Martin se sintió optimista ante las maneras del magistrado y aquella sensación de la razón típica del siglo XVIII y creyó hallarse ante Taillerand.

—Señor, aprecio muchísimo su cortesía.

El magistrado rompió el precinto del paquete de «Everest», sacó un poco un pitillo y se lo presentó con seriedad. Martin lo aceptó, sintiéndose atrapado.

—Me temo que usted ya se ha formado una idea de mi culpabilidad, cosa muy seria para mí, ya que se trata de un asesinato.

El magistrado miró las flores.

—No debería pensar así. No me he formado ninguna opinión sobre su culpabilidad. Tal suposición sería inmoral. Si me permite decirlo, añadiré que tengo la impresión de que usted actuó imprudentemente, lo cual queda más que demostrado, creo, por las circunstancias en que usted mismo se encuentra en el Palacio de Justicia. Es posible que sus motivos hayan sido totalmente puros y es probable que haya hecho cosas que lamente, pero quién no obra así. Algunas decisiones apresuradas tienen consecuencias deplorables. Sin embargo, el que usted hable de este modo me indica que se halla aquí, probablemente, con una noción falsa de roí. ¿Acaso le han dicho que soy autocrático e insoportable?

En aquel momento las comisuras de sus labios y sus cejas se elevaron.

—A lo mejor fue el inspector Van der Valk.

Martin se quedó sin saber qué hacer, este tío no era nada bobo, pero se acordó de la lealtad que le había prometido al policía, bien que se lo había advertido, pero ¡maldita sea!, había esperado que le recibiera de una forma diferente, con hostilidad y frialdad, y todo era mucho más complicado.

—No creo que el inspector me pusiera en guardia contra usted, sin embargo, el que sea oficial de justicia es ya de por sí bastante alarmante.

El magistrado sonrió con ironía.

—Creo que será mejor que defina mi posición. Seré didáctico y confío que no pedante. La pedantería es un error en la ley. En parte echa a perder el sistema inglés tan admirable por tantísimas otras cosas. Es cierto que me veo inclinado a observar un hecho como un asesinato con severidad. Tengo que esforzarme para conseguir que quienquiera que haga estas cosas responda, y con rapidez, de sus actos de la mejor forma posible. Ésa es su situación actual. Durante varios días me he sentido molesto, ya que usted se hallaba a disposición de la Policía, pues eso es una irregularidad. Para mí su posición era confusa e ilógica. Usted tenía que haber dejado bien claro cuál era su postura. Al inspector Van der Valk no le agradaba

nada acusarle, ya que bajo ningún concepto se sentía satisfecho con la idea de que usted, en realidad, hubiese sido responsable de cualquier violación de la ley. Estuve y estoy de acuerdo. Con gusto quería dejarle mano libre para que obrase en lo que él creía era un acto moral. Desde el punto de vista legal, y dado que no ha aparecido nadie que responda por este crimen, usted se encuentra ahora en una situación nada ambigua, pensada tanto para proteger sus intereses como los del Estado.

Hizo una pausa y siguió:

—Otra de mis funciones es el interrogatorio de un hombre una vez apresado, con el fin de aclarar la serie de hechos sobre los que él puede responder. Si en apariencia estos hechos determinan su responsabilidad por lo que el Estado define como un crimen, mi función siguiente es acusarle ante un tribunal, de acuerdo con las leyes del Estado.

Volvió a sonreír con ironía.

—Yo no colecciono cueros cabelludos ni me importa ganar o perder, ni creo que haya días malos o buenos. Habrá notada que esto es la actitud de la Policía. No hay nada inmoral en ello: su deber es echarle el guante a aquellos que crean malhechores. Esta forma de actuar, basada en una cadena de probabilidades, es apresurada y superficial, y no puede ser de otra forma, ya que viven bajo la presión del tiempo y de las gentes. Y al ceder ante estas presiones, es comprensible que los policías y otros oficiales usen métodos que no tengan muy buena fama. Este hecho hace que de vez en cuando yo discuta con ellos, y a veces puede creer que yo soy hasta hostil hacia el Cuerpo. Ha hecho bien en ponerse en guardia y no contestar a mi pregunta sobre el inspector Van der Valk: un hombre muy dotado a quien admiro por su integridad. Sin embargo, soy de la opinión de que su esfuerzo por comprender todos los detalles de un suceso oscuro le ha dejado a usted demasiado tiempo con sólo una vaga certeza de que estaba relacionado con esa mujer. Tengo que insistir en que esto tiene que acabar: yo no le persigo a usted, quiero que eso quede claro.

—Por tanto, ¿no hay ninguna indicación de que yo sea culpable?

—Ninguna, en absoluto.

—Entonces, ¿existe la posibilidad de que me suelten, señor?

—Por desgracia, tampoco hay indicación de su inocencia —dijo

el magistrado sin sarcasmo—. Hay dudas y una mente abierta a averiguar la verdad. ¿Se acuerda que le dije que nuestras decisiones individuales tenían que someterse a las del Estado? El Estado dice que una persona, a la que se imputa el haber tenido que ver algo con una muerte violenta, debe estar a su disposición hasta que se examinen todos los puntos oscuros. La acusación que le ha hecho venir a mi despacho es un documento formal en el que se definen las intenciones del Estado y los motivos que le apoyan. Apenas más que una citación. No quiere decir ni que usted es culpable ni que yo piense tal cosa, sencillamente, no estoy satisfecho ni entiendo el papel que usted tiene en este asunto. Espero que me comprenda.

—Sí, sí, claro que le entiendo. ¿Puedo agregar que confío en usted?

—Eso es una observación muy generosa que me anima muchísimo. Es posible que en los próximos días usted se sienta desanimado, pero puede estar tranquilo, pues lo entenderemos.

El magistrado encendió otro puro con cuidado.

—Hemos vencido una gran dificultad. Si usted hubiese sentido que le tratábamos de manera intransigente y dura, usted no se vería inclinado a responder con libertad a mis preguntas, que tenderán a averiguarlo todo y a ser dolorosamente personales. A nadie le gusta ver su vida diseccionada con un interrogatorio que si se sabe hacer bien es cruel y si se hace estúpidamente es brutal. Un médico se ve obligado a hacer ese tipo de preguntas, pero su situación es diferente: el paciente lo ha buscado por su propio albedrío, ya que se siente oprimido y espera encontrar alivio tanto para sus ansiedades como para sus dolores. Los funcionarios del Gobierno, como yo, somos jardineros: creo que este pensamiento se debe al canciller alemán, quien tiene un bellísimo jardín en Rhondorf. Tenemos que arrancar los hierbajos, perturbar las raíces sensibles. Ante que vuelva a florecer de nuevo una planta trasplantada, inclina sus corolas, deja caer las hojas y hasta puede morir. La curación puede ser un proceso doloroso.

Durante un momento se quedó meditando sus pensamientos y mirando afuera por la ventana. Luego suspiró y abrió la carpeta que estaba sobre la mesa.

—Papeles, papeles, cosas sin corazón. A mí mismo me disgusta bastante el tener que firmarlo todo, pues es como si hubiese rendido

una parte integral de mí mismo. Bien, la característica preocupante y desconcertante en este asunto es la no aparición de ninguna otra persona que de verdad esté metida en él —y volvió a sonreír—. Lo normal es que nos veamos rodeados por muchísima gente que han actuado de una forma tonta o sospechosa. En este caso, nos enfrentamos con una mujer que es de presumir conoció a mucha gente, aunque parece ser que nadie la había visto con ningún cometido específico durante mucho tiempo.

TODO AQUELLO LE SONÓ a trillado a Martin. Le había gustado e impresionado mucho la pequeña homilía sobre la ética de la jurisprudencia; sin embargo, en este nuevo terreno temía que el magistrado no tuviese el estilo franco y terrenal de Van der Valk, para ilustrar el caso. Le escuchó con atención, pero sin poderle tomar en serio, era como si le estuviese pasando a otra persona. Primero se sintió distante, y luego aburrido.

La voz del magistrado, lúcida y brevemente, describió personajes, movimientos, acciones y reacciones. Era como si de pronto todo surgiese de las páginas de un libro aburrido. Bouwman, Herman, Erich van Kampen, todos se vieron separados limpiamente de su unión al «incidente». Martin se dio cuenta con claridad de que, de acuerdo a las declaraciones que eran incontestables, nadie, lo que se dice nadie, había estado en el sitio del crimen. A medida que la voz resumía los movimientos e investigaciones de Van der Valk en los días que siguieron a la muerte de Elsa, se vio cada vez más aislado, y le embargó la depresión. El escrutinio del Estado. Aquel amable caballero, con su mente lógica, estaba preparado para decirle: «No parece que usted la matase, aunque nos vemos obligados a creer que sí lo hizo. Un mediocre melodrama».

«Estaban a punto de arrojar al héroe al estanque de los cocodrilos; sin embargo, el villano perdió demasiado tiempo con su rimbombante discurso, que significaba una confesión completa», y uno u otro de los amigos del héroe estaba a punto de gritar: «¡Detente, amigo!». Ésa era la situación de Martin. Cuando uno de los culpables apareciese, sería llevando una cámara fotográfica, según Van der Valk. «¡Alguien, quien sea, que aparezca y me saque de aquí!». Alegremente Raymond Chandler escribió una vez:

«Cuando tengas dudas, haz que en tu puerta se presente un hombre con una pistola en la mano. ¡No me falles, Raymond!».

Soñando despierto, no tomó en cuenta frases completas que dijo el magistrado, y una vez hasta llegó a contradecirse a sí mismo de una manera bastante estúpida, se sentía irritado y molesto. El otro hombre le miraba ni con simpatía, ni sin ella: profesional, antisimpático y antitodo. En este sitio, las personas son profesionalmente insensibles.

—Usted está cansado y no se hace justicia a sí mismo. En cualquier caso, será mejor que le dejemos de momento: hay muchísimas otras personas que esperan que yo decida, hasta cierto punto, cómo pasarán sus próximos días.

Cerró la carpeta y le dio una chupada al puro.

—Parece un lío tremendo, ¿verdad?

Aquella frase coloquial fue inesperada. Martin se dio cuenta de que le había lavado el cerebro. Estaba ante un inquisidor profesional, experto en desarmar a las personas.

—He llegado a la siguiente conclusión: no tengo justificación para dejarle libre, por consiguiente, voy a escribirle al director de la cárcel, donde supongo que a la larga usted se encontrará mejor. Estará tranquilo, todo lo que necesitamos es tranquilidad. Tendrá que venir a verme diariamente a una hora fija por las mañanas. De una forma ordenada y serena desvelaremos algunos puntos que todavía son oscuros para mí. Tengo la seguridad de que le serán beneficiosos los próximos días. Ahora mismo usted está muy cansado.

Martin se puso en pie y saludó. El magistrado le devolvió el saludo y fue hasta la ventana, donde examinó las flores.

—No se preocupe, puede estar convencido de que al final brillará la verdad, y la verdad, tenga la certeza, establecerá la inocencia que usted mantiene. Hace falta paciencia. Molenaar, ¿quiere acompañar a mi amigo?

Cuando Martin salió acompañado del vigilante, de cuya presencia se había olvidado por completo, vio cómo el magistrado, pensativamente, encendía otro puro.

PASÓ OTROS VEINTE MINUTOS en aquella especie de ratonera

en el sótano, antes que volviese a abrirse la puerta. Esta vez salió por una posterior hacia el patio. Le esperaba un minibús cuyo chófer y su acompañante estaban uniformados. Era de presumir que eran los menos inteligentes del Cuerpo, los que hacían este tipo de labor de calle: antes no habían pensado en tal cosa. Se encogió de hombros: alguien tenía que ocuparse de vaciar los cubos de la basura, y en aquel momento, de manera figurativa, él era un cubo de basura. Dentro del vehículo estaban sentadas dos o tres personas deprimidas.

El policía recogió un gran sobre color canela y cerró las puertas. El chófer fumaba a escondidas. Camino de Wateringschans nadie dijo palabra. Se movían en una camaradería casi natural, vibrando al unísono ante el zumbido sordo del motor frente a los semáforos en rojo, tambaleándose unánimemente ante los que estaban en verde. El conductor llevaba el cigarrillo entre los dedos de su mano izquierda y hacía que el cambio de las velocidades resultase más bien brusco.

No había prisa. El policía descendió bostezando y tocó la campana, y se escuchó el tintineo ya conocido de llaves y bisagras. En aquel momento a Martin le chocó un sentimiento de *déjà vu* cuando pasó por una antecámara y subió una escalera de piedra ante un corredor frente a un despacho. Pasaron todavía unas cuantas horas más hasta que, divertido, se sintió asombrado de cómo todo le recordaba a un convento.

Los tres o cuatro hombres se sentaron como colegiales en un gran banco de madera ante una gran puerta de cristal esmerilado. El policía entregó el sobre y salió rascándose los pantalones de una forma bucólica. Luego le oyeron riendo y hablando en una habitación que quedaba al final del pasillo. Ellos también empezaron a hablar. Tras encender cigarrillos, compararon diversas comisarías de Policía de una manera bastante mundana.

Parecía como si todos hubiesen sufrido tormentos en oscuros y apestosos agujeros, con comida intragable, y hubieran sido golpeados y en general tratados con brutalidad. Martin se quedó callado después de regalar sus últimos pitillos: reconocía los fanfarroneos normales de los niños asustados, pero no le gustaba el no parar de hablar. Y cuando un malversador mediocre le preguntó, con indebida familiaridad, «¿Y a ti por qué te cogieron, tío?»,

contestó: «Por asesinato, tío», todos se quedaron en medio de un silencio lleno de respeto, pero luego siguieron hablando y se pusieron de acuerdo en que todos los magistrados de investigación eran sarcásticos, sádicos e hijos de puta con la Humanidad.

Después de unos cuantos minutos, una especie de burócrata vestido sin uniforme sacó la cabeza y dijo un nombre. A cada uno le llevó aquel trámite de diez a quince minutos. Él fue el tercero. Nadie los observaba: todo era amistoso y espontáneo.

El interior del despacho era el normal de trabajo, muy holandés: pintura blanca, mucho aire fresco, mobiliario de metal gris, ventanas con adornos de madera y macetas. Una mesa para el burócrata que trabajaba con una máquina de escribir que no hacía ruidos y otra mesa para una especie de comisario: hombre de negocios holandés, grande y de fuertes hombros, con traje gris y corbata a lunares, que es el uniforme de los hombres de negocio del país (al que agregan cuando salen a la calle un sombrero gris pálido). No había nada que recordase a una cárcel en aquella atmósfera.

El comisario le saludó con agrado y le dijo que se sentase. Su voz era serena, clara y tranquilizadora.

—El oficial de justicia me ha pedido que le encierre mientras estudia su caso. ¿Sabe lo que ello quiere decir?

—Mas o menos, aunque no lo sé con detalle.

—Muy bien. Es el método corriente y normal para tratar los preliminares de los juicios. En los sitios como este hay muchas personas que están en situación parecida a usted, que o bien esperan que se celebre el juicio, o a los que aún no se les ha acusado. En realidad, no se trata ni de una prisión, ni de un reformatorio. Simplemente usted está encerrado, y eso es todo. Justo lo que quiere decir esa palabra. Hay algunas personas que han cometido delitos menores y a los que no es necesario enviar a una verdadera cárcel ni tampoco vale la pena. Puede quedarse en una celda para usted solo o con dos o tres más. ¿Qué prefiere?

—Prefiero estar solo, si no le importa.

—Estoy de acuerdo, en cierto aspecto es aconsejable. El magistrado no ha dado ninguna orden para que a usted se le mantenga apartado. No veo que sea necesario, pero es mejor que esté solo. Sin embargo, es claramente aconsejable el que se

encuentre aquí. Estos asuntos suelen durar mucho. No le resultará difícil: las normas son explícitas y hay que cumplirlas, pero no son duras. Vestirá sus propias ropas. Para facilitar la administración, nosotros le daremos ropa interior y toallas. En un plano formal, tengo que preguntarle si tiene algo que objetar a este tipo de actuación.

—No se me ocurre nada —sonrió Martin.

El hombre le devolvió la sonrisa.

—Así se hace. Bien, dígame, ¿ha pensado en algún abogado? Aquí tengo una lista, y usted puede escoger el que le guste. Él podrá verle y usted a él en privado, lógicamente. Si no se le había hablado de este asunto antes, es que únicamente se le ha acusado esta mañana. ¿Tiene alguna idea de a quién preferirá?

—En realidad, no quiero un abogado, por lo menos no de momento. Si hasta ahora no he pensado en él, tampoco ahora creo que sea necesario. Como comprenderá, lo niego todo obstinadamente. Espero que el magistrado llegue a estar de acuerdo conmigo.

El comisario se quedó serio y después sonrió.

—Admiro la fe que tiene en la justicia holandesa, pero, hasta en este caso, yo le aconsejaría que contase con alguien, con un profesional que entendiese los tecnicismos de la ley. A lo mejor el magistrado se niega a interrogarle sobre ciertos temas, a menos que esté presente su abogado. Hay reglas complejas que gobiernan los procedimientos de los casos criminales, y un abogado podría aconsejarle sobre cómo evitar el perjudicarse a usted mismo. Sin embargo, no tiene que decidirlo ahora, pero debe pensarlo con detenimiento.

Y así siguió.

MARTIN LE ENTREGÓ sus pocas posesiones a otro oficial y se sintió bastante indignado cuando no le permitieron quedarse con la pluma. Sin embargo, cuando descubrió un bolígrafo en un bolsillo interior en el cual nadie se había fijado, se rió de la burocracia. Le registraron de una forma superficial, sin mucho detenimiento, y, finalmente, tras pasar una segunda y pesada puerta, entró en lo que podríamos llamar la verdadera «casa prisión».

Allí le dieron ropa interior y utensilios para comer. Algunos objetos extraños: muy parecido al ejército. Un carcelero le llevó hasta su habitación, que estaba en el segundo de varios pisos construidos alrededor de una especie de gran salón central. Salvo por las cerraduras y los cerrojos, podría tratarse de un hostal para los pobres desempleados, dirigido por hacendosas y benévolas monjas. Tuvo una hora para adaptarse sin que nadie le molestase antes que una especie de madre reverenda, con mono azul y gafas montadas al aire, le visitase y le preguntase si todo estaba bien. Té y simpatía.

De vez en cuando aparecían otras monjas llevándole libros, pequeños panfletos impresos con instrucciones e información, alimentos: pan con una buena salchicha y dos jarritas de café. Los prisioneros servían la comida. No, los prisioneros no, los internados. Después de comer llegó la hora de lavarse y le preguntaron si quería ocuparse de hacer algo en la celda.

—Puede ganar un poco de dinero. Sólo hay que envolver pastillas de jabón, y ayuda a pasar el tiempo y hace que uno se olvide de sus problemas.

Martin pensó que aquello era como si a uno le colgasen, evocando la opinión del doctor Johnson.

Durante una o dos horas por la noche, los altavoces difundían música retransmitida por una radio que se hallaba en algún sitio de la casa. Y si uno se sentía inclinado podía hacerse la cama y tenderse en ella. Martin leyó cómodamente hasta las diez, cuando sonó la hora de retirarse: a la cama, muchachos. Durmió mucho mejor de lo que había dormido desde hacía un mes, desde antes de la noche del martes, cuando mataron a Elsa y él llegó temblando a casa, pensando que quizá era mejor el no haberla visto. ¿Qué había pasado aquella noche en aquella habitación sobre la calle? ¿Qué ojos se habían fijado en él sobre el pavimento? ¿Por qué el resultado había sido una muerte? ¿Habría sido aquel asesinato la consecuencia de haber estado allí, aunque él no veía por qué? ¿Había sido él la causa real, aunque sin desearlo, el motivo indirecto, pero a pesar de todo real, de la muerte de Elsa? Si así fue, ¿cuál sería la consecuencia para él?

—LE INVITO A QUE SE FIJE con atención —decía la voz del señor J. F. R. Slotemaker de Bruin. Vamos a examinar varios detalles con mucho cuidado. En sus conversaciones con el inspector Van der Valk usted habló con frecuencia de la imaginación. Le invitó a que usase la propia y usted usó la suya en gran medida. Sin duda alguna, usted querrá que yo haga lo mismo. Pues bien, puedo decirle que no me gusta la imaginación, y le agradecería que consciente y escrupulosamente evitase emplear la suya, y en su lugar usase la deducción.

—La verdad es que no veo que haya mucha diferencia entre una y otra.

—Estimado amigo, todo el mundo tiene cierto intelecto, todo el mundo tiene imaginación y la facultad de proyectar en la mente una imagen. La suya es singularmente activa y vivida, y esto puede ser una desgracia.

—¿Intenta decirme que yo imagino cosas y luego las presento como si fuera la verdad?

La voz de Martin sonaba indignada.

—No sería raro, pero no diga palabras que yo no he dicho. Usted se imagina que yo sugiero la noción. Esto es un ejemplo de lo que yo le digo a usted. Su imaginación se halla inevitablemente confundida con su intelecto. Usted usó una palabra en una de sus declaraciones: impensable.

—Es probable.

—Lo que usted quería decir era inimaginable, y hay todo un mundo de diferencia. Sus declaraciones me exigen de manera implícita y continuada que me imagine una situación. Si la situación así imaginada es lo suficientemente vivida y extraordinaria, usted quiere seguir adelante y puedo aceptarla como si fuera la verdad. Pero parece que se olvida de que yo tengo que aplicar pruebas más severas antes de aceptar estas historias, las cuales no sólo tienen que satisfacer a mi imaginación, sino también a mi intelecto.

Se quedó callado un momento, y luego prosiguió:

—Hablemos de esta mujer a la que nunca vi ni conocí. No me es fácil imaginármela ni a ella ni a sus acciones ni sus reacciones, sino sólo a través de la mente de usted. Me gustaría ahondar mucho más en ella. ¿En realidad, puedo pensar estas cosas? ¿Puede mi intelecto

aceptarlas a la luz de los hechos que yo conozco sobre ella, o son impensables?

—No le entiendo muy bien.

—Ha dado en el clavo. Usted no está acostumbrado a pensar, usted invierte lo que debería ser un proceso normal. Si su imaginación acepta una hipótesis, usted no ve motivos para forzar a su cerebro a que la examine. Su intelecto es haragán y la imaginación ocupa su lugar, una buena vara, pero una mala horquilla, como dicen los ingleses.

—Todavía no entiendo claramente lo que quiere de mí.

—¿Conoce a un dibujante llamado Hergé?

—Claro que sí.

Imperturbable el magistrado siguió:

—Ha creado a un personaje que es un muchacho llamado Tintín, de aspecto imbécil, adolescente, mal alimentado. Este chico es un observador estupendo. En realidad saca brillantes conclusiones de la más pobre de las premisas. Es experto con todo artilugio mecánico imaginable. Sobrevive a aterradores desastres y problemas, sin cansarse y sin hacerse un solo rasguño. Descubre grupos organizados de criminales armados y desesperados y los desbarata completamente. Con sus amigos, un borracho marinero y un profesor despistado —figuras clásicas, genios puros— se mete en los más terribles problemas. No sólo se le oponen gangsters, sino objetos materiales y salen vencedores de los mismos. Tras haberlo superado todo, se encuentran otra vez metidos en un peligro nuevo y terrible, creado por dos policías singularmente cretinos: hablo así debido a mi gran experiencia.

Después con un especial gusto añadió:

—No hay nada que me guste más que leer estos libros divertidos a mis nietos, ¿los conoce?

—Claro que sí —dijo Martin y se echó a reír.

—Están cargados de una imaginación brillante y realizados de forma muy diestra con plumas y color, pero son bastante impensables, ¿no cree?

—Ya veo.

—Bien, amigo mío, usted quiere que mi consideración en las declaraciones que usted ha hecho, sean dignas del Capitán Haddock.

—A pesar de todo yo he dicho la verdad.

La voz de Martin tenía una sinceridad terca.

—La verdad. Puede ser cierto a pesar de que parezca todo lo contrario. No rechazo sus palabras. Sus maquinaciones son lógicas, ingeniosas y divertidas, muy parecidas a las invenciones del admirable profesor Tournesol, pero me gustaría saber si son reales. Los recuerdos de la vida que vivió con esa mujer, hasta de los hechos que condujeron a la noche en que ella murió, son ciertos ante sus ojos. Ahora bien, ¿quisiera considerar con su intelecto la posibilidad de que su imaginación haya coloreado dichos hechos e insistido en que su relato es cierto?

Hubo un silencio.

—Es la verdad tal como yo la veo —dijo lentamente Martin— no puedo ir más lejos.

—Usted y yo —dijo amistoso el magistrado— vamos a seguir. La verdad no existe, según los relatos de los testigos de un hecho animado, ni siquiera del más inocente, del más cabeza dura, del más equilibrado. El sentido del tiempo que tiene está distorsionado. Serían capaces de jurar que una secuencia que lógicamente no puede durar menos de cinco minutos, ocurrió en treinta segundos. Jurarían que una habitación estaba vacía, a pesar de que hubiesen entrado y salido de nuevo tres personas. Y si se les preguntase si no se habían fijado, se indignarían, como usted, y pensarían que no sólo impugno su sinceridad, sino sus sanos y seguros sentidos. En un desastre realmente terrible como el del Mercedes en Le Mans de mil novecientos cincuenta y cinco, nadie podía confiar en la palabra de nadie sobre lo que en verdad ocurrió, salvo la del muerto, que es el testigo, el único testigo, con el cual no se cuenta en una investigación criminal. A propósito, este hombre en particular, fue un héroe en dicha ocasión.

Es un aficionado a las carreras de coches, pensó Martin, un personaje complejo. Y luego añadió en voz alta:

—He pensado, o quizá imaginado, todo tipo de cosas sobre este hecho. Y hasta me he preguntado si en realidad no la maté y luego maté totalmente el recuerdo.

—Sus palabras suenan como las del capitán Haddock —comentó el magistrado encendiendo un puro.

Martin sonrió admitiendo tal cosa.

—Puedo preparar una investigación de su estado mental, lo que técnicamente se llama una investigación psiquiátrica. Como usted sabe, se usan con mucha frecuencia en la actualidad, a menudo para establecer la idoneidad de una persona en una posición difícil. Y bien se puede decir que un asesinato es una situación difícil. Podríamos descubrir cosas interesantes, como su posible aptitud para este crimen. Y principalmente algo que tuviese que ver con sus declaraciones tomadas como pruebas. El tipo de testigo que usted es, aparte de lo que usted mismo nos ha contado —y a ello se debe el que sea muy crucial la sinceridad de sus palabras— cualquier prueba en contra suya es circunstancial, lo que quiere decir muy poco útil. Dejando aparte la ética —volvió a sonreír irónicamente— resultó difícil presentar un caso así ante los jueces.

Se calló y luego continuó:

—Sin embargo, sin duda alguna, es deber mío el decirle que una investigación de este tipo, dirigida a averiguar sus relaciones con esta mujer, podría comprometerle muchísimo, usted sería objeto de un examen a fondo. Sin duda alguna tengo derecho a hacer lo mismo, pero no juzgo que la ocasión sea adecuada.

MARTIN RESPIRÓ PROFUNDAMENTE con los ojos cerrados, como si fuera un boxeador entre *round* y *round*.

—¿Esta investigación sería voluntaria o usted la ordenaría?

—Podría ordenarla y con frecuencia lo hago. Sin embargo se tendría en cuenta su aceptación voluntaria. Un abogado podría decir que yo intento que usted pique el anzuelo. ¿Quiere usted que alguien le aconseje primero?

—¿Qué me diría el abogado?

—Es muy probable que protestase de la forma en que yo le hablo. Y diría que le estaba haciendo promesas y persuadiéndole. Un refinamiento de *la chansonette*; simplemente me limito a decírselo.

—Si el resultado fuera en contra mía, ¿tendría la oportunidad de otra investigación de carácter independiente?

—La tendría —dijo plácidamente.

Martin añadió de golpe:

—No quiero un abogado.

Sereno respondió el magistrado:

—Muy bien, no creo que lo necesite.

—Con toda sinceridad puedo decirle que no he mentido. Sin embargo, ¿sería posible que una investigación de este tipo mostrase alguna inexactitud de mi relato?

—Llenaría las lagunas, las cuales posiblemente señalarían esas inexactitudes. Usted se da cuenta de que yo, valiéndome de la mera investigación, podría obtener lo mismo. Es decir, es muy probable. Sin embargo, ello sólo le animaría a usted a aguzar cada vez más la imaginación, que no es precisamente lo que yo quiero. El hacer que usted se contradijese, el confundirle, sería bastante fácil y también bastante inútil.

—Hagámoslo. Me lo juego todo.

—Cuando uno lo apuesta todo como usted, debe tener la seguridad de que lo que dice es lo más cercano a la verdad, ¿es ese su caso?

—Sí, así lo creo.

—Dado que usted persiste en una comparación figurativa, recuerde que yo soy el casino y me llevo un porcentaje de todas las sumas que se juegan. Muy bien, mandaré hacer copia de todos los documentos importantes que enviaré a la clínica para que los estudie el jefe. Si está de acuerdo en que sería útil una investigación, ya que es una persona muy ocupada, lo prepararé todo para que tenga lugar lo antes posible. Y también creo que no servirá de mucho que le vuelva a ver hasta que disponga de los resultados.

Hubo una pequeña pausa y Martin apagó su pitillo.

—Señor, ¿me contestaría una pregunta?

—Sí.

—Si estos resultados van en contra mía ¿dará curso al procedimiento?

—Ante la ausencia de cualquier otra prueba y si por «contra mía» quiere decir la existencia en sus declaraciones de inconsistencias comprometedoras, creo que es muy probable que lo haga.

—¿Y si no hay discrepancias?

—En tal caso, amigo mío, será mejor obtener los resultados. No trato de persuadirlo y no le prometo nada. Sin embargo, bajo

determinadas circunstancias podría considerar el ponerle en libertad provisional.

—Perdóneme, pero ¿podría saber qué circunstancias son esas?

—Claro que sí. Usted debería estar siempre a mi disposición y a la de la Policía, hasta que el caso se cerrase oficialmente. Tendría que entregar su pasaporte y confirmar su presencia en su casa, presentándose diariamente ante la comisaría local. También ha de tener en cuenta que, si lo creo conveniente, podría ponerle de nuevo bajo custodia en la casa-prisión. Ya sé que esto no suena muy alentador y debo hacer hincapié en que el descubrimiento de cualquier prueba nueva, podría cambiar en cualquier momento todo el cariz de los asuntos.

—Pero, si no hubiese más pruebas, ¿terminaría por dejarme libre?

El magistrado apoyó el rostro en una mano y se le quedó estudiando.

—¿Ha pensado que bajo ciertas circunstancias podría surgir una situación en la cual existiese la certeza moral de que usted es responsable de un crimen horrible, aunque no existiese ninguna prueba legal? Ello constituiría un hecho terrible, el cual trataría de evitar a toda costa. Imagínese la destrucción y corrupción morales que de manera inevitable caerían sobre ese hombre si se diese cuenta de su culpabilidad y el estado fuese incapaz de condenarle. Usted habla en una de sus declaraciones de expiación de lo que usted creía era una ofensa contra la ley ética. Sin duda alguna usted pensaba en una expiación moral. ¿Pero cuál sería la que usted pensaría para una mujer que hubiese perdido la vida por culpa suya? Estas cosas me alarman y me aterran. Molenaar, amigo mío, ¿saca usted algún beneficio de nuestras charlas?

—No he oído ni una palabra, señor —masculló el policía.

—Quizá sea mejor así. A veces digo grandes barbaridades.

—Acompáñeme —refunfuñó el vigilante.

Tan pronto como Martin se encontró a salvo en su cubículo, el vigilante le confió a otro compañero de rostro inexpresivo y botas muy brillantes.

—¡Coño, no creo que el viejo Bruin hable con su imagen mientras se afeita! Siempre está con esos malditos discursos sobre la moralidad. Donde estaría bien es en la iglesia en los domingos.

Estás palabras eran un discurso más que largo de Molenaar, quizá se estaba acostumbrando ya a hablar.

—RECUERDE QUE ESTO ES ENTERA y estrictamente confidencial, sólo el informe que haga al final se enviará al oficial de la justicia y únicamente para que él lo lea. Nadie en absoluto escuchará lo que usted me diga.

El doctor era un hombre alto y pálido, fuerte y de anchos hombros, su rostro descolorido y brillante, y los dientes irregulares, aunque fuertes y blancos, tenían empastes de oro y parecían mal colocados en la encía, debido a ello hablaba como Winston Churchill. Estaba correctamente sentado detrás de su mesa de trabajo, bien limpio y esterilizado, con sus grandes manos velludas cruzadas sobre un gran estómago. Tenía el aspecto de un gran bebedor de cerveza, o mejor sería decir de un habitante de Haarlem tallado en madera: su nombre era profesor Comenius.

Al ser un habitante de Haarlem tallado en madera, al principio no se llevó muy bien con Martin, pues no parecía tener humor y ser inflexible. Sin embargo poco a poco cogió confianza. No tenía ningún tic especial, sino jugar con su costosa pluma Sheaffer. El bolsillo del pecho estaba lleno de lápices y bolígrafos de colores, sin embargo era con esta pluma con la que tomaba notas con una caligrafía florida y de anchos trazos. No garabateaba. Sin embargo, las manos sobre su estómago hacían girar suavemente la pluma entre nota y nota. La luz se filtraba por los visillos blancos y se reflejaba en el casquillo de plata de la Sheaffer y en los dientes de oro del profesor Comenius.

No fumaba ni le ofreció pitillos a Martin, quien tuvo que liarse uno: no hubo ninguna objeción. A estas alturas ya era un experto en tal labor y la hacía sin siquiera fijarse. El profesor Comenius observaba todo con saludables ojos de langosta ligeramente protuberantes.

Martin estaba preparado para todo tipo de pruebas y juegos divertidos, y hasta era posible que ansiase hacer el test de Rorschach o que le hicieran un electroencefalograma, sin embargo no hubo tales diversiones: en este sitio no contaban con juguetes. Le hicieron un examen físico exhaustivo y después una serie de

preguntas de rutina como las de los seguros de vida. ¿Había sufrido alguna vez tuberculosis, sífilis, epilepsia? ¿Tenía alguna herida en la cabeza? Historia de las cicatrices visibles. Historia de la guerra y del servicio militar. Nacimiento, crecimiento, desarrollo, enfermedades de la niñez, educación. Padres, hermanos, hermanas. Si habían muerto, cuál había sido la causa. Empleo. Dónde, con quién, durante cuanto tiempo, por qué, y así montones de cosas. El joven médico que le hizo las preguntas hablaba usando comas en todo momento, como si hubiese trabajado para Harold Ross. Las respuestas las escribía con una letra muy pequeñita y limpia, llenando los espacios abiertamente inadecuados, hasta meterse en la parte de texto impreso en letra muy diminuta. Desde el sitio en que Martin se hallaba intentó leer, pero no consiguió mucho.

Aquella mañana temprano el policía le había llevado, haciendo lo mismo por la tarde, aunque no estaba presente. Allí estaba seguro bajo vigilancia. Más exámenes físicos: vista, oídos, reflejos. Le escucharon, le palparon con duros dedos, le obligaron a hacer actos de equilibrio y varios trucos con los ojos cerrados: «trate de coger la caja de cerillas que está en la mesa». Lo hizo muy mal y se quejó de la dificultad.

Un doctor, en tono amistoso, le dijo:

—Debería ver lo que hacen con el personal de la K.L.M. Siempre están pensando nuevas pruebas para los empleados claves, mucho más difíciles que esto.

Fluoroscopía; le miraron por rayos mientras unos horribles y fríos dedos le colocaban las manos en la cintura y le enderezaban los hombros hasta que el helado metal llegó a tocarle la espalda.

—Respire hondo. Deje de respirar… dos, tres…, ya está, vístase.

Más preguntas, tocantes a la mente: «¿Duerme bien? ¿Tiene buena memoria? ¿Se siente contento de su trabajo? ¿Tiene problemas con su esposa? ¿Cómo son las relaciones con su mujer? ¿Tiene tendencia a sentirse agotado nerviosamente? ¿Le cuesta trabajo concentrarse? ¿Suelen sucederle cosas imprevistas? ¿No le gustan las multitudes? ¿Los extraños? ¿Se pone nervioso cuando viaja? ¿Se lleva bien con sus compañeros de trabajo? ¿Le molestan los tics de sus compañeros?». Una cantidad desproporcionada de bla, bla.

AHORA SE HALLABA ante el gran blanco, quien ya se comportaba lo bastante espontáneamente como para haberle hecho ya dos o tres bromas típicas de un nativo de Haarlem tallado en madera. Empezó con Elsa y le hizo muchísimas preguntas sobre ella. Cuando Martin, de buena gana, le decía algo o tendía al monólogo, le cortaba tajante. Sin embargo, después de una hora, se sintió relajado y tranquilo, se trataba de un tipo bastante amable y disfrutaba de aquella agradable euforia.

Comenius se calló: durante diez minutos leyó sus notas, añadiendo una palabra aquí y otra allá, sin mirar a Martin. Parecía haberse olvidado de su presencia, mientras analizaba y completaba el historial. «¿Habrá acabado?», pensó Martin, lamentándose de no haber usado el sofá de piel negra ni el pentotal, mientras una voz hipnóticamente le dijese que volviese al pasado: «hubiera disfrutado con eso, habría inventado un montón de obscenidades».

De pronto el psiquiatra empezó a hablar de nuevo y sin mirarle siquiera. Con rapidez y abruptamente. Con una voz que con claridad le retaba. Al cabo de treinta segundos, el sentimiento de contento ocioso de Martin desapareció. Y también lo hizo el amigable tipo. En su lugar apareció un personaje muy duro. Martin se dio cuenta de que estaba en las manos de un profesional capaz de demolerle con palabras. La amarga voz nunca dudó, nunca aflojó las cadenas, nunca permitió que Martin respirase siquiera. Las preguntas que le hizo fueron inmisericordes y directas al grano.

—Estaba de mal humor… estaba de buen humor… se dio cuenta… no habla, las respuestas que sean breves… no se impaciente, pues no le servirá de nada… durante cuánto tiempo… con qué frecuencia… si hubiera tenido la oportunidad… fue usted violento… deténgase… cuando usted estuvo en la casa… cuándo ocurrió eso después de… ocurrió en seguida… qué dijo usted… se paró a pensar… le dio algo de gusto… cuál fue su reacción… deténgase… hable con normalidad… ahora hábleme de la época en que… y después… tuvo miedo… discutieron… quién le dijo que… por qué fue que… por qué usted… se lamentó… no me describa nada, limítese a relatar… fue doloroso… qué dijo ella… qué cara puso… durante cuanto tiempo… fue igual… en la otra ocasión… duró más o menos tiempo… desde luego, usted recuerda… deténgase… piense… concéntrese en lo que dice… eso no tiene

importancia… el vestido de ella… los ojos de ella… qué oyó… de nuevo dígame lo que… no se interrumpa… no invente… deme un ejemplo… sea breve, sea breve… era eso característico… significó algo para sus sentimientos… eso no tiene sentido… defínalo con mayor claridad… eso no está de acuerdo… qué es lo que dice… qué color… deténgase… no dé razones… de nuevo le digo que no se impaciente… no hay motivo para que esté tensa… escuche con atención y conteste con brevedad…

Esto duró más de dos horas. La mente de Martin giraba soltando chispas como una rueda pirotécnica. No tuvo tiempo ni de fumar un pitillo, pues tajantemente le dijeron que no se detuviese con nada. Aquello se parecía más a una investigación criminal que cualquiera de las que le hizo el magistrado, aunque la técnica era análoga: dejar que se relajase, suavizando así sus reflejos, y sus defensas, y luego atacar. Era un goleador rápido. El otro tiraba las pelotas con una curva lenta bastante engañosa. Tuvo la misma sensación con los dos: eran dos interrogadores profesionales muy expertos, que sabían cómo llegar a lo más esencial.

El doctor no mencionó el amor, aunque parecía capaz de calibrar finamente un asunto emocional en milímetros. ¿Cómo hacía el amor, con qué frecuencia, de qué manera, cuánto tiempo tardaba? Cuando al final desapareció la tensión, tenía la camisa empapada en sudor: en el sobaco, alrededor del cinturón, entre los hombros. Se sentía como si le hubiesen pegado y le doliese todo el cuerpo, y lo dijo. Por primera vez en bastante tiempo el profesor Comenius sonrió.

—Es una reacción nerviosa bastante común, su sistema mental es lento y no está acostumbrado a un ejercicio extenuante. He tenido que forzarle para que sus palabras no se perdiesen en una mescolanza de comparaciones y matizaciones irrelevantes: sencillamente son o constituyen el colchón sobre el que descansa su mente. Usted quiso…, no me atrevería a decir que burlarse, pero no pudo. Además su mente está muy rígida, aunque no es lenta. Sus neuronas reflejan un uso inhabitual. Hemos acabado. Espero enviarle las conclusiones, como muy tarde, al magistrado de la investigación, dentro de dos días. Usted ha sido útil y franco, lo cual ha simplificado la labor. Ahora quiero dejar unos cuantos puntos aclarados: antes que nada, como le dije al principio, esto es y

seguirá siendo confidencial. Se lo repito porque hemos grabado sus respuestas. Si le hubiera mencionado la existencia de un magnetófono antes, es muy probable que ello hubiese inhibido la capacidad de respuesta, hubiese empezado a dudar, hubiera sido cauto y hubiera tenido miedo. Bien, esta cinta no constituye ninguna evidencia en el sentido legal, usted no estaba bajo juramento, no es más que un intercambio verbal entre un médico y un paciente. Después que la analice, la borraré y dejará de existir la grabación. ¿Ha quedado bien claro esto? Nadie, salvo yo, tiene acceso a la misma. Ninguna de estas palabras saldrá de las paredes de este despacho, que es privado en el sentido de que nadie entra en él a menos que yo está aquí. Puede tener la seguridad de que ninguna palabra llegará a otros oídos. Espero que acepte esto sin reserva de ningún tipo.

Debido a que se sentía muy cansado, Martin asintió lentamente.

—Segundo y último punto: las conclusiones de esta y otras investigaciones no son bajo ninguna circunstancia concluyentes. Ayudan a comprender su estado mental y la exactitud de sus conclusiones y descripciones. No tienen nada que ver con las responsabilidades por cualquier otra acción. Si el magistrado de la investigación las usa es para aclararse las ideas y no para otra cosa. En caso de que en los tribunales se inicie un proceso en contra suya como resultado de sus conclusiones, no habrá ninguna evidencia debida a estas investigaciones. En resumen —dijo el profesor Comenius, uniendo las puntas de sus dedos y pronunciando lo que probablemente era un aforismo bastante usado— esto ha sido una cura rápida. De igual forma que si usted hubiese estado metido en zumo de naranja durante veinticuatro horas para estimular sus procesos físicos, así esta investigación ha sido un estímulo temporal de sus funciones nerviosas y mentales. Intente beneficiarse de la misma y acostúmbrese a pensar de manera clara y enérgica.

Se inclinó y apretó un timbre que había en la mesa.

—Dijkman, póngase en comunicación con las autoridades e infórmeles de que ya hemos acabado.

UNA PERSONA DESCONOCIDA con abrigo blanco hizo que Martin esperase media hora hasta que llegaron los muchachos de

azul. Hubo unas cuantas palabras, alguien firmó un formulario y regresaron aburridos en el minibús hasta la casa-prisión. En su celda había estado el bibliotecario, dejándole sobre la mesa dos libros nuevos. Estaba muy cansado y se dejó caer sobre el colchón. Aunque oficialmente era demasiado pronto para ello, nadie se fijó. Uno de los libros era un *pastiche*, una novela histórica inglesa llena de posadas y asaltos. Sin embargo la otra era de Simenon y no la conocía. Trataba de un asesino psicópata. A las diez de la noche, Martin ya la había terminado, y con cada minuto que pasó se sintió más asustado.

Durmió muy mal, dando vueltas, quejándose, rascándose, sintiendo hambre y náuseas una detrás de otra. Ni siquiera podía fumar. Y escuchó cómo los relojes daban las cuatro antes de sumirse, por fin, en el pesado y tardío sueño del gran agotamiento. Cuando se despertó aún se sintió peor. Intentó trabajar, pero el dolor de cabeza le fue desgarrando cada vez más. El olor del jabón le produjo náuseas. En aquella celda excesivamente caliente no había aire. ¿Habría Van der Valk descubierto algo que señalase en realidad a otra persona? ¿No sería probable que todo aquello del aficionado a la fotografía no fuese más que una gran mentira? ¿No se trataría todo de una elaborada farsa, pensada para que él bajase sus defensas y darle falsa confianza? Muy lógico sería esperar todo esto de ellos. No tenían pruebas y habrían de esperar a que él se las proporcionase.

Esperaban a que sus nervios le traicionasen, hasta que perdiese la calma. Van der Valk dijo que el magistrado sabía cómo sacarle la verdad, y todo, en resumen, apuntaba al hecho de que cada vez le apretarían más los tornillos hasta que se viniese abajo. Este hombre terrible de dientes de oro: «no tiene nada que ver con la responsabilidad». Una observación singularmente algo antiinformativa. Luego apuntaría «este hombre no está loco». ¿Lo estaría? Se leería en el informe: «totalmente loco, cometió el crimen, pero en la actualidad no se acuerda en absoluto de ello».

El magistrado iría sonsacándole velada y educadamente: «Corrupción y destrucción morales». Cada vez le acorralaremos más hasta que usted confíe y expíe. Sólo era insuficiente la cadena de pruebas circunstanciales; esperarían hasta que todo fuera incontestable. Si estaba loco le llevarían a un manicomio. Le

entregarían a otro grupo de lavacerebros para que jugasen con él. No, estaba cuerdo y resistiendo, escondiendo un conocimiento culpable, de manera muy inteligente hasta ahora, pero no podría aguantar mucho, lo vomitaría todo: ellos sabían cómo acabar con su resistencia. «Es probable que usted se sienta moralmente responsable. Situación terrible que trataría de evitar a toda costa. No tenemos ninguna prueba legal. Usted, nos la va a proporcionar».

Todos eran muy condenadamente educados, amables y simpáticos, los hijos de puta. Una amenaza afable, una tortura a *la chansonette*. «Diga lo que sepa, facilitará las cosas para usted. No imagine, piense». Expiación moral. ¿Qué quería decir? No se refería al suicidio, eso era un acto de desesperación, tampoco a la guillotina, por lo menos en este país. ¿Quedarse para siempre encerrado en la cárcel de Leeuwarden junto al doctor del cianuro y los otros asesinos? ¿Primero confesar? Adquirir la costumbre de pensar con claridad y energía.

—Ahora no piensas, sin duda alguna se trata de una fantasía. Empieza de nuevo, piensa con claridad y evita las fantasías. Sabrás la verdad. Entonces, ¿la mataste tú? ¿Fue cierto tu relato, sí, exacto, aunque faltaba una pequeña pieza? Llamaste al timbre de la puerta, ¿no? Tú llamaste, ella contestó, tú hablarse, ella habló, tú querías hacer el amor. Fue en esta ocasión y no en la otra, en que fuiste impotente, y, de pronto, la impaciencia dio lugar a la rabia desesperada de un hombre esclavizado, humillado, y finalmente castrado. Y ya no pudiste soportar más. Fuiste a buscar donde estaba guardada la pistola, pues lo sabías, y esperaste hasta que la realidad hizo que los ojos de ella brillasen con terror, y entonces, le disparaste cuatro tiros al estómago de esa perra. Sí, sí, con balas de plata, sin duda alguna. De nuevo la condenada fantasía. Todo eso es una inmensa tontería, pero ten cuidado, vas cuesta abajo, ¿eh?, has de tener precaución. Disciplina. ¿Cómo se consigue? Oraciones. No me acuerdo de ninguna oración, pero tengo que despejarme la cabeza. Si uno no es capaz de hacerlo precisa ayuda. Dios está aquí, ¿no? Sí, lo sé, sólo rezas cuando tienes miedo. La última vez fue en la guerra cuando te decías que uno no oye la bala que te mataría. Primero el sonido y después el breve silbido que te dice que es una ochenta y ocho. Basta ya de esto y ponte de rodillas en el suelo. *Merde*. Acaba con eso. El suelo me ha hecho daño en la rodilla.

¡Dios, si llega una bala que me hiera en una parte que me dé unos cuantos segundos para hacer el acto de contrición! Y que no me quede ciego, por favor, Dios, ni me castre, la muerte si así lo quieres, eso es mi meta, pero no se lo digas a ese hombre que está allí con la Spandau. ¡Oh, Dios mío! Controla tu imaginación, muchacho.

Rezó, lentamente dijo varios «padrenuestros».

—Deja de respirar y di uno, di tres antes de encender otro pitillo y piensa lo que dices.

TODO EL DÍA SE EXTENDIÓ a su alrededor lleno de horrores que le oprimían con sus sucias y pegajosas manos. Le amenazaron hasta hacerle llorar y gemir una docena de veces. Sí, él la había matado, pero dejadme ahora tranquilo. En sus momentos lúcidos se decía que no fuese tan tonto.

—No seas tonto; no sólo eres tonto, sino *sufferd, klootzak*. ¿No conoces otros idiomas? ¿Por lo menos insultos en español y en italiano? Sí, *Stronzo, pirla, froggio, finocchio, osso, buco, gazo, fica. Menos male; va*.

Necesitaba aire fresco, sentir el húmedo viento en su rostro y caminar por las aceras lluviosas, escuchar por si había un bote, allí en el Amstel, dirigiéndose hacia el puente Sapharti oscilando hacia ella y arrastrándose hacia el corazón de la ciudad. Su suave estela golpeando contra el muelle junto a Carré. Del otro lado del agua está Standhouderskade que se dirige hacia él Leidseplein. El paseo favorito de Elsa. A dos minutos de este agua, en medio de las anticuadas calles alrededor del Vermeerplein, justo antes de llegar al ruidoso tráfico de la Van Boerlestraat, está la Matthew Marisstraat.

Aquella noche, cuando le contó la historia a Van der Valk, viejas heridas se abrieron ante Martin, de amor, odio y esclavitud. Él había sido como un pequeño burrito para ella, que le llevase la cesta de la compra. Por el canal hasta en Nassaukade y la tiendecita junto al puente de Rozengracht donde compraba el queso. El carnicero barato y el carnicero caro, la tienda de vino de la Vermeerstraat, el estanco y el tinte, el ferretero Albert Jejin y De Gruyter y Simon de Wit: todo el vecindario sabía lo que él era,

ya que todos los meses iba a la farmacia a buscar aquellos grandes paquetes anónimos. Las cosas que uno hace cuando está enamorado y es joven y cree que ninguna otra persona en el mundo siente lo que uno siente.

Aún ahora, después de diez años, no habría comprado ni siquiera una caja de cigarrillos en todo el vecindario, por temor al mínimo brillo de reconocimiento en los ojos del estanquero.

¡Cuan joven y ridículamente inmaduro había sido dedicándose a hacer gustoso cosas increíbles para *èpater le bourgeois*! No es fácil escandalizar a los nativos de Amsterdam y además hay muchísimos otros jóvenes que tienen gustos pueriles y chillones.

Ella odiaba Matthew Marisstraat y la llamada, de forma bastante injusta: Achterbuurt, que quiere decir «sucio barrio». De manera espantosa envidiaba a Toon, quien tenía éxito y ganaba buen dinero, además vivía en el bello distrito cercano a Beatrix Park. Ella quería vivir mirando al agua, pues bien, lo había conseguido. La casa de Josef Israelskade no era un sueño de lujos, pero por lo menos estaba en el Amsterdam-Zuid y daba al agua. Había que ver cómo maldecía cuando los niños gritaban jugando en la estrecha calle, con lo cual el sonido resonaba entre las altas casas. Y decía que era como vivir en el Jordaan. Detestaba el digno barrio de Museumplein, sólido, pesado y bastante feo. Pero por lo menos, a través de aquellas paredes de ladrillo, uno no veía cómo se rascaban los vecinos. Mejor así, pensó él sonriendo y recordando los caprichos de la pasión. Las rosas que tenía que cortar con sus dientes. Amor bajo la ducha; amor sobre la mesa de la cocina; amor en Amsterdam. Pensaba que el amor era así. Y el recuerdo le proporcionó más bien poco placer.

Detén el condenado fluir de la conciencia, idiota, piensa. Di más oraciones. No resultaba fácil, pues hacía doce años o más que no iba a misa. No podía recordar más de «Júzgame, oh Señor» —lo cual era desconcertante— y «Lavaré mis manos entre las de los inocentes» —que apenas si le servía de algo—. No, de nada valdría. *Credo in unum Deum*, esto era mucho mejor. Creo en un solo Dios. Gran vacío en la memoria, algo sobre Poncio Pilato, de quien siempre había pensado que había tenido muy poca suerte, ya que trató de hacer lo mejor que pudo para salir de una situación decididamente difícil, hasta que casi llegó al final de la oración.

Creo in unam, sanctam, catholicam ecclesiam. Aquello no sonaba bien, adjetivos latinos, olvidados, de todas formas nunca los había usado bien. Además creía que faltaba una palabra. Trata de recordar. Piensa en Maria Laach, y en los monjes que se arrojaban frases de uno al otro lado del coro: lluvia de doradas pelotas. Notas bordadas como viejos manuscritos, sólidas mayúsculas góticas que se convertían en alegres pájaros y flores. Ya lo tengo: *Unam sanctam* por un lado, y a continuación apareció lo que faltaba: *apostolicam ecclesiam*.

Luego venía algo sobre un bautismo y la remisión de los pecados. No era una oración muy eficaz.

Se dio cuenta de que se hallaba en las garras de la neurosis e hizo un esfuerzo considerable, encendió un pitillo y con las piernas cruzadas se sentó en el suelo. Era una ligera neurosis temporal, inducida por aquel maremágnum psiquiátrico y el agotamiento de la incertidumbre. Las compensaciones o las adaptaciones o lo que fuese, se habían descarrilado un poco. Todos estos eran síntomas: el sentimiento de que las personas le atrapaban era sencillamente esquizofrenia, y esta idea ridícula de ser un asesino que se olvidaba de su crimen, una ilusión común: la vieja leyenda del otro ser igual a uno que hacía cosas malvadas. Ahora métete en la cama y compórtate razonablemente, así es que no salgas corriendo y afirmes que mereces el castigo sólo para purgar un sentimiento de culpabilidad.

Era la historia de siempre, que una y otra vez intentaba aumentar la autoimportancia de uno mismo. Cada vez que se comete un crimen un montón de lunáticos sale corriendo hacia la comisaría de Policía más próxima, con confesiones elaboradas, ingeniosas, y totalmente imaginadas. Se quedó dormido pensando en el cura del ejército, aquel joven jesuita belga que sonreía cuando los otros le llamaban cornudo y adaptaba letras propias inspiradas en los salmos o las canciones sobre Angeline, cuyos versos siempre tenían que rimar con culo, pero ni siquiera los alemanes eran capaces de cantar como nuestro grupo.

DE NUEVO EL MINIBÚS, la ratonera conocida, el rostro demasiado familiar de Molenaar que sonreía reconociéndolo o bien

de gusto por verle de nuevo. Martin dijo buenos días, pero como un hombre que no está muy seguro. El agradable despacho del señor Slotemaker de Bruin, bastante oscurecido por el tiempo que hacía. Era un día terrible, con aguanieve y mucho viento. Y el hombre tenía encendida la lámpara de lectura. Llevaba un traje oscuro algo rojizo, con unas débiles rayas verdes y una corbata color albaricoque. No parecía en absoluto un fiscal, ¿aquello sería una buena señal? Sus ojos tenían un brillo marcadamente verdoso. Empezó sin ningún preámbulo.

—He recibido el informe de la clínica del profesor Comenius, no ha encontrado ninguna duda en sus declaraciones, ni hay razón para dudar de ellas. Le describe como persona lúcida y con facultades para expresarse a sí mismo. Dice que usted tiende a irse por las ramas y a la verborrea y a tardar mucho en ir al grano. Hum, bastante parecido a algunos oficiales de justicia. Sin embargo cree que usted es un testigo observador y amigo de la verdad y que…, se me ha ido el santo al cielo…, su opinión de las cosas sólo se ve distorsionada de su manera normal por su visión personal. Para ser psiquiatra es singularmente elogioso. Eso es todo lo que dice que usted debe conocer. Como es lógico su informe es confidencial. Apenas si tengo algo que añadir, he pensado mucho sobre este asunto, voy a comunicar a las autoridades interesadas que no creo que se protejan los intereses de la justicia al mantenerle a usted más bajo custodia.

Martin, absurdamente, intentaba recordar unas coplas obscenas de su niñez que cantaban los niños pícaros, sin embargo, sólo pudo recordar el último verso: «De los asuntos del culo, no me ocupo ya». Parecía perfecto para la situación. Sentía un deseo inmenso y pueril de verse libre de toda preocupación.

Se abrió la puerta y entró la mecanógrafa: gruesa mujer madura con los dedos ágiles de una estenógrafa. Se notaba que llevaba un corsé muy apretado debajo de aquel traje negro bien cortado, aunque la blusa no tenía nada que ver con él. Su amable rostro que recordaba un bollo de pan, estaba limpio de maquillaje y cruzado por finas arrugas profundas. Murmuró algo.

—Muy bien —dijo el magistrado— lo siento y no lo haré esperar mucho. En realidad, pensándolo con mayor detenimiento, no tiene por qué esperar en absoluto. Dígale que tenga la amabilidad de

pasar.

La mujer salió moviéndose con espontaneidad, y al poco tiempo, el rostro no despejado de Van der Valk apareció en la puerta. Martin esperaba con cierto grado de diversión, ver si el magistrado alteraría su estilo verbal con el policía.

—Querido inspector, buenos días. Le ruego que se siente. Le pedí que me concediera algo de tiempo. No estoy satisfecho con la idea de que nuestro amigo aquí presente sea responsable del asesinato de la desgraciada *Madame* de Charmoy. Le he dicho que me propongo ordenar su libertad provisional. Desde luego que sabe que queda en todo momento a la disposición de usted como testigo, en caso de que surja la necesidad. Ahora bien, me gustaría saber si puedo beneficiarme de sus conclusiones. Quizá usted haya hecho nuevos descubrimientos. Será mejor que la investigación proceda sobre otras bases, cosa en la que no hay ni que decir, tendrá mi confianza y apoyo.

Van der Valk no miró a Martin, su voz sonó inalterable.

—Tenemos más que otra base esencial. Me agrada poder decir que estamos llevando a cabo una investigación muy prometedora de la que me gustaría informarle, señor.

—Eso me da ánimos. Un momento —y se volvió a Martin—. Me agrada saber que su confianza se ha visto recompensada y espero que no sea necesario que le vuelvan a traer aquí. Y he tenido mucho gusto en conocerle. Molenaar, quizá no le molestaría acompañar a nuestro amigo hasta que yo hablase con el director de la casa-internado.

Fuera, el policía sonrió débilmente a Martin.

—Entonces se larga. Buena suerte.

—Ha sido muy agradable el haberles conocido a todos ustedes, pero no puedo decir que lo siento —sonrió Martin.

TRES HORAS MÁS TARDE, con su maletín de fin de semana sobre el hombro, luchaba contra un fiero y fuerte viento mientras se encaminaba por la Marnixtroet.

Las ventanas del autobús de TARDE, Haarlem estaban empañadas por el agua que corría. Los viandantes, a toda prisa, se veían empujados por el aire como hojas a través del espacio abierto;

volaban los sombreros como alondras camino del cielo. Una pomposa mujer, cuya sombrilla se había vuelto debido al ímpetu del viento, fue grosera con el conductor, quien, bastante adrede se pasó su parada de Halfweg. El agua del Amsterdamse Vaart temblaba y chocaba contra las orillas del canal como un niño aburrido que dibujase sin saber qué.

Al cabo de otra hora se encontró bebiendo café en su propia sala de estar, mientras Sophia revoloteaba a su alrededor.

—Antes que nada saldré y te compraré un bisté enorme y haré bearnesa, ¿te apetece?

—Muy bien.

Se sentó como un sultán leyendo los periódicos semanales, comió alegremente aquel enorme bisté y regresó a sus periódicos mientras ella fregaba. Y ya estaba medio dormido cuando ella regresó, cambiada de atuendo y trayendo té y chocolate.

—Tengo una botella de marc, la cogeré y después te contaré lo que me ha pasado todos estos días.

Después de haberla visto por última vez en el Palacio de Justicia, el día que se lo llevaron a la casa-prisión, Sophia, bastante tentada de echarse a llorar, se quedó sentada unos cuantos minutos para acabar el pitillo. Van der Valk había desaparecido y ella se sintió un tanto sorprendida cuando se le acercó en la acera.

—Si quiere, la llevo.

Sophia entró en el Volkswagen y el coche avanzó por el tráfico, sin embargo se detuvieron en el aparcamiento junto a la Marnixstraat, donde se coge el autobús para ir a Haarlem.

—Mire, me gustaría hablar un poquitín, ¿puede ser?

—Adelante.

—¿Tiene prisa? Puedo llevarla hasta Haarlem, o podría verla esta noche, si así lo prefiere.

—Ahora no tengo prisa y sin embargo esta noche estoy muy ocupada.

—Muy bien. Tengo la plena seguridad de que su marido no ha matado a nadie. También tengo la confianza en que el magistrado de la investigación llegará a la misma conclusión que yo, aunque quizá le llevará varios días. Está claro que todo esto es una maniobra para ganar tiempo. Aunque no poseo pruebas de nada, sí poseo en este momento un testimonio importante de evidencia

indirecta. Bien, no quiero que usted piense que estamos haciendo una víctima inocente de su marido, ni quiero que vaya a ver a los abogados ni crea que voy a hacer desaparecer esta prueba. ¿Me equivoco o es así como usted piensa?

—Tiene razón.

—¿Se tranquilizará si la dijese lo que sé?

—Creo que tengo derecho a saberlo, ¿no?

—Pienso que sí, aunque dudo si debo de mostrarle esto, pues se trata de un asunto bastante horrible.

—Mucho más horrible para mí sería que juzgasen a mi marido por un asesinato que no ha cometido.

Se quedó estudiando el rostro de ella un momento y luego asintió metiéndose la mano en el bolsillo. Habían desaparecido los sobres que Martin viese, y las veinte y pico fotos que le entregó, estaban ahora envueltas en papel fino, metidas en una vieja cartera. Con cuidado Sophia las desenvolvió y las fue observando una a una. Van der Valk contemplaba su rostro de madera con algo de curiosidad. Tras verlas todas, Sophia volvió a mirarlas, antes de envolverlas de nuevo y devolvérselas.

Las fotos eran todas de Elsa. En ellas aparecía con una máscara negra, aunque totalmente desnuda. La primera docena eran sencillamente una serie de poses encantadoras, voluptuosas y complicadas. Se las habían tomado en su sala de estar, cuidadosamente iluminada y fotografiada con mucha experiencia y un marcado sentido artístico. Llevaba el pelo muy bien peinado y el cuerpo aparecía tratado para realzar los efectos.

Las otras eran diferentes. Aunque marcadamente artísticas, con una buena composición, y en lo técnico, extremadamente buenas. Las habían tomado con un disparador automático. Elsa volvía a aparecer con la máscara. Su sonrisa en primer plano era casi un rictus y el sudor le brillaba en la nariz. La cabeza del hombre iba enmascarada con un cucurucho negro, como los del Ku-Klux-Klan. Estas fotos eran de una obscenidad cuidadosa y estudiada y muy efectiva. Las últimas eran en verdad chocantes.

Sophia sonrió con un algo de perversidad a Van der Valk.

—Quedarán muy bien en las paredes de su despacho.

Aliviado él le devolvió la sonrisa.

—Con excepción del inspector jefe, nadie las ha visto hasta

ahora.

—¿Y qué le dijo?

—Nada. Se manchó con café la camisa. Ya sabe, nos caen bastantes de estas, pero no es frecuente la calidad. Están muy bien hechas, ¿eh? No son una chapucería. Además se nota que la modelo conoce y goza con su trabajo, lo cual es también raro.

Su voz no era maliciosa.

—Conque hay un hombre y ese es su retrato, hasta cierto punto.

—Sí. Y debe de estar temblando, pues no sabe si las hemos encontrado o no. Y lo teme. Debe de estar sudando la gota gorda. Sin embargo, mientras su marido esté en la cárcel, se creerá a salvo. ¿Lo comprende ahora? Hará todo lo posible para hacerse con ellas. Pero la situación es difícil. Es posible que no se atreva a entrar en el piso, por temor a cometer un error y hacernos ver que lo ha cometido. Hasta ahora no ha intentado hacer nada. Quizá no sepa dónde las escondió ella. Él está muy despierto y tenso, eso es bueno, pues así es más fácil que cometa una equivocación. Sin embargo, la mínima sospecha de que estamos detrás de él, hará que desaparezca. No conocemos su cara. Es posible que encontremos a un tipo parecido, pero tendríamos que cogerle y decirle: «Muy bien, tú, quítate las ropas y repite lo que ves en esta foto. Y siento que no tengamos a una mujer a mano». Espero no ofenderla. Me siento inclinado a pensar que esto es un negocio: la máscara de la mujer aumenta el estímulo y es una prenda que se usa mucho en pornografía. Sin embargo la máscara del hombre es un disfraz. Quizá pensaba venderlas. Se obtiene buen dinero, ¿sabe?, aunque necesita sitios muy seguros para venderlas: tiendas de antigüedades, librerías, tiendas dedicadas a la fotografía.

—Debe de tratarse de alguien que apareció hace poco tiempo en su vida, ¿no? De lo contrario ya habrían encontrado alguna pista de él.

—Tiene razón. Se trata de un personaje totalmente nuevo. Mire, si no le molesta, mañana la visitaré por la noche en Haarlem. Espero haberla tranquilizado. Su esposo no sufrirá nada en la cárcel y tampoco estará mucho tiempo. ¿Quiere que la lleve a su casa?

FUE CUMPLIDOR CON LA PALABRA dada y a la noche siguiente

la visitó. Sophia le hizo café y le sirvió una buena copa de ginebra.

—La gente creerá que yo sospecho de usted y que he venido para sondearla —dijo contento, relajándose y cruzando las piernas.

Ella se sirvió una pequeña copa de ginebra y se sentó en posición recta.

—Dígame por qué ha venido entonces.

—Influye mucho hablar con una persona interesada, pues ello es muy común. Ayuda a meditar y a desenmascarar el misterio.

—¿Y qué opina su esposa?

—Regla número uno: nunca hablar del trabajo en casa. A mi mujer le aburre y le molestan las charlas de ese tipo. En este caso es todo lo contrario de usted. Además usted está en una situación peculiar, quizá creo que me he excedido con su marido y ahora necesito justificarme. Y usted, más o menos, conoce todo el asunto.

—¿Más o menos? Yo no se nada, yo no estoy interesada en Elsa de Charmoy. Yo la detestaba. Sin embargo, tampoco quería someter a mi marido a una investigación completa. Lo que él me cuente será a grandes trazos. Mañana puede usted liberarle sin tener nada en contra de él. A pesar de todo, habrá estado en la cárcel bajo la sospecha de haber matado a una mujer que una vez amó. Tengo el ligero presentimiento de que usted me quiere interrogar. ¿Me equivoco?

—Hasta cierto punto es verdad.

—Hum, sin duda alguna, es mucho más probable que la haya matado yo, a pesar de todo, supongo, que de momento creerá que yo no la he matado y que no sé nunca, ni que nunca llegué a visitar la casa de Josef Israelskade. ¿Quiere contarme la historia?

Van der Valk le contó la historia de manera concisa, clara y fluida. Sophia le escuchó sin interrumpirle. Se sirvió otra taza de café.

—¿Y ahora qué?

—No resulta muy fácil decirlo. Hay dos métodos clásicos: uno es moverse con sigilo, echando redes por todas partes y luego recogiéndolas hasta que nos encontremos con un tiburón clásico. El otro es hacer un gran alboroto, detener a la gente o decir que se los ha detenido, hacer que los policías vayan por todas partes disfrazados de lectores de contadores de gas, diciendo que están muy interesados en fotografías de mujeres desnudas y si hay alguien

que las venda. De lo que se trata es de poner al tío nervioso, de que pierda la cabeza y se descubra. Es un método popular porque la gente hace tonterías y éstas los descubren. Aunque no muy bueno en este caso, porque creo que él ya está dispuesto a escapar. No hay pistas para identificarle, ya que todo el mundo usa cámaras fotográficas, no hay nadie que lo prohíba. No, en este caso, echamos las redes y empezamos a barrer sin hacer ruido. Por ejemplo, podría ser un fotógrafo profesional, ¿no? Hasta ahora he visitado a todos los profesionales entre Den Helder y Amersfoort, ¡y vaya si los hay! Lo más probable es que viva en Amsterdam, aunque dado que no sabemos nada, también podría vivir en Noordwijk o en Witgeest. Sin embargo, debería vivir muy cerca de Josef Israelskade, ¿no cree?

—¿Por qué lo dice con tanta decisión?

—No lo sé, es un instinto.

—Veamos cuál es su opinión.

—De acuerdo. Usted dijo que nadie había observado a ningún extraño en el barrio en un principio. Ello me resulta sorprendente. La vieja, los vecinos, la Policía. Aunque sólo la visitase de noche, creo que alguien recordaría haber visto un rostro desconocido, un rostro extraño, algo. ¿Acaso no es lógico suponer que no se tratase de ningún extraño? ¿Acaso no es probable que viviese en la misma calle?

—Siga con su idea.

—No tengo más que decir, aunque ahora que me paro a pensar, veo que ninguno de sus amigos sabía que ella anduviese con alguien desconocido.

—Sí, y eso es bastante desconcertante. Y señala a alguien de su pasado, para lo cual su marido venía de perilla, demasiado bien, diría yo.

Bien, es normal que si uno conoce a alguien, sus amigos también le conozcan, pues le verían en la casa de uno y es muy probable que también le llevase a las casas de ellos. Sin duda alguna alguien le habría visto, aunque en parte es muy improbable.

—Siga, me interesa.

—Ella se movía en un mundillo pequeño, como lo hacemos todos, en realidad, salvo los policías. No me la imagino ligando a alguien en la calle o en un café. ¿No sería más lógico que se tratase

de alguien de los alrededores, a quien hubiese conocido en una tienda, o enfrente del rellano de su puerta? ¿Alguien a quien la vieja conocería, pero en quien no se fijaría, ya que pasa por la calle todos los días para coger el tranvía? ¿Tiene todo eso sentido para usted?

Van der Valk acabó el café frío.

—Es la explicación de una mujer, pero de todas formas es la explicación de algo que me ha preocupado desde que empecé con esto. No me gusta en su totalidad, pero me ha sugerido una idea.

Se llevó un cigarrillo a la boca y señaló a Sophia con la caja de cerillas.

—La ratonera. Técnica de la Policía desde los tiempos de Noé, modernizada por la gestapo.

—¿Cómo?

—Mire, hemos registrado las tiendas de fotografías y similares, pero nada de lo que hallamos nos vale de mucho. Técnicamente las fotos son corrientes, papel normal, película Gevaert, cámara pequeña: Leika o Contax, y en la actualidad es muy probable que hasta japonesa. Los reflectores seguramente le pertenecían a ella, pero de todas formas lo hace un fabricante que los vende por cientos. Todo es muy vago. Sin embargo, sus suposiciones me han dado una idea. En este caso la ratonera será una cámara de cine, con gran angular, teleobjetivo, bla, bla. La colocamos en Josef Israelskade con un hombre que sepa usarla. Filmamos unos cuantos metros interesantes de transeúntes y hacemos un documental con las costumbres de la calle. De esta forma uno se entera de todo lo que pasa en un sitio, pero hay dos desventajas: lleva tiempo y es costoso. Sin embargo, quizá valga la pena hacerlo.

Sophia tomó un sorbo de ginebra y movió el hielo suavemente dentro del vaso formando dibujos con las gotitas del líquido.

—Todavía duda algo de mí.

Van der Valk estiró los labios y se sacudió la nariz, y Martin habría reconocido que aún dudaba.

—Sería mucho más fácil, ¿no? No me gusta la idea de tener que rebuscar medio Amsterdam tras un hombre del que no sé ni siquiera qué aspecto tiene. Con toda la gente que vive amontonada por ahí entre la Mauvestraat y la Lutmastraat y tras el canal. Podría vivir en cualquier sitio de esta zona. Al mismo tiempo, hay una cosa que nos

ayuda. Él está interesado en la casa de Josef Israelskade y creo que la vigila, debido a las fotos. Querrá saber si las hemos encontrado, estaban muy bien escondidas.

Poniéndose en pie añadió:

—De todas formas, muchas gracias por su sugerencia.

Con gravedad, Sophia dijo:

—A usted.

—ESO PASÓ HACE unos cuantos días y no le he vuelto a ver —dijo Sophia partiendo la barra de chocolate con un chasquido.

—Hum… Le vi esta mañana en el despacho del magistrado, pero desde luego, no hablé con él. Dijo que tenía una cierta pista y debe de ser cierto, de lo contrario no hubiera ido a verle, a menos que se enterase de que me iban a soltar, pues esto echa a perder su plan. La idea era mantenerme en la cárcel hasta que supiese algo sobre las fotos. No sé, me largaron en seguida, ya sabes, informes confidenciales y demás.

En ese momento sonó el timbre de la puerta con cierta urgencia.

—Me apuesto lo que sea a que se trata de la Policía.

Era cierto. Como un actor que tiene que hacer su entrada en un momento determinado, apareció Van der Valk todo sonrisas y felicitaciones.

—¡Qué gusto da sentarse en una butaca cómoda para hablar con usted! —sonrió Martin.

—No sólo he venido para hacer chistes. Tengo algo importante que comunicarle.

—¿Le gusta el marc?

—No sé, ¿qué es?

—Tome. Por usted. Dijo que me sacaría y así lo ha hecho.

—Está bueno —dijo probándolo Van der Valk—. No, el magistrado le dejó ir por su propio deseo, sin tener en cuenta lo que yo tuviese que decir. Como usted sabe, hoy me reuní con él. De acuerdo, le soltó e iba a comunicarlo a la Prensa. Y para evitar que lo hiciera le tuve que enseñar mis cartas. Gracias a Dios creo que esto va camino de aclararse. De entrada, las fotos, usted hubiera debido ver al magistrado. Las llevó hasta la ventana para verlas con buena luz. Se rió cordialmente y después, con su tono más

desagradable, dijo:

—Si tengo que acusar a este tipo, más le valiera no haber nacido.

Usted sólo le conoce con sus buenas maneras, pero debería verle con la toga en el tribunal, incluso me asusta a mí, créame.

Con cierto resquemor, Martin dijo:

—Parece que estas fotos son cachondas. ¿Podría verlas ahora que todo el mundo ya se ha reído de ellas?

—Ya no las tengo conmigo, él se las quedó. Tenemos copias, pero están en el despacho.

Y con voz feroz añadió:

—De todas formas, usted es el chico que vio más de una vez a esta belleza quitarse las bragas.

Martin se sintió derrumbarse ante la sonrisa sarcástica de Sophia, mientras el otro seguía:

—Sin embargo, y dado que su señora me dio la idea y que usted está todavía metido en esto, le voy a contar una cosa que es asunto de la Policía. Hice lo que pensaba y puse una cámara en la Josef Israelskade. Me pareció una buena broma el tratar de hacer nuestro propio objetivo indiscreto. Bien, ayer el operador filmó algo interesante: apareció un hombre por el puente de madera desde la Waalstraat. Durante un segundo miró la casa, y volvió a mirar. Nosotros le seguíamos, claro. Yo diría que clavó la vista, como si algo hubiese cambiado llamándole la atención, siendo lo bastante importante como para que dejase de andar, cosa que hizo, aunque sólo un instante. Ya sabemos que hay muchas personas que miran, pues la calle apareció en los periódicos, aunque no dijimos en qué casa fue. Por consiguiente, los curiosos y los retorcidos miran a la fila de casas y dicen: «¡Oh, en una de esas se ha cometido un crimen horrible!», y se quedan con la boca abierta.

E imitó el gesto de los viandantes morbosos.

—Ese tío es diferente, y fue una suerte que yo tuviera a alguien inteligente detrás de la cámara, pues lo captó todo, con gran claridad y perfección de foco. Salió la expresión estupendamente. Es extraña, expectante y casi estimulada. Mire, para filmar tuvimos que subir las persianas venecianas. Desde el día de la muerte habían estado bajadas y era la primera vez que aparecían subidas. Bien, esto es algo que no chocaría a un transeúnte normal, ni le

importaría si están subidas o bajadas. Sin embargo, el personaje en el que pensamos ha mantenido muy vigilada la casa y notaría la diferencia inmediatamente, y pensaría que estaríamos registrándola de nuevo, ya que desde luego, la cámara no se ve desde la calle. Todo fue muy rápido, su mirada fue veloz, aguda y sólo se detuvo un segundo. Luego empezó a moverse, dudó un minuto y siguió calle adelante, como si nada. De todas formas, pensé que era hora ya de probar su teoría un poco, señora, e hice que sacaran fotos de la película y se las enseñé a la vieja. Son muy claras, se las enseñaré; lo tomamos de frente, de perfil y por la espalda. Y al final la condenada vieja ha sido útil. Dice que le ve a menudo, y que en realidad, tal como usted me sugirió, pasa por el muelle todos los días, aunque no tenga importancia si es para cruzar el Amstel o para tirar por el Van Woustraat. No sé dónde trabaja, por lo menos no en una tienda de fotos, ya que hemos investígalo todas las de la ciudad. Aunque no estoy seguro, tengo la impresión de que se asustó. Éste no es un estúpido, puede que se le haya ocurrido entrar en la casa, pero ahora no se atrevería. Por tanto, de nada valdría hacer ningún truco sucio como escondernos en la oscuridad esperando a que llegue. Es posible que no sepa dónde ella escondió las fotos y es posible que ni siquiera suponga que las había guardado. Lo que quiero decir es que estaría de acuerdo con el carácter de Elsa el haberle dicho que las había destruido. Puede que él se lo juegue todo a la suposición de que no las hayamos descubierto y no busquemos algo que no sabemos que existe. Hoy no la aparecido por allí, lo cual no quiere decir mucho. Me gustaría saber dónde vive, pero no tenemos bastantes hombres rara vigilar todas las esquinas: no somos el F.B.I. con mil yudokas expertos y una cámara de televisión escondida en la camioneta de un panadero. El no contar con todas estas porquerías quiere decir que tenemos que usar la materia gris. El magistrado está de acuerdo en que ahora no se puede hacer nada de momento. Le han gustado las fotos del hombre, pero dice, con toda razón, que no son concluyentes. Si en esta ruta lo encontramos mañana, pienso aumentar un poco la presión, para ver si se asusta. El problema es dar con algo concluyente. No puedo comparar las fotos con el aquelarre enmascarado, pues aunque ambos tipos tienen la misma altura y complexión, también hay unos cuantos millones con las

mismas características. De todas formas, las ropas cambian un cuerpo muchísimo. Queremos hallar algo que lo ate a Elsa o a las fotos atrevidas, y éstas no son evidencia de nada. No hizo más que caminar por la calle y mirar la casa. Vaya situación difícil. Mire, quiero que se quede en casa con la boca cerrada. He venido a decirle eso. Repito quiero. En realidad es una orden, ¿me entiende? Ningún periódico sabe oficialmente que le hemos soltado. Sin embargo, tienen el derecho de publicarlo si se enteran. Nos descubriríamos, se vería que queremos esconder cosas, y no nos quedaría más remedio que decir que tenemos nuevas pruebas. Si cualquiera viene por aquí y le ve bebiendo cómodamente ginebra en vez del café del Gobierno de la Wateringschans, entonces nuestro amigo se enterará, y si por casualidad me he equivocado de tío, habré echado a perder todo el asunto y me mereceré todo lo que quiera decirme el magistrado.

VAN DER VALK ACABÓ su largo monólogo con una voz firme y seria y después lanzó una columna de humo al techo. Martin le observaba impasible.

—¿Cree usted que el cameraman me conoce, quiero decir, de vista?

—¡Claro! Desde luego que le conoce.

—¿Cómo se atreve a decirlo con tanta certeza? No sabemos que me haya visto. Ni siquiera sabemos por qué asesinaron a Elsa. Parece como si tuviera que ver algo conmigo y lo estuve dando muchas vueltas en la casa-prisión, pero ahora me siento inclinado a considerar la relación que tengo con todo ello como pura coincidencia.

—Sí, coincidencia —dijo con sorna el comisario—. Es parte de la misma pauta. Es cierto que no sé con exactitud por qué la mataron en este momento, aunque me lo imagino, pero no me importa. El comportamiento conduciría finalmente a la violencia, pues era parte del carácter de ella. Usted le tiró una bolsa de agua caliente, más tarde o más temprano, alguien le dispararía un tiro. Respecto a que él le conozca le pregunto si se le ha olvidado cómo le cogí con mucha rapidez antes que a nadie.

—Por la foto mía que está en la Kalverstraat.

—Tomada en la calle. Nunca sabemos cómo, pero para mí resulta fácil. Ella estaba en la calle con un amigo y le vio. Con un impulso súbito diría: «Fotografía a ese hombre que está mirando la ventana». Él llevaría su cámara pequeña y le gustarían ese tipo de cosas. Llevemos las cosas aún más lejos, digamos que ella nunca le dijo quién era usted: uno de sus pequeños misterios, aunque puso la foto en la cómoda. Él la tomó y la reveló y quizá se quedó con una copia. Le ruego me preste atención. Una noche él está con ella, hacen el amor y luego discuten. A ella le encantaban las discusiones, las intrigas, los celos, pues aumentaban la tensión. Junto a su hambre sexual ella necesitaba mentir y confundir: era el eje sobre el que giraba su carácter. De pronto, suena el timbre. Nadie contesta. Usted, abajo, da unos pasos hacia atrás y mira a la ventana, como todo el mundo cuando no contestan al timbre. Supongamos que él, en lugar de ella, se acercó a la ventana para ver quién era aquel que llamaba tan tarde. Sobre todo porque desde los últimos tiempos no le gustaba recibir visitas. Con bastante claridad y a la luz de la calle, le identifica como el de la foto. De igual forma que el policía le reconoció por la misma foto, si quiere todo esto es una coincidencia, pero esencial. En mi opinión todo gira alrededor de eso. Usted tiene, más o menos, el mismo gesto que en la Kalverstraat «ese hombre; se conocen. Él sabe dónde vive ella y acude tarde de noche». Es posesivo y piensa que usted sólo viene por una cosa, conociendo los tejemanejes de Elsa. Los celos y la rabia se encienden como la gasolina. Pierde el control y corre al escritorito: en una caja de puros está la pistola. Quizá ella también corre pensando que él buscaba la foto; tal vez luchan. Él puede más y le da lo que se merece con el arma. En una habitación pequeña un ruido fuerte y resonante. Él se asusta y ello le aclara la mente: la ve tirada en el suelo, sin saber siquiera lo que le había pasado y piensa que ha muerto. El amante es lector de libros y sabe lo que debe hacer. Una mujer muerta…; entonces saca el pañuelo, limpia el arma y se la coloca en la mano de ella. Después ella la dejaría caer, ya que sus huellas aparecen por todas partes. Quizá también hubiese un vaso, una taza. Hay que limpiarlo todo, todo lo que pueda haber tocado él. Le lleva unos cinco minutos o quizá menos. Se queda pensativo, preguntándose si se ha olvidado algo, cuando ella se mueve, se queja y quizá hable. No está muerta y es fácil que

ni peligrosamente herida, y si se anda con prisa se podría salvar. En este momento vemos al amante con una luz clara. Se asusta, echa a correr, da un portazo, baja los escalones de tres en tres, lleno de pánico, y la deja morir. Cuando está fuera, tiene la suficiente calma como para caminar normalmente. Es posible que usted esté todavía por allí, sin embargo, no le conoce, nadie le conoce, él era el pequeño secreto de Elsa. Se mete en la cama sudando. Luego se calma y reflexiona que nada en realidad puede relacionarlo con ella, siempre que la Policía no encuentre las fotos. Pero esto no sucederá, son muy estúpidos. Se siente salvado cuando lo detienen a usted y, lo que es mejor, usted no es capaz de dar una explicación que nos satisfaga a nosotros. Él piensa que obró bien: ella le traicionaba con usted. Ha obrado muy bien, se ha vengado de los dos, casi se siente feliz, salvo por la minúscula intranquilidad de las fotos, ya que la Policía sigue vagando alrededor de la casa. Se limitará a mantenerse vigilante hasta que todo se tranquilice.

MARTIN LE SIRVIÓ otra copita de marc que Van der Valk se bebió de un sorbo.

—Todo es fantasía, pura imaginación, irrelevante y sin importancia. Así sucedió. El mecanismo del asunto no es importante, salvo que uno no puede entender cómo la mató. Cuando le echemos el guante lo vomitará todo. Ese tipo es estupendo respecto a nuestra forma de obrar y actuar. Hay una diferencia de carácter entre usted y él que es reveladora: usted únicamente sintió lástima y hasta resurgir el amor, cuando la vio muerta. En aquel momento en la Binnen Gasthuis me di perfectamente cuenta de que usted no la había matado. Usted es un inútil mentiroso.

Sophia, con sorna y picardía, se sonrió, haciendo que Martin la mirase de mal humor.

—Sin embargo, él —y Van der Valk no tuvo tiempo para echar la ceniza en el cenicero— siguió pensando en la venganza y en el dolor que ella le había causado. Desde luego, es mucho más joven que usted. Quizá tenga veintitrés o veinticuatro años.

—Echémosle una ojeada a las fotos del hombre.

El policía, con prisa, sacó de su maletín media docena de copias

muy claras, ampliadas al tamaño de una página de libro de bolsillo. Aparte de una o dos manchas indefinidas, debidas quizá a las maderas de la ventana, la definición de la imagen era igual a la de la vista.

Martin miró cuidadosamente a la cara inteligente, pequeña y más bien hermosa que miraba con ojos singularmente ansiosos a la ventana. No llevaba sombrero y tenía el pelo rubio y ondulado. El rostro quizá era demasiado pequeño y la nariz demasiado aguileña. Llevaba las manos en los bolsillos de una gabardina corta. Era una cara con personalidad, joven y atractiva como la de un *boy-scout*: alerta, observadora y un poco seria.

—¿Y el tipo me conoce?

—Sí.

—¿Y usted me aconseja que no se me vea por ahí?

—Sí.

—Me toca a mí el hacer una sugerencia.

—Como no cuesta nada, adelante.

—Supongamos que se trata del que buscamos. El verme le impresionó mucho y el resultado fue ¡bang! Aunque todo parece raro está de acuerdo con el contexto, y la forma en que usted lo cuenta hace que tenga sentido.

—Sí, varias cosas influyeron para que apretase el gatillo: una reacción en cadena. Sin embargo, cuando le vio a usted, no lo dudó.

—O sea, que el verme hizo que disparase. Digamos que en vez de esconderme aquí esperó en la calle en lugar de su policía para pillarle. Le sigo abiertamente para que me vea. Si no es el hombre que buscamos, no se dará cuenta, pensará que se trata de otra persona más sin importancia, pero si es el tío que buscamos, la impresión será tremenda. Verá que no sólo estoy en la calle, sino que le conozco y le sigo para vengarme o algo por el estilo. Si yo fuese él, me quedaría de piedra. De entrada usted quiere que pierda el equilibrio. En lo referente a relacionarlo con Elsa, a los ojos de todo el mundo yo sí estoy relacionado con ella y con este hijo de puta que le dio cuatro tiros y la dejó morir en el suelo. Si puedo acorralarle y obligarle a que hable, ello completará esta relación. Quizá intente acabar conmigo —añadió Martin con cierto deleite.

Van der Valk se frotó la nariz incómodo.

—Lo que usted me propone es ilegal, antiético y en resumen no

puedo permitirlo.

—Pues amigo, siento decirle que en esa misma categoría entran varias de las cosas que usted ha hecho. El magistrado de la investigación habló mucho sobre cómo la ética se sacrificaba en nombre de la eficacia y ello también se aplica a la eliminación de esa búsqueda y de esas fotos, sin mencionar el trato burdo que usted tuvo conmigo; usted me debe algo.

—Intenta que dé mi brazo a torcer, ¿o qué?

—Lo único que quiero es dejar de ser la gran víctima que está en medio todo el tiempo. La verdad es que hasta este momento no estoy muy satisfecho del papel que he desempeñado, estoy harto y quiero entrar en guerra.

—Deje de hablar tanto, me está asustando. Si le permito hacer algo, será bajo mi completo control. No tiene nada que hacer en eso de representar papeles. La idea no es muy estúpida, siempre que usted la ponga en práctica únicamente como testigo. En vez de ser testigo de descargo lo será de cargo. Ahora seguirá mis instrucciones exactamente y eso es todo. Eso es lo que pienso hacer.

Se quedó meditando un rato.

—Si va a trabajar por la mañana, y en caso de que no lo haga, revolveré todo el barrio, tiene que pasar por la Van Woustraat. Usted esperará en la esquina de la Josef Israelskade, yo estaré un poco detrás pasado el puente de la Rijnstraat en un Mercedes negro con matrícula alemana. Por otra parte —y miró a Sophia—, ¿quisiera usted tomar también parte en esto? Si voy a usar a uno de ustedes quisiera usar a ambos.

—Sí —dijo ella sin inmutarse.

—Usted esperará al otro lado, *Madame*. Y detrás de usted estará el inspector Wouberman, que es nuestro conocido Henk. Siempre que él llegue hasta allí y siga caminando, usted le seguirá. Si toma el tranvía, usted lo tomará. Es lógico que siga la rutina normal, ya que el apartarse de la misma podría parecer extraño y quizá necesitaría explicación… Bien, usted se sentará o se quedará de pie cerca de él y si se cruzan sus miradas, ponga algo de intención. Sonríale y dígale buenos días. Si le dice «quién es usted, yo no la conozco», o algo parecido, dígale que está segura de que le conoce de algo, pero no insista demasiado, no intente hablar. No cruce la calle, eso es parte de lo bueno de contar con dos personas, siga su

ruta paralelamente.

Hizo una pausa y después continuó:

—Cuando se baje del tranvía sígalo disimuladamente, no demasiado cerca, a unos diez pasos, más o menos. Si se detiene o se vuelve sobre sus pasos, déjele pasar. Si sólo se detiene, deténgase usted también y mírele fijamente. Si se le acerca y le pregunta por qué le sigue, dígale: «Quería hablar con usted, charlemos un poquitín, acompáñeme y bebamos algo». Entre en un café, pero no se siente en la terraza. Yo me uniré a usted. Si intenta quitársela de encima desviándose, no se ponga nerviosa, es posible que simplemente intente algún truco, como echarse a correr hacia el Bijenkorf para salir por el otro lado, o tomar un autobús en marcha antes que las puertas se cierren, en ese caso limítese a esperarme. Yo soy responsable de todo. Si se pone furioso pínchele, si quiere, pero no se enfrasque en una pelea sin motivo, aunque esté deseoso de echarle el guante. De todas formas, Henk o yo estaremos allí. Si entra en un sitio como un estanco o algo por el estilo, limítese a esperarle fuera. Esto no tiene que ver nada ni con el F. B. I. ni con el teatro. Me voy ahora a ocuparme de los detalles. Vaya a mi despacho a las siete de la mañana y le diré exactamente lo que va a hacer en caso de que decida hacerlo, pues todo es bastante retorcido y a lo mejor al inspector jefe no le gusta. ¿Me entiende?

—ME SIENTO COMO si me fueran a guillotinar.

—Olvídalo —dijo Sophia, indiferente—. ¿Es que quieres estar bostezando todo el tiempo?

—Sí, los ingleses suelen decir que a uno se le ha subido el viento.

—Conduce lentamente.

La noche era negra como el azabache. La carretera, ligeramente helada y Martin dejó que el pequeño Dauphine siguiese su camino suavemente. Eran las siete menos diez cuando aparcó en la Ferdinand Bolstraat. Un poco más allá del coche había un Mercedes negro con matrícula alemana, a unos veinte o veinticinco metros del despacho. Saludó al deprimido policía que estaba de guardia en la recepción.

—¿Está Van der Valk?

—Ya sabe el camino.

Había dos o tres policías cansados y helados que se calentaban junto a la estufa, deseando ansiosamente que acabase su turno. En su despacho, Van der Valk, hablaba con un joven agente que parecía un perro bóxer, macizo y moreno, con los chatos y agradables rasgos y los adormilados ojos marrones de este tipo de can.

—Espere un momento en la habitación de cargos.

La gran habitación, con las mesas de trabajo llenas de papeles, estaba ocupada por una mujer que se dedicaba a limpiar el suelo. La espera pareció interminable. Entraron y salieron varias personas y nadie le prestó atención, y Martin vio de pasada a Henk; tenía aspecto lúgubre y necesitaba afeitarse. La estufa ya estaba encendida, pero todavía no se había caldeado el sitio. Por la ventana trepaba con esfuerzo una gris luz: todo era demasiado deprimente. Finalmente, Van der Valk entró, con el abrigo puesto, pálido y con aspecto muy hambriento.

—¿Y? —le preguntó—. ¿Todavía le parece buena mi idea?

—Ninguna otra cosa me hubiera sacado de la cama a las seis de la mañana en un día como este. ¡Oh, ser policía! No es nada extraño para mí. Bien, cojamos el coche o se nos escapará el pájaro.

—¡Coger el coche! —dijo disgustado Henk—. Usted cogerá el coche, nosotros tendremos que ir en el apestoso tranvía: no hace mal día para que nos caigamos en el canal. ¡Oh, ser policía y tener el gran Mercedes con calefacción y música alegre en la radio mientras uno trabaja!

—Dos pitidos rápidos quiere decir que nos acercamos; dos rápidos y uno lento quiere decir que nos hemos equivocado de camino, pero que le seguimos —dijo casi sin querer Van der Valk—. ¿Dónde diablos habré dejado mis guantes?

Dos o tres agentes salieron al mismo tiempo que ellos, aunque se dirigieron a direcciones diferentes moviendo las piernas con las bicicletas. El que tenía cara de bóxer tenía una moto sucísima. Henk llevaba un sombrero tirolés y un abrigo de piel, como un turista alemán. Al caminar por la Josef Israelskade, Martin tuvo un fuerte deseo de mirar las ventanas, pero se contuvo. Se preguntó si la cámara todavía estaría observando en silencio desde allá arriba. El estómago se le retorció y deseó beber algo. Llevaba el mismo

sombrero y gabardina que cuando fue a visitar a Elsa. A unos seis metros de distancia detrás de él, Sophia, vestida como una secretaria camino del trabajo, iba con un bolso inmenso, una oscura gabardina y una alegre sombrilla, llevando un pañuelo en vez de sombrero. Tres o cuatro personas caminaban también por allí, aunque era bastante temprano, mientras un continuo tráfico de bicicletas cruzaba el puente desde la Rijnstraat.

EN LA PARADA DEL TRANVÍA, Martin tuvo bastante tiempo para caminar de un lado a otro hasta aburrirse. La espera duró el tiempo en que se fumó un cigarrillo y medio y pasaron tres tranvías: casi se había olvidado de escuchar, cuando oyó los dos pitidos. El Mercedes suavemente le pasó por el lado y se detuvo a unos sesenta metros de ellos. Un hombre joven caminaba por la calle hacia Martin: llevaba una gabardina corta y un maletín, como diez mil otros en Amsterdam en una mañana fría y desapacible, sin embargo, la aguileña nariz era inconfundible. Sus pisadas sonaron sin prisa en la acera. Ni siquiera miró a su alrededor, sino que se quedó esperando despreocupado al tranvía: un hombre que hacía tal cosa todas las mañanas mientras leía la página primera, doblada por la mitad, del *Telegraaf*, exactamente igual que diez mil jóvenes camino de la oficina. Martin tuvo la horrenda certeza de que aquella persona era totalmente inocente.

Sophia con el codo le pegó por detrás, mientras murmuraba:

—No te pases en tu actuación.

—¿Crees que es él?

—Claro, ahora cállate.

Se quedó en el borde del pavimento y con su paraguas agujereó una caja vacía de cigarrillos. Clin, clin, se oyó el tranvía que se acercaba.

El joven entró por detrás, tradición saludable en el tranvía número cuatro, cuya primera mitad es famosa por caerse al Amstel, en el giro molesto y en ángulo recto a mitad de la Maanstraat. A Martin no le preocupó el caerse en el río, sin embargo, le siguió. Ya estaba bastante lleno y se quedó a tres pasos de su presa. Con cierta satisfacción, éste tenía la nerviosa costumbre de elevar los ojos y mira alrededor, como si le preocupase que el tranvía tomase un

camino equivocado. Martin saltó de una parte a otra, abrió las piernas al cruzar los baches de Frederiksplein y se caló bien el sombrero mirando inocentemente por encima de la cabeza de su presa, por la ventana. Algo le chocó, aunque no supo decir con certeza lo que era. Una mujer gorda se hallaba entre ambos. No obstante en Muntplein, la gente intentó salir y Martin se dio cuenta de que el hombre hizo un movimiento repentino para bajarse en el último segundo.

—Las decisiones hay que tomarlas a tiempo —le dijo alegremente, y unos ojos inseguros y atemorizados le miraron.

A lo largo del Rokin siguió aquel diálogo de miradas. En el Damrak la presa se puso en pie. La mujer gorda se entrometió de nuevo. Resignadamente, dijo al rostro que le miraba con fijeza:

—¡Oh, los paraguas!

—Después de usted.

La presa se dirigió con bastante rapidez hacia el mercado bursátil. «¿De verdad se dirigirá a Bijenkorf? No es posible, todavía no está abierto. No puede dirigirse a la estación, pues no se habría bajado del tranvía. ¿O acaso no se habrá dado cuenta de que lo sigo?». Cuando ambos llegaron al aparcamiento junto al Beurs, un Mercedes negro se deslizó entre la fila de taxis.

El mercado de valores de Berloge es un edificio modernista bastante feo que sustituyó a otro neoclásico más espantoso. Hay un mito popular en Amsterdam que habla de una inmensa rendija que hay en la pared. De cuando en cuando, las fuerzas vivas de la ciudad sienten cierta disposición a creer en el mismo, pero nunca han sido lo suficientemente valientes como para echar abajo el inmenso bloque.

La presa se apresuró junto al mismo sin detenerse a buscar la rendija y al llegar a la esquina miró hacia atrás. Martin avanzaba inexorablemente: ni tirantes, ni sombrero de hongo, ni pipa, alto, joven y delgado, pero un «Maigret» a pesar de todo. La presa desapareció en la esquina.

Había desaparecido cuando Martin llegó allí, dándole a este Maigret un susto momentáneo, antes que pensara en los servicios públicos.

—¡Vaya día! —observó alegremente, ocupado con sus botones.

¿Qué estaría haciendo Sophia? ¿Admiraría los bonitos botes del

estanque? Allí estaba ella, como un turista más, escogiendo entre Kooi y Bergmann para dar un bonito paseo en el autobús acuático. La presa se encaminaba hacia Warmoesstraat. ¿Iría a acostarse con una puta? No. Giró a la derecha, pasó junto a la comisaría de Policía y se encaminó hacia el Dam. «¿Qué irá a hacer este condenado tipo ahora?», pensó Martin, casi sin aliento, debido a la rapidez con que andaba.

Frente a Krasnapolsky salió el sol y las tiendas empezaron a abrir sus puertas. La presa se metió por la Damstraat y siguió hasta el cruce del canal, volviendo la cabeza en ambas esquinas. Dudó antes de meterse en la papelería de la esquina: profunda y estrecha tienda de pequeña fachada, colocada entre una barata joyería *kitsch* y de *souvenirs*, por un lado, y una pescadería por el otro. Martin respiró con fuerza el agudo olor marino de las gambas. Y se preguntó si la presa se habría detenido. La calle estaba llena de estudiantes que corrían hacia sus primeras clases.

—¿Quiere un poco de anguila para el bocadillo? —le dijo la chica gordezuela de la pescadería, de pronto al oído.

—Ésos no, Anneke, pues has estado sobándolos.

Era la voz de Van der Valk, agradable y ronca. Hubo un intercambio de chistes vulgares típicos de Amsterdam. Todo parecía estallar de vida y color, y se semejaba mucho más a Nápoles que a una ciudad nórdica en medio del invierno. Desde el otro extremo de la calle se oyeron los ruidos del hacha del carnicero. El sol brillaba en cucharas de alpaca, con los escudos de la ciudad e imágenes del palacio real junto al Dam, alguien gritó a un camionero que se quitase de allí, y una voz inglesa, terriblemente aguda, dijo: «¡Pero mira, cariño!». Martin se sintió locamente animado.

VAN DEL VALK MIRÓ a su alrededor con la misma brillantez que tenían en aquel momento los dibujos de las cucharas, sin embargo, su sonrisa era satánica: era el Marqués de Gorgonzola ideando la trata de blancas.

—Está bien, relájese.

—¿Cree que trabaja aquí?

—No sería mala idea que comprásemos algo de pescado, ¿le gustan las anguilas?

Sophia, condenada ama de casa.

—Pronto lo sabremos, no quiero que lo siga por ahí. Cuando su señora compre el pescado, tiene buen aspecto esa anguila, puede seguirle si quiere, tenemos tiempo.

—¿Compro un periódico?

—De eso se trata, de perder unos cuantos minutos y agarrarle. Es probable que espere para ver si se forma fuera una redada. Y a lo mejor está perdiendo el tiempo echando una ojeada a un libro de bolsillo. Ésa es una nueva idea, le pondrá más nervioso. No le avasalle, ¿eh?, limítese a mirarle bien.

—¿Qué opina de su comportamiento? —le preguntó Martin.

—Está tan frío como el bacalao ese que está sobre el mármol. Yo quería ver si él se imaginaba algo. Creo que estamos sobre lo que buscamos. Lo que haga a continuación lo confirmará.

—¿Y qué hago ahora?

—Primero espere a su esposa, que no le vea. Si sale, no le siga hasta que él empiece a caminar.

Sophia tardó diez minutos en regresar alegremente con *Elle, Constanze, Margriet* y *Der Spiegel*, con lo cual Martin alzó las cejas.

—Trabaja ahí. No es el jefe, simplemente es empleado. El dueño es un tipo gordo y grande. ¿Conoce el sitio?

—No es mi territorio. Tendré que preguntar a los muchachos de la Warmoesstraat.

—Es la clásica papelería: montones de periódicos, alemanes, norteamericanos. De todo. Todas las revistas que existen bajo el sol, tarjetas postales, libros de bolsillo. Lo que de verdad me ha llamado la atención es que podría ser un buen sitio para vender fotos pornográficas.

—Demasiado abierto, pero está bien situado. Justo entre los turistas y el barrio antiguo, ¿cuánta gente trabaja en la tienda?

—Sólo él y una vieja que se ocupa de los periódicos.

—¿Y el tipo gordo?

—Se ha largado. Cuando entré acababan de abrir y estaba poniendo cambio en la registradora. Luego dijo algo de su socio y salió, quizá al banco.

—O sea, que sólo está el chico y la vieja. ¿Quiere hacer algo? Si no quiere no tiene por qué hacerlo, ¿eh? Pero primero salgamos de la calle.

Cruzó pasando a la otra acera y dijo unas cuantas palabras a Henk:

—Un poco más arriba hay un *kroeg*.

No había nadie en el café, salvo la que indudablemente era su dueña que con vigor limpiaba la barra. Alzó la vista con sorpresa.

—Buenos días, señores y señoras. ¡Dios mío, qué pronto empieza a llegar la gente!

—Buenos días, señora. ¿Se puede tomar café ya?

—Todavía no he puesto ni el agua. Sólo me he hecho un té. Aún no he hecho la limpieza. Ya sé lo que haré: limpiaré aquella esquina y se podrán sentar tranquilos y ahora mismo pondré el agua, si no les importa esperar un poquillo.

Van der Valk se inclinó sobre el mostrador y habló con familiaridad hasta que la mujer salió medio ahogada de carcajadas para hacer el café. Entonces se sentó, sacó la cartera llena de fotos y se las dio a Sophia.

—Henk la protegerá en la tienda: vuelva y diga que ha olvidado algo. Si tiene oportunidad saque las fotos y dígale algo como «Una buena amiga me habló de las fotos de usted». Si reacciona, quede con él para esta noche. Digamos en uno de los cafés de la Voorburgswal, en un sitio que no esté muy lleno. ¿Qué tal se comportó en el tranvía?

—Tan pronto como me vio perdió la calma, me reconoció de pies a cabeza.

—Estupendo, la fase dos es de *madame,* a quien no conoce y que con delicadeza introducirá el asunto de las fotos.

—¿Y cuál es mi papel en todo esto, yo quiero comprar o ser comprada?

—Yo he dicho con delicadeza.

La sonrisa de Van der Valk se parecía más a la de Gorgonzola que nunca.

—Con toda la delicadeza de la que soy capaz, creo que si un policía se presentase con las fotos, la respuesta sería negativa. Sin embargo, una chica bonita que busca un trabajo de modelo, podría sacar algo más, lo que quiero es que admita que tomó las condenadas fotos.

Martin se movió incómodo:

—No me gusta nada que se quede sola con él.

—No es momento de representar al marido protector. Nuestro querido y raudo Henk estará justo detrás de ella. Usted todavía no tiene por qué aparecer en el escenario. De todas formas, su esposa es una buena actriz y usted un desastre.

SOPHIA ENTRÓ DECIDIDA en la tienda, y le dio confianza el ver a un turista alemán que leía un librito sobre *La dolce vita* con evidente gusto. El chico estaba anotando unas cifras en el libro mayor.

—Creo que he perdido un guante y como estuve aquí anteriormente, a lo mejor…

—La ayudaremos a buscarlo, señora; ¿por dónde estuvo?

Sophia se inclinó un poco hacia el hombre con la sonrisa picara de una mujer que sabe lo que quiere.

—El guante lo llevo en el bolsillo.

Fue notable el efecto en el rostro del chico. Y mirando a todas partes por la tienda, le dijo en voz baja:

—Entonces, no sé en qué puedo ayudarla, *madame*.

—Vengo de parte de una buena amiga que me habló de usted. Ella tuvo un accidente.

El rostro era tan inexpresivo como una ostra.

Había una mujer que esperaba que la atendieran y el chico se ocupó de hacerlo. Se trataba de un problema respecto a una suscripción. «Ahora veremos qué pasa», pensó Sophia ojeando un *Elsevier*. Si le interesa morderá el anzuelo.

El chico acabó con la mujer y se dirigió hacia el alemán, que sonrió y movió un libro con la mano.

—No tengo prisa, *mein Herr*.

Fue hasta la puerta de la tienda y miró penetrantemente detrás de un montón de periódicos a un extremo y otro de la calle. Fuera lo que fuera que vio o no vio, pareció darle confianza. Con premura, se acercó a Sophia:

—Siento haberla hecho esperar, *madame* —dijo en voz alta—. He tratado de encontrar su guante, pero…

La vieja miraba desconcertada los titulares de un periódico sueco.

—¿Cómo sé yo que viene de parte de una amiga? —le dijo con

un murmullo, arreglando las revistas desordenadas.

—Ella me dio algo que le pertenece a usted, y quizá podamos hacer negocios.

—¿Qué tipo de negocios?

—Fotográfico. Hay dinero.

—¿Y su amiga, no está aquí para hablar por sí misma?

—No, se encontró a un antiguo novio y se ha metido en líos.

—Nunca me dijo nada, ni de usted, ¿cómo puede probarlo?

—No en público, no sea tonto. De todas formas, para demostrarle que no bromeo…

Sophia sacó la primera foto un poco de la cartera y se la enseñó.

—¿Se las dio?

—Me las prestó para enseñárselas a alguna gente de la profesión, ya no las necesitará.

—¿Cuánto tiempo hace que las tiene?

Sophia se dio cuenta de que tenía que presionarle aún más.

—Oigame bien, nosotros somos los que corremos los riesgos, pues a lo mejor usted no es de fiar.

Entraron dos hombres, uno a comprar *Yachting* y el otro *Radio Engineers' Weekly*. El chico sacó un bloc de notas y empezó a comprobar los números de revistas que faltaban.

—He de ver las que tengo que pedir de nuevo. ¿De quién me habla usted?

—¡Oh!, ya sabe, gente que vende obras de arte: de Bruselas, de Amberes, de París. Eso es todo lo que tiene que saber. Ahora, el dinero es contante y sonante.

El alemán se dirigía hacia ellos sonriendo amablemente.

—¿Puedo verla en algún sitio? —dijo él, a toda prisa.

Sophia, arrancándole el bloc de notas de la mano, caminó hasta la otra pared.

—*Ein Gulden fünf undzwanzig. Precies. Vielen Dank. Wiedersehen mein Herr*.

Con prisa, Sophia escribió: *Le Château de Bordeaux*. Leliegracht, a las siete en punto de esta noche.

—SEÑORA —DIJO VAN DEL VALK—, usted es más fantástica de lo que creía. De todas formas, le vigilaremos.

—Fue hasta el teléfono. Henk se acercó con una velada sonrisa.

—Se ha demorado un poco más de la cuenta, *madame*, eso es todo. Tuve que interrumpir o de lo contrario, a lo mejor hubiese puesto objeciones. ¡Oh, sí, me encantaría una taza de café! ¿Qué tal su esposo, aún en cama?

—Tenemos que largarnos de aquí. ¿Dónde está Piet?

—En el teléfono.

Van der Valk reapareció garboso.

—Muy bien, *madame*, vámonos al coche.

—Éstas son las llaves. Henk, vamos hasta Leslie Grocht. Usted, Martin, me esperará en el coche.

Éste se fijó en cómo el policía con cara de bóxer se paseaba por el Damstraat.

—Usted me sugirió que no sobreactuase —dijo de bastante mal humor, sentándose al lado de su esposa.

—Es posible, pero ya sabemos a qué atenernos, ¿no?

—DOS GINEBRAS CON AZÚCAR y una con tónica —pidió Van der Valk—. Este sitio irá de perilla, a las siete de la tarde no habrá nadie aquí. Yo estaré en la mesa de la esquina, *madame*. Ésta será el cebo, todo lo que tendrá que hacer es en realidad darle las fotos, dígale que quiere que le haga más copias, cualquier cosa con tal que se quede. Entonces, entrará Martin y se sentará a su lado. ¡Vaya risotada que nos vamos a pegar! El único propósito es ver cómo pierde la serenidad. Entonces le acorralará y lo contará todo. Si vosotros queréis os podéis marchar a casa. Esta noche habrá una gran fiesta en Leliegracht. Ahora les llevaré de vuelta para que recojan su coche.

Sophia se puso un traje negro que resaltaba mucho el busto. En aquel momento se cepillaba el pelo. El nerviosismo de Martin le hacía ser desagradable, e ilógicamente, dijo:

—Aprecio mucho tu éxito dramático, pero no te pases.

Mientras se cepillaba automáticamente la parte de atrás del cabello, ella le miró inquisitiva.

—Ven aquí, quiero decirte una cosa.

—¿Qué? Date prisa, no tenemos todo el día.

—¿Quieres que hagamos el amor ahora o más tarde? Venga,

hagámoslo ahora y después podrás ponerme en una de las ventanas escaparates de Oudekerkplein. Venga.

—No bebas mucho y como mínimo no te presentes antes de un cuarto de hora, puede que él llegue tarde y de todas formas tengo que hacerle admitir lo que queremos.

Estaban aparcados bajo los árboles de la esquina de la Herengracht.

—Ahora, lárgate, pues podría verte cualquier persona que viniese del Dam. Entonces, *ciao*.

El *Château de Bordeaux* es un bar con una atmósfera agradable, tienen buen vino de barril y en su interior no hay nada que sea francés, todo es llanamente holandés. Mobiliario *rotan* y posavasos regalados por Heineken. No hay chimenea y ni siquiera un anuncio de neón fuera. Sin embargo, hay un admirable pianista, el vino y el café son buenos, y la atmósfera siempre está despejada, a pesar de que se fume mucho. El dueño es francés y nació en la región de Charente y siempre tiene buenas ostras de Zeeland. También sabe hacer *mouklade*. Todo es como debe ser: tiene dos camareras que hablan francés y llevan delantales de hilo, además de su señora. Ella es de Friesia y usa una especie de casco dorado que parece ilógico. Es alta, rubia y tiene un excelente cerebro para los negocios.

El chico joven estaba sentado en una esquina, al otro extremo de donde Van der Valk y el policía con cara de bóxer bebían vino caliente con aroma de canela y cáscara de naranja. Ante él había una cerveza. Después de cerrar la tienda no fue a su casa, sino que vagó de un extremo a otro de la ciudad para asegurarse de que no le seguían. Sin embargo, bebió una cerveza en Zeedijk, otra en Haarlemmerestraat y otra en el Hugo de Groot. Caminó por todo el centro de la ciudad y ahora se sentía cansado, helado y un poco bebido, aunque también se encontraba mucho mejor ya que tenía la certeza de que nadie le había seguido. El policía con cara de perro le contaba todo esto a Van der Valk cuando entró Sophia.

SE SENTÓ JUNTO AL HOMBRE desde donde podía divisar todo el bar. Éste no se puso en pie y Sophia pensó: «paleto, ¿es que Elsa no te enseñó buenas maneras?». Una de las camareras se acercó y le pidió un coñac, bromeando en francés sobre el calientacopas.

Estaba claro que el hombre joven no sabía este idioma: se le veía desasosegado y nervioso. Sophia, pensando que había cometido un error, se abrió el abrigo y dejó que el chico examinase bien su cuello. El coñac era muy bueno: ella se sintió tranquila y serena. Tan pronto como el hombre vio el traje que ella llevaba, se animó un poco y creyó que hasta el pagar por aquel coñac no sería, a fin de cuentas, tan mala cosa.

—Bien, vayamos al grano. Estas fotos son muy buenas; usted sabe lo que hace.

Él, sonrió satisfecho de sí mismo.

—Todas las que tome para nosotros equivaldrán a doscientos cincuenta florines por unidad.

Sus ojos se abrieron muchísimo.

—Puede alquilar un estudio, un sitio tranquilo.

—¿Y a quién fotografiaré?

—No a las mierdecillas de la Achterburgwald, yo me ocuparé de eso. Será mejor que de momento le devuelva estas; queremos unas cuantas copias de ellas.

En los ojos del hombre se reflejó un gran alivio.

—¿Sabe? La Policía estuvo hace uno o dos días en su piso.

—Ya no tiene nada que temer, pues las fotos las tiene usted.

Se echó hacia atrás y llamó a la camarera pidiendo otros dos coñacs. Cuando se los sirvieron, el suyo se lo bebió de golpe.

—Me siento mucho mejor, hace frío, pero ya me estoy calentando.

Ella le sonrió dulcemente.

—En este negocio es lo que bebemos.

—Yo no bebo mucho.

Su voz era cada vez más ronca.

—Oiga —se inclinó hacia adelante con los ojos fijos en su garganta—. ¿Podría tomarle unas cuantas fotos?

Con los ojos cerrados, Sophia se bebió la mitad del coñac antes de volver a sonreír deslumbrantemente.

—Primero tendrá que llevarme a cenar a un sitio bueno. De todas formas, me voy a tomar otra copa.

Aspiró el perfume del coñac, mirándole y pensando: «Caramba, caramba, nunca me creí capaz». Una mano separó la silla que estaba al lado de Sophia, y la voz jovial y bastante cargada de ginebra de

Martin, dijo:

—Tengan ustedes buenas noches.

El joven estaba más que medio borracho. El calor y los coñacs generosos, encima del frío, del hambre y de cuatro cervezas, le habían dejado turulato. Tenía la nariz enrojecida, y en su frente brillaba el sudor. Clavó los ojos en Martin con una sonrisa fija y medio estúpida que de pronto hizo que Sophia se acordase de la expresión de Elsa en las fotografías que ahora se hallaban a buen recaudo en el bolsillo del hombre.

—¿Quién…, quién…?

—Claro, eso es. Esta mañana en el tranvía. La última vez que me vio fue desde una ventana de la Josef Israelskade, y creo que otra vez en la Kalverstraat.

Sus ojos se fijaron después en Sophia, pidiéndole ayuda.

—¿Conoce usted a este hombre?

—Claro que sí, es mi marido.

Martin se echó hacia adelante y, perversamente, le dijo:

—Bien que la mataste, ¿no?

Los ojos dejaron de estar fijos: con un salto el joven se puso en pie y empezó a retroceder. Algo que Martin había aprendido en sus días del ejército le hizo también ponerse en pie en el mismo instante. El chico tenía un arma en la mano, pero no tenía seguridad respecto a quién de los dos disparar. Van der Valk cogió un cenicero y se lo arrojó, pero sólo le golpeó en el hombro y no con suficiente fuerza, y sacó su propia arma. Sin pensarlo, Martin cogió una silla, la elevó con ambas manos y bajando la cabeza la dejó caer. Escuchó los dos disparos y en el mismo momento sintió cómo el mueble daba en su meta. Luego, se vio caído en el suelo y como si le hubieran sacado la mitad del aliento.

Una mano poderosa le elevó por los hombros y le hizo girar. Pestañeó. Los ojos castaños del bóxer le miraban.

—¿Le di?

—No lo sé, no lo creo.

Hubo un silencio mortal.

—Somos de la Policía —dijo Van der Valk, con su voz de sierra mecánica—. Todo está bien y tranquilo. Ya ha pasado. El teléfono, rápido.

Martin oyó los ruidos del bar y el sonido del dial.

—Habla Van der Valk, es urgente, envíen una ambulancia al bar francés de la Lesliegracht. Y que sea rápido, ¿eh?

Martin se puso en pie con un dolor muy profundo en el tobillo. Bajó la vista: la sangre corría entre su zapato y el orillo del pantalón.

—¡Sophia! —gritó.

Van der Valk, en la barra, miró como si hubiese estado tallado en el mismo tronco de madera de teca.

—¡Cállese, no está herida!

Sophia estaba junto a la mesa. La mujer del dueño, con un brazo protector en torno a ella y la luz cobriza reflejándose en su casco dorado, sostenía la copa de coñac. En la nariz de Martin había el agudo olor de los disparos y quiso estornudar. Sin embargo, bostezó nervioso. Aspiró otro olor. Éste parecido al del Quai de Bercy. Jeanjean, el dueño, tuvo la misma idea que Van der Valk, y arrojó lo primero que tenía a mano: una botella llena hasta más de la mitad de burdeos tinto, la cual chocó con la silla de Martin y estalló contra la pared de atrás.

—¡Cálmese todo el mundo! —dijo Van der Valk con serenidad—. Ya ha acabado todo.

—MURIÓ CAMINO DEL BINNEN GOSTHUIS, en la ambulancia. Le di en el pulmón al dejarlo a usted atontado contra la pared. Tuvo una hemorragia terrible. Tuve que dispararle, pues apuntaba a su esposa. Sin embargo, fue usted el que le dio. —La voz del policía se hizo más respetuosa—. Ahora está en el depósito de cadáveres, donde usted vio por última vez a Elsa.

Y empleando de nuevo su brutal humor, añadió:

—Sería una buena broma que le colocasen en el mismo compartimento… Ya se ha aclarado todo, aunque yo no había previsto lo de la pistola, es que soy un tonto. Estoy seguro de que me las voy a ver y desear para explicarle esto al magistrado de la investigación.

—¿Vas a tomar el Nembutal? —preguntó Sophia.

—Ya lo he tomado. Cariño, te quiero.

—Sí. Y yo a ti. Duerme tranquilo que yo te cuidaré.

—Como siempre, todo sucedió por amor —dijo, sereno, el señor

Slotemaker de Bruin.

—Sí —contestó Van der Valk, lo bastante tranquilo como para arriesgarse a hacer una broma—. En Amsterdam, el amor causa todo tipo de problemas a la Policía.